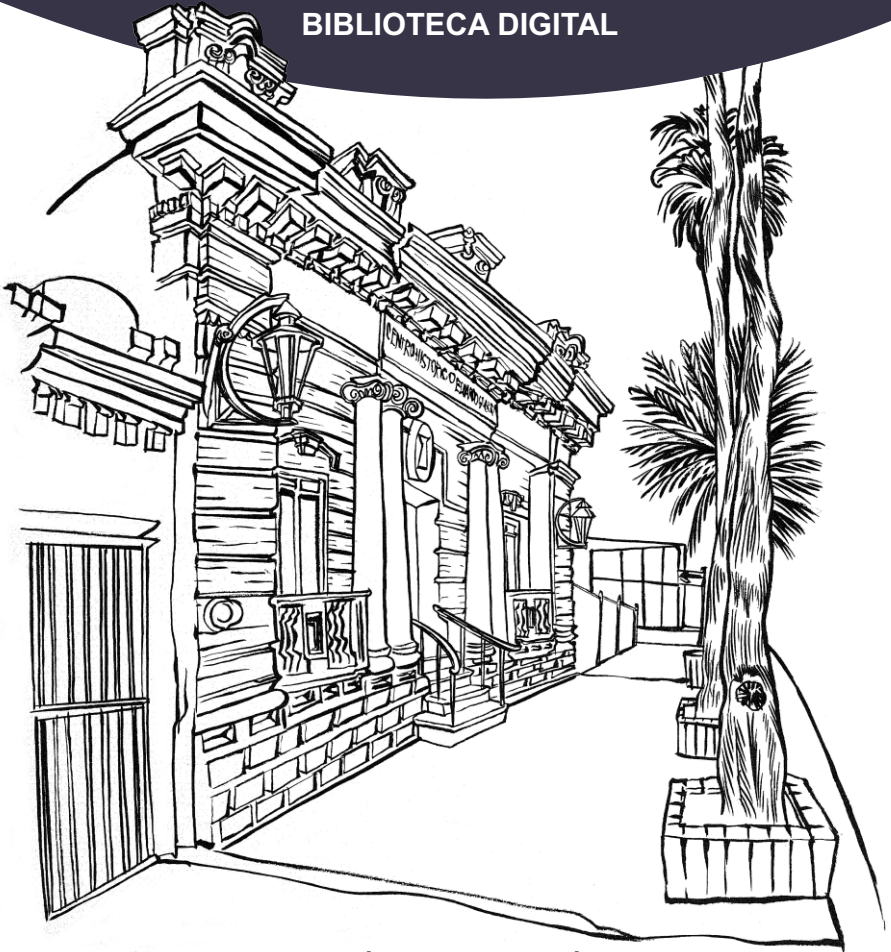




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

www.torreon.gob.mx/archivo

 Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

 @ArchivoTRC

1910

LA REVOLUCION
EN UNA CIUDAD
DEL NORTE



REVOLUCION EN UNA CIUDAD DEL NORTE

1910

LA REVOLUCION
EN UNA CIUDAD
DEL NORTE



Pablo Machuca Macías

MIL NOVECIENTOS DIEZ

[LA REVOLUCIÓN EN UNA CIUDAD DEL NORTE]

© 1977. Derechos reservados por el autor

*Derechos reservados conforme a la ley
B. Costa-Amic editor
Calle Mesones 14 — México 1, D. F.
Miembro de la Cámara Nacional de
la Industria Editorial. Registro N° 313*

IMPRESO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

PABLO MACHUCA MACÍAS

MIL NOVECIENTOS DIEZ

[La Revolución en una Ciudad del Norte]

B. COSTA-AMIC EDITOR
MÉXICO, D. F.

Aquí fue uno de los lugares en que nació la Revolución Mexicana. A este pueblo no se le ha hecho justicia, históricamente hablando. Tal vez porque ni sus mismos habitantes se han dado cuenta de la importancia histórica de su ciudad.

Prof. José Santos Valdés

CAPÍTULO IV

1. Los Azules 111. — 2. Alberto Orozco 113. — 3. Margarito Orozco 116. — 4. Antonio Orozco 118. — 5. Francisco Reza 120. — 6. José Natividad Reza 122. — 7. Severo Reza 124. — 8. Rodolfo Fierro 125. — 9. Toribio Astorga 129. — 10. Manuel Banda 131. — 11. Santiago Ramírez 133. — 12. Manuel Medinaveitia 135. — 13. Elpidio Velázquez 136. — 14. Paco Enríquez 137.

CAPÍTULO V

1. La epopeya del Cerro de la Pila 139: Martín Luis Guzmán (Francisco Villa) 143. — Rafael Muñoz (Vámonos con Pancho Villa) 144. — John Reed (México Insurgente) 146. — 2. Captura de Torreón 148. — 3. Expulsión de españoles 152. — 4. Saqueos 155. — 5. Las colas 157. — 6. La mamá de "Gorra Prieta" 159. — 7. Los amansadores 161. — 8. Felipe Ángeles 163. — 9. El Primer Jefe 166. — 10. Pancho Villa 168. — 11. Días felices para la señora Robles 171.

CAPÍTULO VI

1. El ocaso 174. — 2. El rencor de Pancho Villa 177. — 3. Baudelio Uribe 178. — 4. Tortura y muerte 180. — 5. El "Brujo" 183. — 6. La venganza 184. — 7. El último villista 187. — 8. El telegrafista de Pancho Villa 189.

ÍNDICE

Nota del editor 7

CAPÍTULO I

1. Juntas Patrióticas 9. — 2. Levantamiento 15. — 3. Los mártires 20. — 4. El desquite 22. — 5. Matanza de los chinos 28. — 6. Los primeros revolucionarios 30. — 7. Cuarenta pesos y gravias 33. — 8. Los pagadores: Ezequiel Guillén 38, Salvador Olvera 39, Vicente Tapia 39. — 9. El Soldado del Ideal 40.

CAPÍTULO II

1. Dionisio Reyes 43. — 2. Jesús Agustín Castro 46. — 3. Orestes Pereyra 50. — 4. Sixto Ugalde 53. — Gregorio García 56. — 6. Martín Triana 60. — 7. Enrique Adame Macías 62. 8. Calixto Contreras 65. — 9. Juan Pablo Estrada 68. — 10. Epitacio Rea 72. — 11. Benjamín Argumedo 75.

CAPÍTULO III

1. Fusilamiento del general Lavín 79. — 2. Ataque infructuoso 82. — 3. Días de destrucción 85. — 4. La División del Norte 88. — 5. Ya ríndete Argumedo 95. — 6. Último paseo de Cheché Campos 99. — 7. El capitán González 103. 8. La denuncia 105. — 9. Velorio con linterna 107.

CAPÍTULO IV

1. Los Azules 111. — 2. Alberto Orozco 113. — 3. Margarito Orozco 116. — 4. Antonio Orozco 118. — 5. Francisco Reza 120. — 6. José Natividad Reza 122. — 7. Severo Reza 124. — 8. Rodolfo Fierro 125. — 9. Toribio Astorga 129. — 10. Manuel Banda 131. — 11. Santiago Ramírez 133. — 12. Manuel Medinaveitia 135. — 13. Elpidio Velázquez 136. — 14. Paco Enríquez 137.

CAPÍTULO V

1. La epopeya del Cerro de la Pila 139: Martín Luis Guzmán (Francisco Villa) 143. — Rafael Muñoz (Vámonos con Pancho Villa) 144. — John Reed (México Insurgente) 146. — 2. Captura de Torreón 148. — 3. Expulsión de españoles 152. — 4. Saqueos 155. — 5. Las colas 157. — 6. La mamá de "Gorra Prieta" 159. — 7. Los amansadores 161. — 8. Felipe Ángeles 163. — 9. El Primer Jefe 166. 10. Pancho Villa 168. — 11. Días felices para la señora Robles 171.

CAPÍTULO VI

1. El ocaso 174. — 2. El rencor de Pancho Villa 177. — 3. Baudelio Uribe 178. — 4. Tortura y muerte 180. — 5. El "Brujo" 183. — 6. La venganza 184. — 7. El último villista 187. — 8. El telegrafista de Pancho Villa 189.

PALABRAS DEL EDITOR

Este libro trata de dejar testimonio de los hechos revolucionarios que desde 1910, se desarrollaron en Gómez Palacio. En la mencionada población —como en otros muchos lugares del país— la noche del 20 de noviembre de 1910, un puñado de hombres se levantó en armas; antes, en la misma ciudad, se daban cita los conspiradores laguneros que se organizaban para luchar contra la injusticia y la tiranía. Después, en el Cerro de la Pila, tuvieron lugar los grandes combates —nos cuenta el autor del libro—, quizá unos de los más importantes de la Revolución; comenzando a minar el poderío federal.

“No recuerdo cuántos años tenía, pero aún estaba chico cuando veía pasar por la acera de mi casa a Dionisio Reyes, el anciano precursor revolucionario —cuenta—. Me tocó oír, día por día, el estruendo de las batallas en el Cerro de la Pila, dándome cuenta de los destrozos que causaban en Gómez los cañones federales. Presenció los saqueos e incendios a los comercios, y me formé en las colas para recibir una telera de pan. Recuerdo cuando por las calles de la ciudad pasearon en un burro a Cheché Campos, antes de fusilarlo. Conocí a Felipe Angeles cuando llegó a un burdel transformado provisionalmente en hospital, mientras a lo lejos se escuchaba el rumor de la batalla. Más tarde, de la escuela nos llevaron a la estación a todos los muchachos a formar valla ante el paso del tren donde viajaba don Venustiano Carranza. Tuve la fortuna de ver a Pancho Villa dos ocasiones; cuando colocó la primera piedra en medio del río, para la construcción de un puente, y a principio de los 20's al llegar una vez a saludar a la familia Astorga a su domicilio en Gómez. Varias veces llegamos —la palomilla del parque— a platicar con don Jesús Agustín Castro, en una banca del parque Morelos. Traté a los generales José García y Jesús Solórzano Soto, y conocí de vista a Baudelio Uribe, Máximo García, Lorenzo Avalos, Severino Ceniceros, Benito García, Epitacio Rea y Nicolás Fernández.”

La mayor parte de los relatos cortos fueron vividos por el autor y las semblanzas de los revolucionarios las escribió consultando libros y haciendo preguntas con los familiares de algunos de ellos. No quiso tomar datos con ninguno de los que se dicen veteranos, porque resulta que los pocos que conoció —nos aclara— son más o menos de su misma edad, y prefirió evitar las confusiones debido a su manera de ver las cosas, tal vez con recuerdos desfigurados, en razón de la edad bisoña de aquellos muchachos.

Porque, nos relata nuestro autor, un auténtico veterano de la Revolución, debe contar más de 85 años de edad para creerse que de veras anduvo en la bola; son raros ya los que existen y muchos ya no recuerdan en realidad cómo sucedieron algunos hechos.

El relato que nos presenta hoy Pablo Machuca Macías pone sobre el tapete una valiosa información de lo sucedido en una amplia zona de la República, en aquellos tiempos tempestuosos y decisivos de la Revolución mexicana.

B. COSTA-AMIC

CAPÍTULO I

1. Juntas patrióticas

Ya en los primeros años del presente siglo, Dionisio Reyes radicaba en la ciudad, dedicándose al arreglo de asuntos administrativos y judiciales ante jueces y autoridades porfiristas de la época; era huizachero como se les llamaba a las personas que se ocupaban de esos menesteres. Desde un principio que llegó, don Dionisio formó parte de las juntas patrióticas de la localidad, y como presidente de la junta en 1910, le tocó organizar los festejos del Centenario.

La gente llamaba cariñosamente al señor Reyes, don Nicho. Era propietario de una vecindad que aún existe por la calle Aldama, entre Escobedo y Patoni, en el barrio de la Patria. La mencionada vecindad se levantó en una extensión de terreno de aproximadamente 20 metros de frente y 50 de fondo, en la parte de atrás había una gran hoya formada al sacar tierra y fabricar ahí mismo adobes para las primeras casas que se levantaron en la ciudad. Durante la temporada de lluvias, a pesar de que en la región no son abundantes, la poza

casi se llenaba de agua, que al tardar en evaporarse se corrompía despidiendo olores insoportables. La vecindad tenía dos andadores tortuosos que descendían al fondo, a los lados estaban los cuartos de renta que ocupaban los inquilinos.

En el frente de la vecindad, había un largo salón con puerta a la calle, donde se reunían los miembros de las juntas patrióticas a celebrar sus sesiones. En el salón estaba una mesa grande de rústico pino sin pintar, con bancas y sillas donde se sentaban los asistentes. Entrando a mano izquierda en la pared de enfrente, se veía colgado un cuadro del patricio Juárez testigo impassible de las reuniones, y en un rincón se apreciaba un vetusto escritorio.

Durante 1908, las prédicas del descontento Francisco I. Madero —emparentado con familias ricas de San Pedro de las Colonias y Parras— comenzaron a extenderse por todo el país; las nuevas ideas pronto encontraron eco entre los habitantes de la Comarca Lagunera. Dos años antes los líderes del Partido Liberal Mexicano, desterrados por el gobierno, publicaban en San Luis Misuri el programa político de dicho partido con grandes avances sociales que sirvieron de orientación años más tarde a los Constituyentes de 1917. La directiva del PLM estaba formada por Ricardo Flores Magón, Librado Rivera, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Manuel Sarabia, Enrique Flores Magón y Rosalío Bustamante. Antes, en 1899, algunos de los mencionados y Camilo Arriaga, Praxedis Guerrero, Antonio Díaz Soto y Gama y otros ciudadanos habían fundado en San Luis Potosí, el Círculo Liberal Ponciano Arriaga. Todos ellos fueron en realidad los precursores de la Revolución Mexicana.

Los nuevos propósitos libertarios que habían venido surgiendo, inquietaron a los miembros de la junta patriótica de la ciudad y terminaron por estar completamente de acuerdo con ellas. Aquellos hombres que se preocupaban por honrar a los héroes que habían luchado por la libertad, encontraron que la cosa más natural era adherirse a los grupos que estaban organizándose en distintas partes del país, para luchar contra el injusto sistema, aun sabiendo que al conspirar contra el gobierno se exponían a un grave peligro.

Dionisio Reyes, secundado por el profesor Manuel N. Oviedo, vecino de Torreón, encabezaba a los descontentos. Sirviéndoles de pantalla las sesiones de la junta patriótica se reunían en la vecindad de don Nicho, en otras ocasiones lo hacían en el templo protestante que estaba en la esquina de las calles Mártires e Hidalgo, para despistar, también llegaron a efectuar algunas juntas en las ruinas de Santa Rosa vieja.

A esas reuniones secretas, entre otras personas concurrían: Dionisio Reyes, Mariano López Ortiz, Jesús Agustín Castro, Francisco Amparán, Jesús Flores, Amado Muro, Isidoro García y su hijo Gregorio; Juan Pablo Estrada, Carlos Cervantes, Vicente Gutiérrez, Antonio Correa, Feliciano González, Ezequiel Guillén, Braulio Ríos, Lázaro Chacón, Hermenegildo del Toro, José Varela, Miguel Hidrogo, Ventura Olvera, Enrique Estrada García, Juan Esquivel, Fidencio Vega, José Maciel, etcétera. También asistían gentes de otros lugares—aparte del profesor Oviedo— y eran: Oreste Pereyra y sus hijos Orestes chico y Gabriel; el administrador de haciendas Sixto Ugalde y el rancharo Melesio García que venían de Matamoros; Martín Triana de los ranchos ribereños del Nazas, más allá de Lerdo; Enrique

Adame Macías antiguo barretero de Ojuela, parece que llegaba de Mapimí o San Pedro de las Colonias; algunas ocasiones el campesino Calixto Contreras venía desde el lejano poblado de Cuencamé. Los Pereyra vivían en Torreón.

El plan de San Luis Potosí, llamado de esa manera por haber sido redactado en la mencionada ciudad por los maderistas, posteriormente fue proclamado y dado a conocer en San Antonio, Texas, el 5 de octubre de 1910, y entre otros artículos en el séptimo señalaba lo siguiente:

“El 20 de noviembre de 1910, desde las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos de la República Mexicana tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente nos gobiernan. Los pueblos que estén retirados de las vías de comunicación lo harán desde la víspera”.

De acuerdo con el plan mencionado y por instrucciones recibidas de antemano por los jefes maderistas, los conspiradores laguneros con muchas precauciones iniciaron los preparativos para efectuar el levantamiento en la fecha indicada anteriormente. Toda clase de armas que podrían serles útiles y que iban consiguiendo las enterraban en el monte donde se levantaban las ruinas de las casas de la antigua hacienda de Santa Rosa, en lugares que sólo ellos conocían.

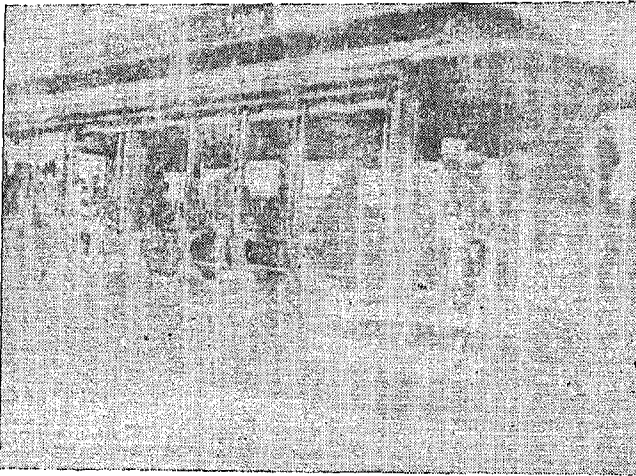
Mariano López Ortiz fue nombrado jefe del levantamiento, fijándose la cita final para el día 20 de noviembre de 1910, a las once de la noche en las tapias de la hacienda mencionada. Pero el jefe del movimiento, días antes de la fecha convenida abandonó precipitadamente la región dirigiéndose a Estados Unidos a reunirse con la Junta Revolucionaria; como no le avisó

a nadie, sembró el desconcierto entre los comprometidos, nunca se supo si fue llamado por los líderes maderistas o fue por sus propias razones. Dicen que lo estuvieron esperando en Santa Rosa el resto de la noche del 20 y en las primeras horas del 21 al ver que no aparecía nombraron en su lugar a Jesús Agustín Castro quien asumió el mando de la pequeña tropa rebelde, lanzándose a la lucha. Hay otra versión y es que los conspiradores se dieron cuenta de la huida de don Mariano al extranjero, y que fueron a preguntar por él a su hermano Pablo a la tienda de abarrotes La Tapatía que en sociedad los dos hermanos tenían en las calles Centenario y Allende; decían que el mismo hermano había echado de cabeza a don Mariano al decirles a los comisionados que había huido acobardado, ante la gran responsabilidad; terminaban que presurosos habían nombrado a Jesús Agustín Castro, acordando reunirse en el lugar, día y hora convenida anteriormente, y que el levantamiento fue precisamente el 20 de noviembre a las once horas y media de la noche, y no en las primeras horas del 21, como algunos afirman.

Años más tarde, en la toma de Torreón por las fuerzas de Pancho Villa en 1913, apareció Mariano López Ortiz con el grado de general al frente del séptimo regimiento de caballería en la brigada Zaragoza, de Eugenio Aguirre Benavides, causando sorpresa entre los laguneros. Lo más probable es que López Ortiz haya sido llamado por los maderistas a San Antonio, Texas, antes del levantamiento, porque de otra manera no se explicaría su nombramiento revolucionario.



Dionisio Reyes (1) y Juan Pablo Estrada (2) antes del desfile del 16 de septiembre de 1910, en el primer Centenario de la Independencia.



Los federales abordan varios tranvías para perseguir a los rebeldes el día 21 de noviembre de 1910.

2. Levantamiento

Al amparo de las sombras de aquella fría noche —unos dicen que fue antes de llegar la medianoche del 20 de noviembre y otros aseguran que fue en las primeras horas del 21—, de las ruinas de la antigua hacienda de Santa Rosa, se desprendieron alrededor de cuarenta hombres. Unos cuantos iban montados a caballo y el resto iba a pie, armados con carabinas y pistolas viejas de varios calibres; decían que algunos llevaban machetes en vez de armas de fuego, pero no es de creerse porque no era cualquier cosa enfrentarse a los soldados de la Federación, forzados, pero disciplinados. El grupo se dirigió a la ciudad, donde a la distancia parpadeaban las luces de arco del alumbrado público de las calles. Había estallado por fin la Revolución.

Aquel reducido grupo pertenecía a los primeros hombres que en distintas partes del país, encendieron la mecha de la Revolución Mexicana en la que murieron más de un millón de gentes en su inmensa mayoría campesinos. Se levantaron en armas para mejorar las condiciones de vida de los desvalidos, para que cada quien tuviera derecho a trabajar sin ser explotado y no volviera a tener hambre. Sin embargo, se está extinguiendo la generación de aquellos primarios revolucionarios que se lanzaron a la lucha y a pesar de los logros obtenidos, continúan viviendo en la miseria millares de familias. En cambio como en los tiempos de la dictadura, unos cuantos son los dueños de la riqueza del país.

Los sublevados entraron a la ciudad por la calle Nicolás Bravo, que en aquel tiempo marcaba la orilla de la población al poniente. Llegaron a la esquina con la Escobedo, donde estaba la cantina el "Paso de Venus" y que pasados algunos años le cambiaron el nombre a "Club Verde", nombre que ha conservado hasta la fecha. En esas dos calles y en la Patoni, existían más tabernas, fondas callejeras que se alumbraban con cachimbas de petróleo y ruidosos burdeles; era lo que antaño se conocía como zona roja o de tolerancia, que afortunadamente hace muchos años desapareció de la ciudad.

En la bocacalle de la Bravo y Escobedo, estaba colocada en el centro una linterna encendida que había puesto el sereno o gendarme encargado de vigilar ese punto. Unas personas afirmaban que el policía al divisar y oír el grupo de jinetes y hombres a pie, gritando mueras al gobierno, asustado, se había puesto a salvo arrojando la pistola y abandonando la linterna; en cambio, otras aseguraban que Martín Triana —que era uno de los rebeldes—, se había adelantado sigilosamente y sorprendiendo al gendarme, le quitó la pistola y amarrado lo dejó tirado en el suelo de un cuarto vacío que encontró cerca.

De aquel lugar, los revolucionarios se dirigieron a la casona de adobes que estaba situada en una de las esquinas de las calles Patoni y Morelos. Allí se encontraba la cárcel municipal, el corral de los carros recogedores de basura, los juzgados y el local del jefe de cuartel donde se reunían los miembros del ayuntamiento a celebrar sus sesiones. Al grito de "Viva Madero", los sublevados sitiaron las dependencias municipales, abriendo fuego sobre los vigilantes que se habían afortunado en los pretilos de la azotea; después de breve y nu-

trido tiroteo los alzados se apoderaron de la cárcel, matando al comandante y algunos rurales, el resto de los defensores huyeron por los tejados de las casas vecinas. Los rebeldes pusieron en libertad a los presos aceptando a los que quisieron unírseles, se llevaron las armas que encontraron en la comandancia y un caballo viejo que uncían a los pequeños carretones recolectores de basura. De ahí, se fueron a la calle Independencia donde existía un montepío a media cuadra de la plaza municipal, apoderándose de las armas empeñadas en el negocio. Frente a la casa de empeño estaba la residencia de los Lavín —donde actualmente está la presidencia municipal—, allí exigieron que les entregaran los caballos que tenían en los corrales, alguien les abrió el portón de los mismos y se llevaron dos mulas. Finalmente los rebeldes abrieron la ferretería del alemán Otto Reutter situada en la calle Ferrocarril, más acá del hotel América —hotel Monarrez—, donde nada encontraron que les fuera útil.

Luego los revolucionarios se alejaron tranquilamente por las alamedas del camino real rumbo a Lerdo, llegando al Puente Blanco de las grandes acequias —frente donde después estuvo la Cervecería Sabinas—, hicieron alto para descansar un rato y ponerse de acuerdo, sobre los planes a seguir.

Mientras tanto, avisados los federales de los acontecimientos sucedidos en Gómez Palacio, ya entrada la mañana del 21 de noviembre, salieron de Torreón: un destacamento de caballería al mando del coronel Sardaneta y varios pelotones de infantería abordaron algunos tranvías, y por distintos rumbos se dirigieron a combatir a los rebeldes. Los federales sorprendieron a los revolucionarios en el Puente Blanco, los jinetes que

llegaron por el camino real y los de infantería que llegaron en los trenes eléctricos, cogieron a dos fuegos a los alzados, entablándose un desigual combate que duraría cerca de media hora y ante la superioridad numérica de los atacantes, los rebeldes no tuvieron más remedio que ponerse en retirada, los que tenían caballos estuvieron sosteniendo el fuego, dando margen a los que andaban a pie se pusieran a salvo por los campos vecinos. Finalmente todos huyeron como pudieron, dejando en el lugar de los hechos acribillado por las balas federales el cuerpo del joven Ladislao López, quien en esa forma vino a ser la primera víctima del movimiento revolucionario local. Se dijo que por su parte las fuerzas del gobierno sufrieron dos bajas entre los soldados rasos, llevándose a los muertos a Lerdo, donde fueron velados y después enterrados en el cementerio.

No todas las personas que asistían a las juntas maderistas se levantaron en armas, si bien es cierto que todos fueron valerosos con el simple hecho de conspirar para derrocar al gobierno opresor. Nunca se sabrá con certeza quiénes lo hicieron siguiendo a Jesús Agustín Castro en la gran aventura. Se ha sabido que entre ellos figuraban: Orestes Pereyra y sus hijos; Sixto Ugalde, Melesio García, Gregorio García, Jesús Flores, Carlos Cervantes, Martín Triana, Enrique Adame Macías, Ezequiel Guillén, Feliciano González, Juan Esquivel, Lázaro Chacón, Braulio Ríos, José Varela, Enrique Estrada García, Fidencio Vega, José Maciel y otros más hasta contar cerca de cuarenta hombres. Han dicho algunos que entre el grupo de sublevados iban Epitacio Rea y Benjamín Argumedo, pero otros afirman que no fue cierto; cuando ellos lo hicieron fue tiempo después, a principios de 1911.

En cuanto los directores intelectuales del movimiento que fueron don Dionisio Reyes y el profesor Manuel N. Oviedo, el primero no lo pudo hacer porque sencillamente no le era posible debido a su avanzada edad, pero más que todo por el agobio de su larga y penosa enfermedad que padecía desde hacía tiempo; respecto al maestro Oviedo prometió presentarse la noche de ese 20 de noviembre cuando menos con mil hombres, debidamente montados y armados. De esa gente nadie se presentó a la cita incluyendo el profesor, no se supieron las causas de por qué no lo hicieron, o a lo mejor no era cierto y solamente lo dijeron para animar al resto de los comprometidos.

A los pocos días del levantamiento, el maestro Oviedo fue encarcelado en Torreón, escapándose inexplicablemente de un seguro fusilamiento, permaneciendo varios meses en prisión hasta ser liberado en mayo de 1911, cuando sus antiguos compañeros capturaron la mencionada ciudad.

Uno de los sublevados de 1910, el albañil Jesús Flores, reuniendo un pequeño grupo de hombres anduvo combatiendo a los federales por distintos rumbos de la comarca. Durante la toma de Torreón en 1911, al frente de su gente, Flores se lanzó sobre la ribera izquierda del río Nazas defendida por tropas del gobierno, al contestar el fuego los defensorés, el maestro albañil fue una de las primeras víctimas que cayeron. Decían que Jesús Flores se hacía llamar general por sus hombres y con ese grado fue sepultado en el panteón municipal; en la lápida de la tumba dañada por los embates del tiempo —inclinada y semienterrada—, se hacía referencia al grado de general que nadie le había conferido. Después de la captura de Torreón, los jefes que tomaron

parte recibieron de manos de los señores Emilio y Raúl Madero —por instrucciones de su hermano don Francisco que era el caudillo de la Revolución—, el nombramiento de coroneles, sin que hasta la fecha se haya sabido que alguien recibiera el nombramiento de general.

3. Los mártires

Posiblemente, ocupaba la presidencia municipal de la ciudad el boticario Ventura Olvera —nombrado por las fuerzas revolucionarias—, cuando el 20 de noviembre de 1914 se descubrió la sencilla placa ovalada —todavía existe—, que fue colocada en la pared exterior de la finca de adobes, que se levantó en el lugar donde antes estuvo una iglesia protestante, situada por la actual calle Mártires haciendo esquina con la Hidalgo, frente a la tlapalería de el Topo Chico de don Sabino Quiroz. En la casa donde se puso la placa, actualmente celebra sus sesiones la Liga Municipal de Béisbol de Gómez Palacio. El templo bautista quedaba un poco adentro del terreno y afuera crecía un corpulento mezquite; ahí llegaron a celebrarse juntas revolucionarias antes de 1910, después fue derruido.

La mencionada placa se develó en recuerdo de los primeros hombres que murieron al iniciarse la Revolución por estas tierras, y por la misma razón esa calle tiene el nombre de Mártires. Ellos fueron: Ladislao López, Juan Aguirre y Juan Guzmán. López era un joven que trabajaba de trolero en los trenes eléctricos, sin estar debidamente comprobado, se decía que el tranvia-

rio no pertenecía al grupo que se había levantado en armas; se unió a ellos a última hora, al encontrárselos accidentalmente en la calle la noche del levantamiento, al darse cuenta que iban al mando de Jesús Agustín Castro, su jefe en el trabajo. Ladislao pertenecía a una familia numerosa y muy conocida en Gómez Palacio, tenía varios hermanos que fueron: Hilario, Guadalupe, José y Jesús, este último es el único superviviente y vive actualmente en Lerdo.

Como se ha dicho, Ladislao López resultó muerto en el enfrentamiento que tuvieron los revolucionarios contra los federales en el Puente Blanco la mañana del 21 de noviembre de 1910. Sin embargo, otros dijeron que no había sucedido de esa manera su muerte, sino que había sido colgado en los álamos del camino real junto con Guzmán y Aguirre; algunos aclaraban que sí habían colgado a López pero ya muerto por las balas federales. No se ha podido establecer la verdad de los hechos, las versiones de los que se decían testigos siempre fueron contradictorias.

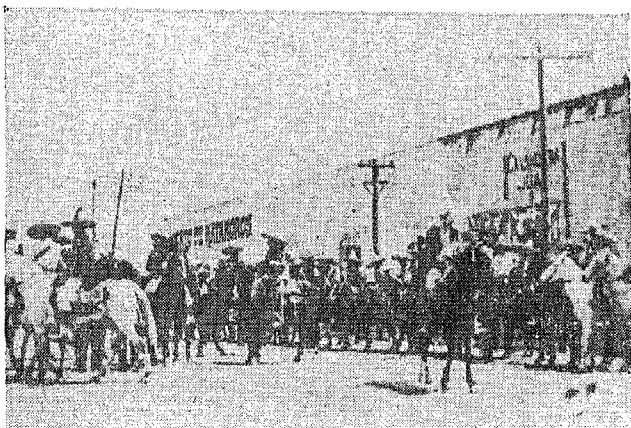
Esa misma mañana del 21 de noviembre, comenzó la cacería de los que se habían comprometido a secundar el movimiento, o bien que simpatizando con el maderismo asistían a las juntas secretas. No faltaron chismosos y mal intencionados que denunciaron a personas ajenas a la conspiración, pero sin ningún resultado. Hubo un sujeto apellidado Berúmen que era capataz del personal que trabajaba en los carretones de la basura, que acompañando a una patrulla federal, les anduvo enseñando las casas de los que él creía estaban comprometidos. Afortunadamente los que en realidad estuvieron, de manera oportuna abandonaron la ciudad poniéndose a salvo.

Solamente Juan Guzmán y Juan Aguirre que estaban decididos a levantarse en armas, se arrepintieron y no se presentaron; imprudentemente no salieron de la población, ocultándose en casa de unos parientes donde los encontraron los federales. Se los llevaron presos y después fueron ahorcados, según dijeron para que sirviera de escarmiento a los demás, y no anduvieran pensando en tratar de quitar al gobierno de don Porfirio.

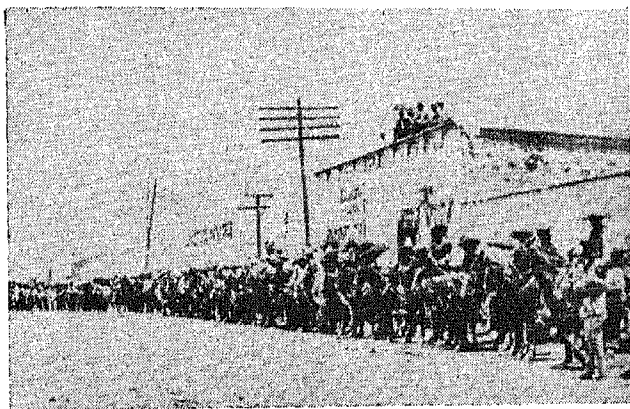
Aparte de la versión dada a conocer de que los Juanes, Guzmán y Aguirre fueron ahorcados en los árboles del camino real, hay otra versión en la que se asegura que los rebeldes fueron colgados de las ramas del mezquite grande que crecía frente al templo protestante, tantas veces mencionado. Con alguna seguridad, se puede afirmar que los ahorcamientos hayan tenido lugar en este último lugar, porque allí los revolucionarios en 1914 descubrieron la placa que perpetúa para siempre la memoria de los primeros mártires de la Revolución que cayeron por estas tierras.

4. El desquite

Avanzada la mañana del 21 de noviembre de 1910, los 130 pelones —así llamaba el pueblo a los soldados federales porque al llevarlos a la fuerza al ejército, los rapaban— de caballería que habían ayudado a los de infantería a echar en corrida a los 40 revolucionarios, se paseaban ufanos en la ciudad. Venían al mando del coronel Sardaneta que engreído hacía caracolear su ca-



Las fuerzas maderistas se agrupan en Gómez Palacio para avanzar sobre Torreón, en 1911.



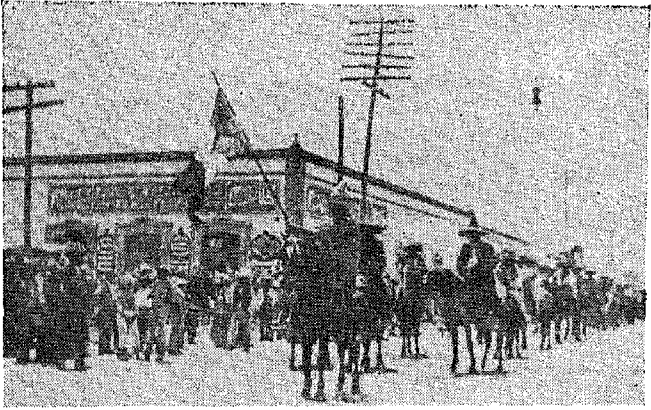
Formados los maderistas esperan la orden de avanzar sobre Torreón.

ballo. Cuando llegaron a la plaza de armas, los gachupines que estaban en la cantina de el "Centro" salieron a las afueras de la taberna, felicitando a gritos al oficial federal por haberles dado su merecido a los pelados revoltosos y lo invitaron a tomar coñac al interior del establecimiento, mandando a los soldados sendas tandas de Pilsner, la afamada cerveza elaborada en San Luis Potosí.

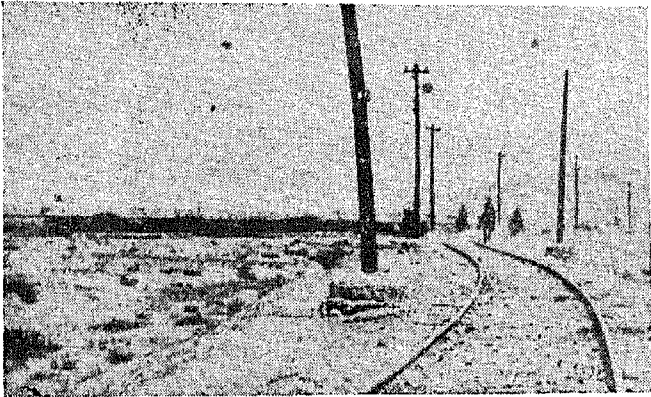
Quién había de pensar que aquel puñado de hombres valerosos, que huyeron ante el acoso de los federales porque en gran número los atacaron, volverían al cabo de seis meses transformados en audaces guerrilleros y logran apoderarse de Torreón. Si el coronel Sardaneta estaba entre los defensores de la ciudad, la cara que ha de haber puesto —si es que se enteró—, que entre los vencedores venían los que había derrotado hacía poco tiempo.

Después de la escapatoria del Puente Blanco, los revolucionarios se reunieron nuevamente en los cerros vecinos a Lerdo, acordaron separarse en pequeños grupos y continuar la lucha en forma de guerrillas. Así lo hicieron diseminándose por varios rumbos del estado de Durango y la comarca lagunera; atacando las pequeñas guarniciones de los poblados apartados formadas por rurales y las acordadas, huyendo a los montes donde no se atrevían a perseguirlos por temor a una emboscada. Poco a poco más hombres se iban uniendo a los guerrilleros; ya los antiguos compañeros de las juntas clandestinas se encontraban luchando, como Calixto Contreras y Juan Pablo Estrada.

El 6 de mayo de 1911, Pascual Orozco y Francisco Villa se apoderaron de la ciudad fronteriza de



Fuerzas revolucionarias listas en Gómez Palacio para avanzar sobre Torreón.



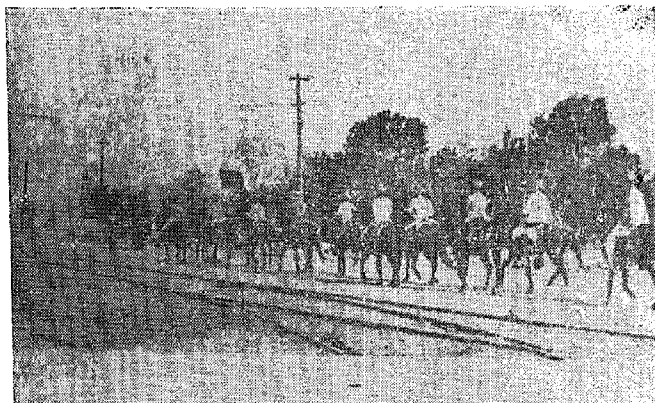
Jesús Agustín Castro avanza al ataque sobre Torreón por la vía del Ferrocarril Eléctrico.

Ciudad Juárez y ocho días después, el 14 de mayo, los revolucionarios laguneros y otros grupos del estado de Durango se arrojaron sobre Torreón, defendida por tropas federales al mando del general Emilio Lojero y después de dos días de lucha fueron derrotados, apoderándose los rebeldes de la ciudad.

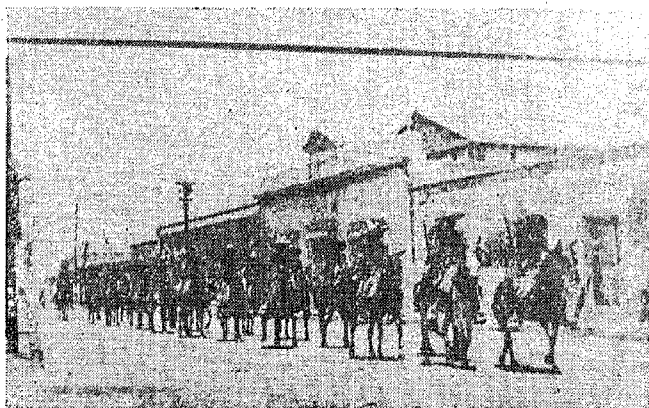
Las tropas que tomaron la Perla de la Laguna, luchaban sin orden ni organización, cada quien por su lado. Después de la toma de Torreón, se formó la Segunda División del Norte del Ejército Libertador al mando de Emilio y Raúl Madero. La Primera División del Norte estaba integrada en su mayor parte por gente de Chihuahua donde desarrollaba sus actividades y su jefe era el inquieto Pascual Orozco.

Al reorganizarse las fuerzas revolucionarias en la Laguna, se les reconocieron el grado de coroneles a Jesús Agustín Castro, Orestes Pereyra, Sixto Ugalde, Gregorio García, Martín Triana, Enrique Adame Macías, Calixto Contreras, Domingo y Mariano Arrieta, y se dio el nombramiento de capitanes a Benjamín Argumedo, Juan Pablo Estrada, Toribio de los Santos y Luis Murillo.

Se formaron los cuerpos rurales maderistas: el 20 al mando de Sixto Ugalde, el 21 de Jesús Agustín Castro, el 22 de Orestes Pereyra y el 26 a Martín Triana. El profesor Manuel N. Oviedo puesto en libertad fue designado presidente municipal de Torreón y el flamante capitán Juan Pablo Estrada de Gómez Palacio.



La Brigada de la Muerte de los maderistas portando una bandera negra con calavera y canillas cruzadas, pasando por la estación de Gómez rumbo a Torreón.



Los rurales Chaquetas Amarillas del rico hacendado coronel Carlos González, pasando en retirada frente al Club Lagunero de Gómez Palacio.

5. Matanza de los chinos

En los días iniciales de la Revolución, los chinos eran dueños de grandes negocios en la Región Lagunera. Tenían los más importantes almacenes de abarrotes al mayoreo y menudeo, en las orillas de las poblaciones cultivaban extensos campos de hortalizas que anualmente producían centenares de toneladas de legumbres, y eran de ellos los restaurantes y lavanderías más importantes establecidos en Torreón y tenían su propio banco. Formaban con los españoles, las dos colonias extranjeras con mayor número de miembros y al mismo tiempo eran las más ricas, disfrutaban de los estímulos y prebendas que les otorgaba el sistema porfirista, amasando cuantiosas fortunas.

Al levantarse en armas el pueblo contra el gobierno, los ricos se dieron cuenta que la lucha era también contra ellos, contra los explotadores; los que cometían injusticias y atropellos contra los humildes. Los culpables llegaron a sufrir saqueos en sus comercios y casas particulares. Los reaccionarios aprovecharon la oportunidad para lanzar rumores, tales como asegurar que los rebeldes venían despojando de sus bienes y matando a los extranjeros. Los chinos creyendo que estaban en peligro su vida e intereses, adquirieron armas para defenderse.

Se decía que en mayo de 1911, cuando los revolucionarios atacaron la ciudad de Torreón, grupos de orientales voluntariamente se aprestaron a defenderla, parapetándose en las azoteas del hotel San Carlos

y del Banco Chino —dos de los edificios más altos entonces en Torreón—, abriendo el fuego contra los made-
ristas que triunfantes irrumpieron por las calles persi-
guiendo a rurales y federales. Algunos revolucionarios
fueron cazados por los chinos al ponerse al alcance de
las balas de sus carabinas.

Inmediatamente el hotel San Carlos fue sitiado por
los rebeldes, disparando sin cesar contra los chinos afor-
tinados tras los pretiles del mencionado edificio, se fue-
ron acercando y cuando la resistencia de los francotira-
dores fue disminuyendo, se precipitaron por las escaleras
interiores del hotel que conducían a la azotea. Llegando
ahí se arrojaron sobre los chinos, acribillando a balazos
a buen número de ellos, haciendo prisioneros al resto.
Al calor de la lucha, se cometieron algunos hechos la-
mentables; uno de ellos fue la famosa matanza de los
chinos en Torreón, tanto de los que sorprendieron con
las armas en la mano, y los que fueron muertos sin tener
ninguna culpa. Al ser apresados los chinos que encon-
traron en las azoteas del hotel San Carlos y del Banco
Chino, dieron comienzo escenas dantescas que crisparon
los nervios de los que las presenciaron, cuando los pri-
sioneros desde los altos tejados de los edificios mencio-
nados fueron arrojados vivos de cabeza contra las
aceras, también fueron lanzados los heridos. Los
que no morían con la caída, en medio de ayes de
dolor eran rematados a balazos. Contaban que algunos
chinos fueron descubiertos transitando por las calles
—ajenos a lo que estaba pasando—, y los persiguieron,
matándolos como si se tratara de perros del mal, es decir,
con rabia. Aseguraban que más de 300 chinos perdie-
ron la vida en esos hechos.

El Banco Chino estaba situado en la esquina de las calles Juárez y Valdés Carrillo, y el hotel San Carlos es un triste edificio de tres pisos que ocupa más de un cuarto de manzana, en la esquina de las calles Múzquiz e Hidalgo; le llamaban el peligro amarillo, no se sabe si porque ahí los chinos cazaban a los rebeldes o porque está construido con ladrillos de ese color. Algún tiempo la gente al pasar frente al hotel no dejaba de sentir escalofríos al recordar la matanza de los chinos y apretaban el paso para alejarse del lúgubre lugar.

6. Los primeros revolucionarios

Los primeros grupos revolucionarios que se lanzaron a la lucha para derrocar al gobierno porfirista, peleaban sin ninguna organización —cosa que ya se ha dicho—. Si a alguien ya no le gustaba andar con determinada gente, tranquilamente cogía sus pertenencias, ensillaba su caballo y se daba de alta con otros. En los combates no existía una voz de mando, solamente se escuchaban los gritos del caudillo animando al resto a que lo siguieran; era el primero en irse a rienda suelta de su caballo contra el enemigo disparando su carabina. No había regimientos, ni batallones, sólo gente de Sixto Ugalde, Orestes Pereyra, etcétera.

La indumentaria de aquellos luchadores era de la más variada, en un principio casi todos andaban con la ropa que habitualmente usaban en sus ocupaciones. Camisa y calzones largos de manta burda o trigueña, huaraches y huaripas de ancha falda y copa alta de los

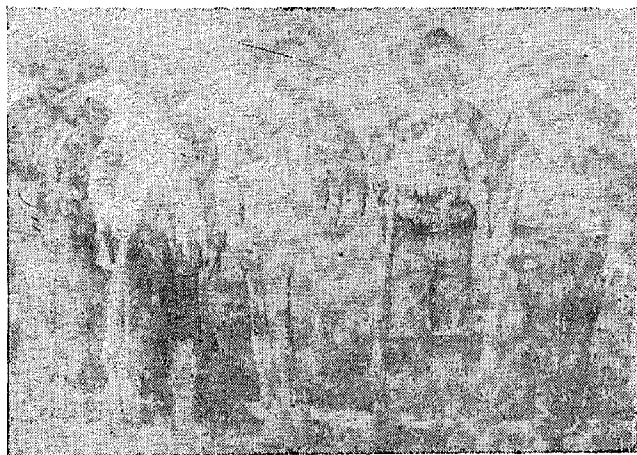
campesinos; camisa y pantalón de color caqui, sombrero tejano de caporales y vaqueros con grandes mitazas o chaparreras protegiendo las piernas; pantalones de pechera y yompas de mezclilla, con paliacate al cuello y cachucha cubriendo la cabeza de los ferroviarios. Abundaban los trajes charros de diversas telas y colores, con sombreros anchos de palma comprimida o de pelo. Todos usaban cananas repletas de tiros cruzadas sobre el pecho y escapularios milagrosos —según los creyentes— colgados del cuello, algunos traían imágenes de santos pegados en las copas de los sombreros. Eso sí todos usaban un listón tricolor alrededor de la base de la huaripa, sombrero de charro o tejano, que los identificaba como revolucionarios. Sin duda que la mayoría de aquellos hombres eran católicos, creían en la protección de sus santos predilectos, pero no querían a los curas, adivinando que eran sus enemigos, como en realidad lo eran. Sin ningún temor entraban a caballo al interior de las iglesias, correteando a sacerdotes y sacristanes, aprovechando la ocasión para vaciar los depósitos de las limosnas.

Las largas galopadas entre montes de huizaches y mezquites, el calor y el sudor, el polvo y la lluvia, hacían que la ropa acabara hecha jirones, siendo reemplazada por las prendas de vestir que se encontraban en los saqueos de la clase y estilo que fuera; cuando tenían dinero de los avances o les pagaban, lo que sucedía de vez en vez, compraban en las tiendas ropa de su preferencia.

Aquellos revolucionarios, fueron hombres diestros para montar a caballo y el manejo de las armas, soportaban largas caminatas a lomo de los animales devorando las distancias, ya fueran cruzando las candentes



Tropas federales salieron de Torreón a batir a los rebeldes.



Pancho Villa con sus primeros hombres.

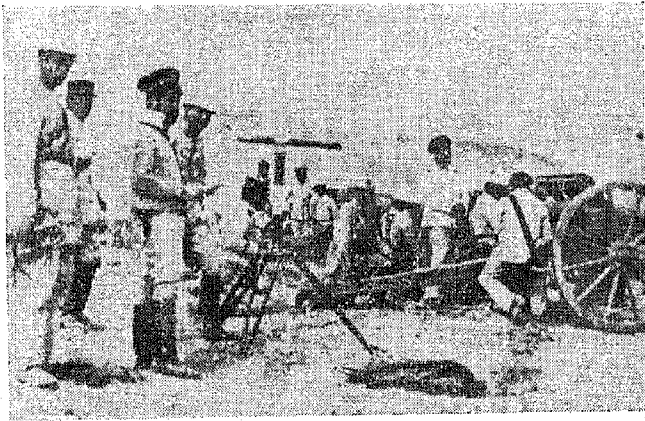
arenas del desierto o escalando las heladas alturas de las montañas. Tenían la cara quemada y curtida por el sol y el viento, y las manos encallecidas. Hechos de cuerpo entero para el sufrimiento y las privaciones, por ese fueron invencibles y fueron capaces de destrozarse un ejército profesional, organizado —a pesar de estar formado por soldados a la fuerza—, como sin duda lo fue el ejército federal. Centenares de campesinos laguneros por no decir miles, abandonaron la familia, el hogar y el trabajo para darse de alta en las filas de aquellos hombres de leyenda.

7. Cuarenta pesos y gracias

A consecuencia de las capturas de las plazas de Ciudad Juárez y Torreón por los rebeldes, se precipitó la paz que a los pocos días se concertó con el gobierno, renunciando Porfirio Díaz y abandonando el país; formándose un gobierno provisional para después convocar al pueblo —por primera vez en 30 años— a elecciones generales. El ejército federal quedó como sostén del gobierno de transición, cometiendo el más grave error que fue el licenciamiento de las fuerzas revolucionarias, quedando solamente algunos cuerpos maderistas, a los demás les dieron cuarenta pesos y las gracias de la patria por los servicios prestados. Desde luego que esta disposición causó gran malestar entre los revolucionarios, no habían cogido la carabina exponiendo la vida en los combates, para que después de la victoria los despacharan tranquilamente a sus casas; se habían



Federales durante la batalla contra los maderistas que atacaban Torreón.



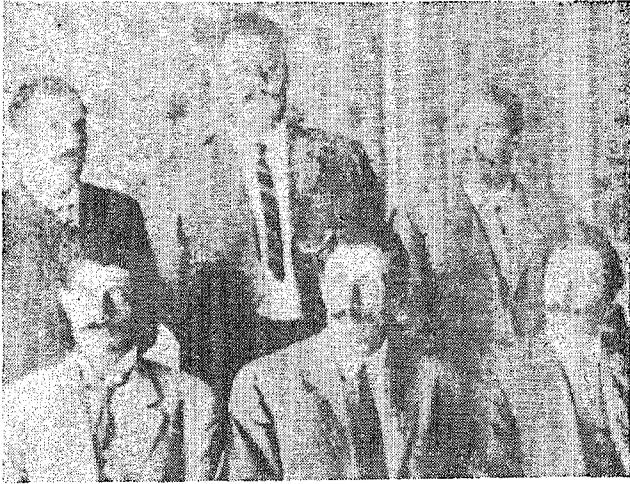
Cañón de 75 milímetros emplazado en el cerro de la Cruz para la defensa de Torreón.

lanzado a la lucha para acabar con un sistema injusto y una de sus injusticias era la que propiciaba la formación del ejército federal, porque sus bases estaban integradas por gente llevada a la fuerza, pepenada por las acordadas a través de las levas, en su mayoría campesinos.

Pero Madero y sus torpes consejeros, creyeron que con los cambios en los puestos de elección era suficiente, dejando intacto el aparato gubernamental dominado por la burguesía porfirista. Al llegar don Pancho Madero a la presidencia de la República electo por el pueblo le fue imposible cumplir con las promesas hechas. Por lo tanto, Emiliano Zapata se había negado a deponer las armas, hasta en tanto no se cumpliera con el sueño de los campesinos: que la tierra debe ser de quien la trabaja con sus propias manos.

Entre los guerrilleros laguneros hubo marcado descontento, especialmente cuando las tropas de Calixto Contreras y de los hermanos Arrieta, fueron desarmadas en la ciudad de Durango por la gente de Orestes Pezreya, jefe de la guarnición en el estado; misión penosa que el honesto revolucionario se vio precisado a llevar a cabo obedeciendo órdenes del gobierno maderista, que justificó los hechos alegando que esas fuerzas de Durango eran muy desordenadas, justificación que nadie aceptó.

Avisada oportunamente la gente que iba a ser licenciada, que tenía que entregar las armas, consiguió carabinas descompuestas o viejas, las que entregó; dejando para sí, rifles nuevos o cuando menos en buen estado. Armas que dos años más tarde, las volvieron a usar cuando las hordas huertistas asesinaron al presi-



Antiguos revolucionarios que en 1912 se levantaron en armas contra el gobierno del presidente Madero. Sentados de izquierda a derecha: Benjamín Argumedo, Pascual Orozco y Marcelo Caraveo. Parados: Pascual Orozco (padre), Cheché Campos y Félix Terrazas.

dente Madero, y entonces se apresuraron a darse de alta en la que después fue la División del Norte.

Entre los revolucionarios de La Laguna, los más descontentos eran Benjamín Argumedo, Emilio Campa, Luis Murillo y Cheché Campos, que no ocultaban sus sentimientos, haciendo propaganda abierta en las rancherías de la comarca, convenciendo a los campesinos de que en vista de que el gobierno maderista no había cumplido lo prometido, aliándose a los enemigos del pueblo, por lo tanto no había más remedio que coger nuevamente las armas y seguir luchando para obtener el mejoramiento incumplido. En ese malestar, se gestó el nacimiento del grupo rebelde lagunero, que al poco tiempo marcharía a unirse al movimiento orozquista que brotó en el estado de Chihuahua y otras partes del país.

8. Los pagadores

Con el paso del tiempo, los grupos revolucionarios se fueron organizando en brigadas, surgiendo en el seno de ellas un personaje indispensable para el arreglo de asuntos administrativos; normalmente era el más inteligente o cuando menos el más listo de todos. Era un especie de secretario y pagador, consejero político del jefe y pagaba a la gente cuando había dinero con que hacerlo. Esos cargos los desempeñaban por lo general jóvenes y hombres maduros que habían tenido escuela. Tomaban la palabra en los lugares públicos llevando la representación de los caudillos en las ceremonias oficiales; aparte la hacían de tenedores de libros o

algo así, encargándose del detalle de la corporación, llevando la cuenta de los préstamos que recaudaban y la lista de los gastos que hacían.

Algunas personas conocidas en la ciudad, llegaron a ocupar esos puestos revolucionarios y entre ellos, recordamos a los siguientes:

Ezequiel Guillén

De entre los que se levantaron en armas la noche del 20 de noviembre de 1910, figuraba Ezequiel Guillén, que vino a ser el primer pagador que tuvo la brigada Juárez de Calixto Contreras, al reorganizarse todas las tropas revolucionarias en 1913. En ese mismo año don Ezequiel fue hecho prisionero por los colorados del capitán Arcadio Macías —persona muy conocida antaño y que tenía la cantina Texas cerca de la plaza de armas— y fusilado en un basurero de las orillas del barrio de Santa Rosa. Cuentan que al evacuar los rebeldes la población porque ya venían los federales y colorados en gran número, Guillén fue de los últimos que salieron montando un caballo moro de falsa rienda, iba a galope por la calle Escobedo para tomar el camino real rumbo a Lerdo, pero al llegar a la acequia grande de la carretera, el caballo se encabritó y comenzando a reparar tumbó al jinete, dando lugar a que fuera capturado al llegar los orozquistas.

Ezequiel Guillén había nacido en Matamoros de la región lagunera, era tenedor de libros en la ferretería de don Antonio Montemayor al levantarse en armas. Pertenecía a la junta patriótica de la ciudad ocupando el puesto de tesorero, sobra decir que era miembro del

grupo conspirador dirigido por Dionisio Reyes, antes del levantamiento. Estaba casado con la señora María Correa, hermana de don Antonio del mismo apellido, comerciante muy conocido y que por cierto también concurría a las juntas maderistas.

Salvador Olvera

El señor Olvera nació en la ciudad de Durango, radicado por muchos años en Gómez Palacio hasta su fallecimiento; era una persona estimada por los que lo conocieron y trataron, era hermano del licenciado Enrique Olvera. Cuentan que en una de tantas veces que Tomás Urbina se apoderó de la ciudad de Durango —por la que sentía predilección por los jugosos saqueos que efectuaba en las mansiones de los ricachones porfirianos—, el antiguo abigeo necesitaba que alguien se encargara de los asuntos del papeleo en su brigada, y le recomendaron al joven Salvador Olvera como la persona más competente para ocupar el cargo, y de esa manera pasó a pertenecer a la brigada Morelos del tormentoso Tomás Urbina. Sin duda, que el novel secretario ha de haber vivido episodios fantásticos con la gente de aquel caudillo, ávido de riquezas y gran depredador de iglesias en los lugares que llegaba.

Vicente Tapia

Vicente Tapia contaba 20 años de edad cuando trabajaba de garrotero en el ferrocarril. A fines de 1914, al dividirse la división de los revolucionarios en villistas y carrancistas, llegaron a Gómez las fuerzas de los generales Calixto Contreras y Severino Ceniceros de paso

grupo conspirador dirigido por Dionisio Reyes, antes del levantamiento. Estaba casado con la señora María Correa, hermana de don Antonio del mismo apellido, comerciante muy conocido y que por cierto también concurría a las juntas maderistas.

Salvador Olvera

El señor Olvera nació en la ciudad de Durango, radicado por muchos años en Gómez Palacio hasta su fallecimiento; era una persona estimada por los que lo conocieron y trataron, era hermano del licenciado Enrique Olvera. Cuentan que en una de tantas veces que Tomás Urbina se apoderó de la ciudad de Durango —por la que sentía predilección por los jugosos saqueos que efectuaba en las mansiones de los ricachones porfirianos—, el antiguo abigeo necesitaba que alguien se encargara de los asuntos del papeleo en su brigada, y le recomendaron al joven Salvador Olvera como la persona más competente para ocupar el cargo, y de esa manera pasó a pertenecer a la brigada Morelos del tormentoso Tomás Urbina. Sin duda, que el novel secretario ha de haber vivido episodios fantásticos con la gente de aquel caudillo, ávido de riquezas y gran depredador de iglesias en los lugares que llegaba.

Vicente Tapia

Vicente Tapia contaba 20 años de edad cuando trabajaba de garrotero en el ferrocarril. A fines de 1914, al dividirse la división de los revolucionarios en villistas y carrancistas, llegaron a Gómez las fuerzas de los generales Calixto Contreras y Severino Ceniceros de paso

a la ciudad de Durango, a donde se dirigían para tratar de capturarla, que estaba en poder de los Arrieta, que se había puesto al lado de Carranza.

Con los villistas venía Margarito Machado —vecino de Cuencamé— como pagador de la brigada. Era pariente de Vicente Tapia y al visitarlo en su domicilio para saludarlo, lo invitó a que se fuera con ellos, como su ayudante encargado de pagar a la tropa del coronel Bibiano Hernández. En el camino a Durango, Machado fue ascendido a mayor de la brigada Juárez, y don Calixto le ofreció el puesto de pagador en su corporación al joven Tapia, durando en el cargo algunas semanas, antes de llegar la desbandada general de las fuerzas villistas.

Don Vicente aún vive con sus 84 años sobre sus espaldas.

9. El "Soldado del Ideal"

Francisco Fernández Sierra vivía en Torreón, ocupó diversos cargos públicos en la época revolucionaria, tesorero municipal y administrador del timbre. El coronel Juan N. Medina, jefe de estado mayor de la División del Norte le decía el "Soldado del Ideal" —nombre que se le quedó— porque la vez que el general Villa le ofreció el nombramiento de mayor por sus méritos en la lucha, lo rechazó diciéndole al Centauro que él era y seguiría siendo un ciudadano en armas. Antes el señor Fernández Sierra no había aceptado el grado de capitán que Calixto Contreras le había ofrecido dentro de su brigada. El "Soldado del Ideal" era conocido como tal por

los miembros del estado mayor de los que fue su compañero.

De alguna manera estuvo vinculado con la junta maderista de Gómez Palacio, porque antes del levantamiento, el 17 de noviembre de 1910, don Francisco al anochecer salió a tierras de Durango, enviado por Orestes Pereyra para que localizara a Melitón Ortega como habían convenido; hasta el 25 del mismo mes localizó a Ortega por el rumbo de Gabriel —hoy Francisco I. Madero—, cuando ya se había levantado en armas. Al lado de Melitón el “Soldado del Ideal” tomó parte en el combate de Topias, donde derrotaron a los federales; después el cabecilla maderista lo comisionó para que fuera a Peñón Blanco a urgir a Agapito Bañuelos para que se levantara en armas, haciéndolo al frente de 27 hombres. Cumplidas esas tareas de enlace el señor Fernández Sierra se presentó con don Calixto Contreras que se encontraba en Pedriceña, eso sucedió el 26 de abril de 1911. De ahí salió con una escolta de cinco hombres que le proporcionó don Calixto, y en Gómez Palacio se incorporó con la gente de Santos Rey, nombrándolo su secretario, tomando parte en la toma de Torreón a las órdenes de Emilio Madero en mayo de 1911. Al triunfo maderista, el presidente municipal de Torreón, profesor Manuel N. Oviedo lo designó tesorero, desempeñando el cargo algunos meses.

En 1913, cuando el pueblo nuevamente se levantó en armas a luchar contra sus enemigos —esta vez con los asesinos del señor Madero— Francisco Fernández Sierra se fajó la pistola y vestido de civil como siempre, se presentó ante el general Villa quien lo acogió con cariño, comisionándolo en su estado mayor, estando presente en las grandes batallas de la División del Norte.

CAPÍTULO II

1. Dionisio Reyes

Dionisio Reyes el encauzador del movimiento regional de 1910, no se fue al monte con sus compañeros la noche del 20 de noviembre de ese año, con 60 años de edad y las enfermedades que no la dejaban en paz, era imposible que lo hiciera, ¡pero qué valor de aquel hombre ejemplar!, haber tenido el suficiente para desafiar al poder porfirista —que era implacable con sus enemigos— y también ocultarse con mil penalidades de los soldados federales, que lo buscaban con empeño para fusilarlo, afortunadamente nunca lo encontraron.

Nació en la ciudad de Durango en 1850. Era alto, delgado, siempre andaba vestido con su gastado traje negro y a veces se cubría la cabeza con bombín; en los días fríos abrigaba su cuerpo con un largo levitón, caminaba apoyándose con un bastón y en los últimos días de su vida andaba con muletas. Siempre traía papeles bajo el brazo o en las bolsas de la chaqueta. Contaban que era buen orador, el que pronunciaba los discursos

oficiales en la celebración de las fiestas patrias, como ya se ha dicho era un miembro prominente de las juntas patrióticas de la población.

Después del levantamiento, los federales lo anduvieron buscando casa por casa a lo largo de la calle Aldama y otras del barrio de la Patria; decían que don Nicho se había visto obligado a permanecer oculto en el fondo de una noria por la calle Rayón. Las norias que se construían antaño estaban ademadas de ladrillos desde el brocal hasta el fondo y tenían huecos donde en los que metiendo los pies se lograba bajar hasta la superficie del agua; el fondo de los pozos era oscuro siendo fácil de ocultarse una persona. Agregaban que le habían puesto precio a su persona, ofreciendo 20 mil pesos de recompensa al que proporcionara datos para lograr su captura, pero los vecinos que se dieron cuenta dónde estaba escondido, en vez de denunciarlo lo protegían. Al fin pudo escapar cuando Pancho Becerra que tenía un carretón, logró sacarlo fuera de la población escondido entre unas sacas de carbón del desvencijado vehículo tirado por un caballo. Redondeaban la leyenda terminando que, un retén de federales había interceptado el paso del carretón y que metían las bayonetas caladas entre las sacas del combustible. La escapatoria se efectuó por el rumbo de la jabonera, y entre el mezquital al fin pudieron llegar a Torreón donde don Nicho consiguió abordar el tren local que lo llevó a Durango. En la capital duranguense permaneció escondido, considerándose seguro cuando después llegó Orestes Pereyra en 1911, encargado del resguardo en el estado. La ciudad de Durango casi todo el tiempo que duró la lucha estuvo en poder de los revolucionarios, los que ayudaban y proporcionaban trabajos administrativos a Dionisio

Reyes, en esa forma la iba pasando, apesadumbrado por sus males.

Cuando podía don Dionisio venía a Gómez Palacio donde permanecía algunos días, regresando a su refugio al acercarse los federales. El 12 de enero de 1914, falleció el revolucionario en la ciudad de Durango a la edad de 64 años. Como por aquellos días la Comarca Lagunera estaba en poder de los huertistas, el cuerpo de Dionisio Reyes no podía ser trasladado a Gómez Palacio para sepultarlo, por lo que el cadáver fue embalsamado, permaneciendo más de tres meses en una sala del Palacio de Gobierno del Estado, bajo el cuidado de las tropas revolucionarias que en esos días ocupaban la población.

A fines de marzo de 1914, las tropas de Pancho Villa a sangre y fuego capturaron la ciudad de Torreón. A los pocos días el cadáver de Dionisio Reyes fue recibido en Gómez Palacio con todos los honores, siendo sepultado en el panteón municipal.

Sin duda que don Dionisio fue un idealista, pero al mismo tiempo era un hombre de gran voluntad, los embates del reuma no pudieron doblegar su endeble cuerpo —falleció ya casi anciano— y menos abatir su ánimo por la lucha. Quizá se le pueda colocar al nivel de los viejos luchadores del Partido Laborista Mexicano al lado de los Flores Magón, Sarabia, Rivera, etc. Hasta la fecha no ha sido valorada su personalidad revolucionaria, mucha gente no sabe quién fue. Hay que decir que fue un hombre tenaz, de acción, de hechos, él que apenas podía caminar.

Muchos años después del triunfo de la Revolución, se acordaron del luchador y le pusieron el nombre de Dionisio Reyes a un humilde callejón del barrio del Noventa. Un pobre homenaje a un hombre tan grande.

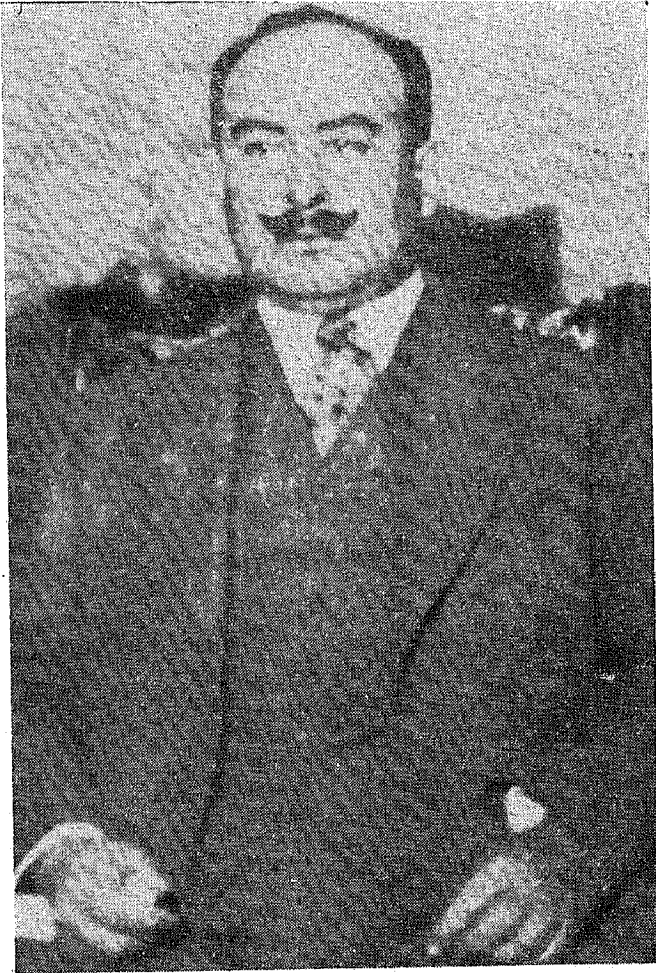
2. Jesús Agustín Castro

Se decía que Jesús Agustín Castro había visto la luz primera en 1887, en Lerdo, la antigua ciudad señorial de huertas y acequias. En 1910, trabajaba como inspector de los trenes eléctricos, vivía en Gómez Palacio por el rumbo del parque, en la calle Rayón. Tenía 23 años de edad, cuando se convirtió en comandante de la Revolución, poniéndose al frente de los revolucionarios que se levantaron en armas, la noche del 20 de noviembre de 1910.

Era de regular estatura, de complexión robusta, usaba los bigotes con las guías retorcidas para arriba que le daban un aspecto marcial. En aquellos años, muchos señores usaban los bigotes de esa manera copiada a los generales alemanes.

Después de la correda del Puente Blanco acaecida en la mañana del 21 de noviembre de 1910, el joven Castro juró no rasurarse el bigote y dejarse crecer la barba —los maldicientes aseguraban que todo ese tiempo estuvo escondido en una cueva—, hasta en tanto no regresara y tomar debida venganza de lo que les había ocurrido ese día. Esto se le concedió en mayo de 1911, cuando los guerrilleros laguneros apoyados por los duranguenses tomaron la ciudad de Torreón.

El 14 del mes y año señalado antes, en una mañana asoleada Jesús Agustín Castro hizo su entrada triunfal a la ciudad conquistada, montado en soberbia mula ricamente enjaezada; lucía una gran barba, y defendía su cabeza de los ardorosos rayos del sol de



Jesús Agustín Castro.

mayo con un saracof de corcho, como los que usaban los oficiales del cuerpo de artillería de la Federación.

El general Castro, fue un hombre de firme convicción revolucionaria. No se distinguió en ser un estratega militar en todo el sentido de la palabra, pero su valor era innegable como lo demostró las veces que supo afrontar serias responsabilidades; cuando se puso al frente de los revolucionarios laguneros el 20 de noviembre de 1910 y cuando en 1928 se opuso a que se pisotearan los principios antirreleccionistas que la facción sonorenses en el poder trató de hacerlo. Nunca eludió lo que él creía era su deber, exponiendo su manera de pensar aun con peligro de su vida.

Ocupó diversos puestos públicos, todos importantes: gobernador de varios estados de la República; jefe de operaciones militares de algunas zonas; Ministro de Guerra; senador, y años más tarde Secretario de la Defensa Nacional. A pesar de todo no se enriqueció —cuántas enormes fortunas han amasado los rateros de todos los sexenios, ocupando puestos menos importantes—, a su muerte solamente dejó a sus deudos la casa familiar de la calle Rayón y el pequeño predio agrícola que llamó “Mi sueño” donde con esmero cultivaba rosas y que está a la salida de Lerdo, frente al ahora Parque Nacional de Raymundo.

Siendo senador, se opuso vigorosamente desde la tribuna del Senado a la reelección de Álvaro Obregón en 1928, defendiendo los principios políticos por los que habían luchado miles de mexicanos: Sufragio Efectivo No Reelección. Este recto proceder, nunca se lo perdonaron los obregonistas en el gobierno, y lo postergaron. Circularon rumores que lo habían mandado asesinar, pero que el general Eulogio Ortiz, por instrucciones

de Calles lo protegió ayudándole a esconderse en una lejana estancia ganadera del norte del estado de Durango.

Vivió largos años pobre y olvidado en la ciudad, se le recordaba caminando con paso ligero a pesar de su corpulencia, por las calles del barrio de la Patria. Vestido con traje negro y sombrero del mismo color cubriendo su cabeza, aun en los días tórridos del verano, sus trajes de tanto uso ya tenían un color verdoso oscuro. Todas las tardes se sentaba en una banca del parque Morelos, rodeado de personas mayores en animada charla, algunas veces sus compañeros de tertulia eran los muchachos que jugaban en el jardín. A esas sesiones vespertinas, concurría también el ex gobernador de Aguascalientes, señor José María Elizalde, que era un venerable caballero de larga barba negra, desterrado de su tierra por los sonorenses.

Al romper el presidente Cárdenas con Plutarco Elías Calles, mandó llamar a Jesús Agustín Castro pidiéndole ocupara la Secretaría de la Defensa Nacional, cargo que desde luego aceptó desempeñar el revolucionario. En aquellos días difíciles, a consecuencia del rompimiento con el llamado jefe máximo, el gran gobernante necesitaba gente de prestigio que le ayudara a solventar el problema y nadie mejor que Castro —respetado y querido en el ejército por su limpia trayectoria revolucionaria— quien nunca estuvo bien con los hombres de Sonora. Desde el asesinato de don Venustiano Carranza auspiciado por ellos, estuvo distanciado de esos militares que no se paraban en nada con tal de seguir sin obstáculos su carrera de ambición al poder.

Un día de abril de 1953, falleció en la capital de la República el honrado revolucionario que fue

Jesús Agustín Castro. Sus restos fueron conducidos con grandes honores a la que consideraba su ciudad, los vecinos de todas las clases sociales concurrieron en masa a las ceremonias luctuosas y lo acompañaron al cementerio municipal donde descansa en paz. A pesar de que el convoy militar que condujo los restos del revolucionario llegó en las primeras horas de la madrugada, las calles se inundaron de ciudadanos al paso del cortejo fúnebre de la estación del ferrocarril a la calle Rayón.

El tramo del antiguo camino real, comprendido de la calle Independencia hasta donde estaban las compuertas del tajo de la línea, transformado en amplia calzada lleva el nombre de Jesús Agustín Castro y un sencillo busto del general se levanta en el entronque de la calzada con el bulevar Alemán.

3. Orestes Pereyra

“A Orestes Pereyra le faltaba una oreja y para disimular su defecto usaba pelo largo que habilidosamente, cubría en aquella parte de su cara la falta del pabellón de la oreja. Tenía el aspecto de los héroes del 47; usaba espada federal y calzaba acicates constantemente, así anduviera pie a tierra y con pantalón común y corriente. Antes de revolucionario fue hojalatero y era bien conocido y estimado en Torreón.” *

* Los párrafos entre comillas que aparecen en este capítulo, referente a la semblanza de los caudillos de 1910, fueron tomados del libro *Recuerdo...* *Que*, del general y escritor revolucionario Francisco L. Urquiza, nativo de San Pedro de las Colonias.



Orestes Pereyra.

Orestes Pereyra y sus hijos Gabriel y Orestes chico, asistían a las juntas de Dionisio Reyes y en 1910 se levantaron en armas. Al triunfo revolucionario de 1911, el coronel Pereyra fue nombrado jefe del 22 regimiento de caballería de los cuerpos rurales maderistas, con asiento en la ciudad de Durango, encargado del resguardo en el estado. A don Orestes le tocó la desagradable misión de desarmar a sus antiguos compañeros, la gente de Calixto Contreras, y de Domingo y Mariano Arrieta. Después vendría la repelióñ reyista en varias partes del país; al grito de ¡Viva Bernardo Reyes!, numerosos rancheros se alzaron en armas por los llanos de Guatimapé y en las estribaciones de la sierra cercana a Santiago Papasquiario, esto sucedió a fines de 1911. En medio de un crudo y flagelante invierno, por espacio de varias semanas las tropas maderistas de Pereyra persiguieron sin descanso a los sublevados, hasta lograr su completo aniquilamiento y las mencionadas comarcas volvieron a estar en paz.

Después del asesinato del apóstol Madero en febrero de 1913, Orestes Pereyra al frente de su brigada de guerrilleros laguneros se unió a la División del Norte en ese mismo año, tomando parte en las grandes batallas que sostuvo y ganó la poderosa organización revolucionaria contra las fuerzas federales, jefaturada por Francisco Villa.

Don Orestes, sincero revolucionario, siempre fue villista, nunca abandonó al Centauro, siendo el único de los antiguos generales de brigada de la división, que acompañándolo, cruzó la cordillera para combatir a los carrancistas en Sonora. En 1916, las tropas de Pereyra y Juan Banderas apodado el "Agachado" —este gurrillero sinaloense, al igual que los hermanos Braca-

montes y Rafael Buelna se habían unido al villismo— fueron derrotados en las inmediaciones de El Fuerte, Sinaloa. Algunos villistas cayeron prisioneros de los carrancistas, entre ellos don Orestes y su hijo del mismo nombre, siendo pasado por las armas inmediatamente por órdenes de Venustiano Carranza.

Así terminó su vida, lejos de la tierra que lo vio nacer, uno de los revolucionarios más puros del movimiento de 1910. Orestes Pereyra nunca robó algo para su provecho personal, ni asesinó a alguno, ni fusiló a sus enemigos cuando fueron hechos prisioneros por su gente. Era un hombre cabal, que entregó su vida luchando por sus ideales, romántico revolucionario, humilde obrero eventual que se ganaba penosamente la vida recorriendo las calles soldando sartenes y baldes. El escritor Urquiza lo comparaba en su apariencia con los soldados de la Reforma y le faltó decir que en verdad era uno de ellos viviendo en otra época.

Don Orestes Pereyra nació el 28 de enero de 1861, en el mineral del Oro, Durango. Cuando lo fusilaron en Sinaloa tenía 55 años de edad.

4. Sixto Ugalde *

“Don Sixto Ugalde conservaba su indumentaria de mayordomo de hacienda algodonera: sombrero de paja blanca y traje de pana acordonada. Su rubicunda faz

* En el bosquejo de algunos guerrilleros laguneros se tomaron apuntes de la obra *Matamoros, Ciudad Lagunera* del profesor José Santos Valdés.

y obesidad le daban el aspecto de la bondad perfecta. Al distribuir su gente en la pelea parecía que andaba como antaño, repartiendo tareas en las labores del campo.”

Nació don Sixto Ugalde en 1856 en la Vega de Marrufo hoy conocida como Matamoros Laguna, población rodeada de labrantíos a escasos 17 kilómetros de distancia de la ciudad de Torreón. Después del levantamiento de 1910, don Sixto al igual que sus compañeros continuó la lucha contra la dictadura porfirista, merodeando por las tierras alejadas de la Comarca Lagunera, tiroteándose con las patrullas federales y siempre cayendo de sorpresa y huyendo, conforme a la táctica de guerrillas, en la que aquellos campesinos resultaron maestros. Paulatinamente iba reclutando gente, la mayor parte entre los peones que habían trabajado bajo sus órdenes en las haciendas donde fue mayordomo. Entre esos peones se le unió un sastre y que al mismo tiempo trabajaba como talabartero en la hacienda de Santa Teresa y que respondía al nombre de Benjamín Argumedo, valiente entre los valientes, quizá el guerrillero más valeroso que surgió en aquellos años.

Cuando sucedió la toma de Torreón en mayo de 1911, Sixto Ugalde tomó parte en los combates al mando de mil quinientos hombres, que formaban quince escuadrones con 100 soldados cada uno. Al triunfo maderista, debido a las capturas de Ciudad Juárez y Torreón, don Sixto fue designado comandante militar de la Comarca Lagunera, al mando del 20 regimiento de caballería y su radio de acción abarcaba hasta el norte de Coahuila, sus tropas resguardaban la región carbonífera: las minas de Palaú, Rosita, Cloete, Sabinas y Agujita.

Al rebelarse Pascual Orozco contra el régimen del presidente Madero —cosa que ya estaba prevista dado el malestar existente de parte de algunas tropas revolucionarias—, casi toda la gente del 20 regimiento maderista acantonada en la región abandonó a Sixto Ugalde siguiendo a Benjamín Argumedo, que en compañía de Emilio Campa y Cheché Campos marcharon a incorporarse a las fuerzas de Pascual Orozco en tierras de Chihuahua. Era explicable, pero no aprobada la conducta de los orozquistas al desconocer al gobierno del señor Madero —cosa igual hizo Emiliano Zapata—, debido a los errores cometidos por los maderistas. Sin embargo, Zapata siguió luchando contra el traidor Victoriano Huerta después del asesinato del presidente mártir, en cambio los orozquistas se aliaron a los mismos que los habían derrotado, tiempo atrás. En la llanura de Rellano y en el cañón de Bachimba, Huerta y Pancho Villa destrozaron a las fuerzas de Pascual Orozco, completamente, en 1912. Al año siguiente los colorados se aliaron con su vencedor.

En 1913, nuevamente los peones se levantaron en armas al ocurrir la muerte de Madero. Don Sixto Ugalde volvió a reclutar gente, incorporándose a la brigada Zaragoza de Eugenio Aguirre Benavides, donde con el grado de general recibió el mando del sexto regimiento de caballería.

Sin saberse los motivos que haya tenido, don Sixto abandonó la brigada Zaragoza en 1914, después de la tercera toma de Torreón por los revolucionarios al mando de Francisco Villa. Al poco tiempo el señor Ugalde apareció al lado de Venustiano Carranza, quien entre otras cosas lo comisionó al arreglo de algunos asuntos en tierras del sureste. A pesar de los esfuerzos que hizo don

Sixto Ugalde para regresar al norte, no lo pudo hacer por las trabas que le pusieron los carrancistas; falleciendo en un hotel de la capital de la República el 15 de diciembre de 1916, siendo sepultado en una humilde fosa del panteón Francés.

5. Gregorio García

“En una carretela descubierta, como las que usan los convites de los pueblos, en día de toros las cuadrillas de lidiadores, se paseaba triunfante acompañado de sus ayudantes y seguido de sus guerrilleros el coronel Gregorio García. Él y sus ayudantes eran un grupo de muchachos imberbes, agradables. Parecían colegiales en día de fiesta, sólo el listón tricolor de sus sombreros demostraban sus actividades revolucionarias.”

El padre de Gregorio se llamaba Isidoro García, tenía un pequeño puesto de mercería en el mercado Baca Ortiz y el hijo —entonces un mozalbete— ayudaba al padre atendiendo el negocio, o andaba de barillero vendiendo las baratijas en los alrededores del parián. Los García parece que habían venido del rumbo de Matamoros Laguna en donde eran originarios. Decían que tanto el padre como el hijo concurrían a las juntas secretas convocadas por don Dionisio Reyes. Al llegar la hora del levantamiento, don Isidoro estuvo de acuerdo que solamente el joven Gregorio se fuera con los sublevados. Después ya no se supo de la familia García, posiblemente hayan abandonado la ciudad por el peligro que corría si alguien denunciaba a los federales, que Isidoro García era también uno de los conspiradores.



Gregorio García.

Contaban que Gregorio García era el más joven, audaz y valiente de los revolucionarios que se levantaron en armas el 20 de noviembre de 1910. Hacían saber de varias hazañas de su valor, como en las ocasiones que acompañado de otro joven temerario llamado Eпитacio Rea, se acercaban a los poblados y torcando a las patrullas federales, las hacían salir de los caseríos, luego ellos dos solos les hacían frente y a punta de balazos los ponían en desbandada.

En 1911 después de la captura de Torreón, llegó a esa ciudad el jefe del movimiento revolucionario don Francisco I. Madero, acompañado de Juan Sánchez Azcona, Venustiano Carranza, Roque González Garza y otras personas. Las fuerzas victoriosas que se habían apoderado de la población, organizaron un desfile en honor del señor Madero y sus compañeros, quienes lo presenciaron desde el balcón del hotel Salvador, rodeados por el pueblo alborozado. Los jubilosos soldados desfilaron desordenadamente por todo lo ancho de la avenida Hidalgo.

Dicen que don Pancho Madero quedó impresionado de la juventud de Gregorio García y sus oficiales y que terminado el desfile los mandó llamar; diciéndoles que estaban demasiado jóvenes para andar combatiendo, pero que si les gustaba la carrera de las armas, él con mucho gusto les ayudaría a que fueran a estudiar al Colegio Militar. De esa manera, Gregorio García, Carlos Cervantes y un muchacho apellidado Islas, marcharon a la ciudad de México a perfeccionarse en la ciencia de la guerra.

Dos años más tarde, al ocurrir el artero asesinato del señor Madero por los esbirros manejados por las fuerzas reaccionarias, Gregorio García y sus compañeros aban-

donaron los estudios regresando a la Comarca Lagunera, y reuniendo a sus antiguos guerrilleros se lanzaron nuevamente a combatir a los enemigos del pueblo, otra vez a luchar contra los federales.

Desgraciadamente, a los pocos días Gregorio García perdió la vida en un combate que los revolucionarios a su mando tuvieron con los colorados de Benjamín Argumedo.

En los llanos de Talía el formidable guerrillero colorado derrotó a las fuerzas de García, dicen que a los primeros disparos cruzados cayó Gregorio, la gente se desmoralizó en medio de un gran desorden, no teniendo más remedio que ponerse a salvo huyendo por los arenales. Talía es una estación de paso del ramal a Monterrey situada cerca de San Pedro de las Colonias al comenzar el gran desierto que se extiende hasta Paredón; de ese triste páramo donde está Talía fue recogido el cadáver de Gregorio García y llevado a Parras de la Fuente, donde fue sepultado en el panteón de San José un día de 1913.

A pocos kilómetros de Gómez Palacio, más allá de las plantas eléctricas de Francke una pequeña rancharía recibió el nombre de Gregorio García en recuerdo del inolvidable revolucionario, con el tiempo la rancharía se ha transformado en un importante poblado. Carlos Cervantes, el compañero inseparable de García desde el levantamiento de 1910, continuó luchando, llegando con el tiempo a ser teniente coronel de una de las brigadas villistas.

6. Martín Triana

“Martín Triana vestía siempre de charro, con tela gris o negra, con un ancho listón que ostentaba con letra de imprenta el nombre de la corporación por demás largo y novedoso: Cuerpo Armado Laguna y Cuencamé Unidos. Triana antes de ser revolucionario estuvo dedicado a las labores del campo y comerciaba en carnes”.

Se decía que Triana recorría los ranchos ribereños del Nazas cercanas a Lerdo, comprando y destazando reses cuya carne la vendía al menudeo a las familias campesinas. Agregaban que Martín era un hombre de mala índole, falso, bronco y vanidoso, habiendo tenido serias dificultades con algunos rancheros. Al levantarse en armas en 1910, vivía en Lerdo donde tenía una ladrillera.

En mayo de 1914, cuando la División del Norte trataba de conquistar por segunda vez la plaza de Torreón, cooperaron al ataque fuerzas de Durango: 450 hombres del general José Carrillo y 800 de los hermanos Arrieta al mando de Martín Triana compadre de don Domingo. El alto mando villista encomendó a esas tropas el ataque y defensa de un sector del cerro de Calabazas, pero a los duranguenses se les olvidó o no quisieron cumplir la orden recibida y no sólo no atacaron, sino que no pudieron defender sus posiciones, huyendo precipitadamente. Los revolucionarios —debido a esa circunstancia—, sufrieron por lo pronto un tremendo descalabro, habiendo causado los federales numerosas bajas de ellos, en la cañada del Calabazas.

Disgustados los generales villistas, querían fusilar inmediatamente al jefe duranguense, pero Felipe Ángeles les explicó que ese no era el procedimiento, por ser general debería de formársele el consejo de guerra extraordinario. Efectuado éste, el general Carrillo fue sentenciado a muerte, pero Francisco Villa le perdonó la vida, enviándolo a Chihuahua.

Tomada la ciudad de Torreón por los revolucionarios, a los pocos días se presentaron unas personas ante el general Villa, quejándose de atropellos y robos que Martín Triana había cometido en sus hogares. Esta queja exasperó al Centauro, más que todo porque como se recordará Triana había sido uno de los generales responsables de la derrota parcial del cerro de Calabazas, Villa ordenó la aprehensión de Martín, pero cuando se presentó la escolta en el cuartel de las tropas duranguenses en Gómez Palacio ya no lo encontraron. Triana había huido a la ciudad de Durango donde los Arrieta lo protegieron y después lo enviaron con Carranza, donde pasó a formar parte de su escolta personal. A pesar de que el general Villa pedía a Triana por los delitos cometidos, el viejo maquiavélico no le hizo caso, no obstante de las pruebas que le presentaron de la cobardía y los abusos del mencionado jefe. En esa forma, el antiguo senador porfirista continuaba con su labor divisionista.

Los villistas no veían con buenos ojos a la gente de Domingo y Mariano Arrieta, los acusaban de cobardes y correlones. Decían que esos hombres de Durango, nunca la entraban parejo a los combates contra los federales y cuando no tuvieron más remedio que hacerlo, salieron derrotados.

Más tarde, al llegar la ruptura definitiva e inevitable de villistas y zapatistas con los carrancistas, Martín Triana continuaba de testaferro de Carranza, su servilismo halagaba al ambicioso personaje, convirtiéndose en intrigante.

Se sospechaba que Triana había sonsacado a Sixto Ugalde para que abandonara la brigada Zaragoza de Eugenio Aguirre Benavides; decían que Ugalde quería después regresar al norte, pero Martín maniobró para que lo mandaran a Puerto México a cumplir una misión cualquiera. No contento con eso había mandado cartas a su sobrino Dionisio Triana —que era uno de los generales de las tropas de Felipe Ángeles—, aconsejándole que abandonara a Francisco Villa. Al descubrirse la trama urdida por Martín Triana, el general Villa le dijo a Dionisio que si su deseo era dejarlo, lo hiciera, pero que se dedicara a vivir en paz en Chihuahua, que no tomara las armas contra sus compañeros. Se dice que el “Cura” —llamaban así a Dionisio porque de joven había estudiado en un seminario— no le contestó. Después de varios días de dudas, se le formó consejo de guerra, siendo fusilado. Contaban que Pancho Villa no quería que ajusticiaran a Dionisio Triana, pero sus generales lo convencieron que no había más remedio, porque de lo contrario se sentaría un deplorable precedente que relajaría la disciplina del ejército revolucionario.

7. Enrique Adame Macías

“Debajo de un gigantesco sombrero de pelo café, se escondía la cara inconfundible de Enrique Adame Ma-

cías. Después del sombrero seguían las insignias de coronel: tres anchísimas cintas plateadas de tres centímetros cada una. Sólo he visto insignias semejantes en las bocamangas de las levitas de los almirantes y de los reyes. Un vestido de tela gris cubría su cuerpo chaparro y unas botas mineras finalizaban su extravagante indumentaria. Su estado mayor, uniformado de semejante manera a su jefe, siempre andaba provisto de bombas de dinamita. No en vano habían sido todos mineros”.

Parece que Adame Macías era originario de San Pedro de la Colonias. Al levantarse en armas en 1910, era buscador de minas, recorría las serranías cercanas en busca de vetas. Antiguamente él y la mayoría de sus hombres habían trabajado algún tiempo como barreteros en el mineral de Ojuela. Al ser licenciados en 1911, regresaron a sus antiguas ocupaciones.

En 1913, gran número de ellos —menos Adame Macías—, se incorporaron a las fuerzas de Calixto Contreras, donde se hicieron populares. Formaban un grupo de hombres que aparte de su carabina Springfield —toda la gente de Contreras portaba esa clase de rifles—, traían un morral terciado al hombro con bombas de dinamita.

Durante la batalla por conquistar el cerro de la Pila en 1914, aquellos antiguos barreteros abandonaron su carabina y bien abastecidos de bombas, se lanzaron sobre los corrales de la jabonera, donde los federales perfectamente protegidos, con el fuego de sus ametralladoras hacían estragos en las tropas revolucionarias que trataban de apoderarse del mencionado cerro. Al frente de ellos iba ni más ni menos que el propio Pancho Villa, quien tapaba con el hueco de sus manos un enorme puro encendido; agachados, protegidos por las ráfagas de fu-

silería de sus compañeros llegaban hasta el pie de las bardas, jalaban la mecha de la bomba y al encenderla con la brasa del puro arrojaban el artefacto mortal por las claraboyas, donde asomaban las bocas de las ametralladoras. Luego llegaron corriendo los hombres del general ferrocarrilero Santiago Ramírez, que acabaron por apoderarse de los corrales de la fábrica de La Esperanza. Las hazañas de estos combatientes se volvieron a repetir en la batalla de Zacatecas.

El historiador y revolucionario lagunero Francisco L. Urquiza, relata cómo Enrique Adame Macías estuvo a punto de asesinar al periodista capitalino Pedro Lamicq que publicaba sus artículos con el seudónimo de Cráter, atacando con gran valentía al sistema porfirista. Sucedió en el restaurante de los "Negros" —llamado así porque los cocineros eran norteamericanos de color— en Torreón, durante un banquete que los guerrilleros laguneros ofrecieron a don Francisco I. Madero y sus acompañantes. Un oficial de Adame Macías pronunció un discurso de alabanzas desmesuradas al homenajeado, comparándolo con un semidios, lo que dio motivo para que Cráter comentara en voz alta que en un banquete democrático no debería decirse eso. Se hicieron de palabras el orador y el periodista, originándose un tumulto que terminó cuando el oficial fue obligado a salir del establecimiento; cosa que causó indignación a Enrique Adame Macías, sacando la pistola y disparando sobre la espalda del señor Lamicq, apreciado por los revolucionarios de todo el país. El tiro por fortuna no logró salir, porque don Matías Rodríguez, ayudante del señor Francisco I. Madero, metió oportunamente la mano encallecida entre el gatillo. En altas horas de la noche de ese día, por poco se origina

un zafarrancho en la entrada del hotel Salvador, cuando un grupo de oficiales ebrios pretendían entrar para ajusticiar al periodista, por el incidente del restaurante. Patrullas revolucionarias metieron al orden a los revoltosos.

Este desagradable acontecimiento marcó el fin de la carrera revolucionaria de Enrique Adame Macías, resentido se alejó de la lucha, dedicándose a establecer cantinas en San Pedro y Matamoros, y seguía de gambusino buscando minas.

8. Calixto Contreras

“Don Calixto Contreras era un hombre amable de aspecto bondadoso, campirano del rumbo de Cuencamé; de edad más que madura, servicial y atento con todo el mundo, bien intencionado y con prestigio bien arraigado entre la gente duranguense, con mucha facilidad había levantado en armas a miles de hombres, pero sin dominio absoluto sobre sus gentes que tenían fama en la región de desordenados y pillos”.

Los federales llamaban burlescamente al señor Contreras: Don Calixto Carreras decían que sus hombres eran los últimos en entrar a los combates y los primeros en correr en caso de derrota, asimismo eran los primeros en llegar a los saqueos. Posiblemente no era cierto en todo la afirmación de los federales, pero algo había de ello, porque de todas las tropas de la División del Norte, las de don Calixto eran las más remisas para entrar a los combates —eran iguales a las fuerzas de



Calixto Contreras.

los Arrieta—. Hubo necesidad de que en las batallas, Manuel Banda a bordo de su motocicleta, los acribillara a balazos cuando pretendían huir.

Poco a poco las tropas de la brigada Juárez de Cuencamé se fueron comportando mejor en los combates, y al llegar con ellos el coronel Epitacio Rea como jefe de estado mayor —enviado por el general Villa—, la transformación fue completa. Seguían siendo los más harapientos y seguían usando las viejas carabinas Springfield, pero ahora eran de los más bravos entre las brigadas villistas. Junto con las fuerzas de Maclovio Herrera y Juan E. García eran las primeras que entraban a los combates, cuando se trataba de cargas de caballería. Antes los miraban con desprecio y ahora los respetaban. Decían que el tremendo Rodolfo Fierro los insultaba por cualquier cosa, y al referirse a ellos no los bajaba de mugrosos coyones, pero ahora las cosas habían cambiado, y hasta le gritaban carnicero en su cara, no dándose Fierro por enterado.

Gran parte de la gente que andaba en la bola con don Calixto era de Cuencamé y sus alrededores. Cuencamé es una pequeña población situada a 109 kilómetros de distancia de Gómez Palacio, muy antigua, cruzada por la carretera que lleva a México y aquí entronca el camino a Durango. Es probablemente el lugar que ha tenido más generales revolucionarios, comentaban que en cada manzana del pueblo había nacido un general, y que entre sí, se preguntaban: ¿de cuál manzana eres tú? En la plaza de armas del poblado existe una placa de granito, donde aparecen grabados casi un veintena de nombres de generales originarios de esa región duranguense.

Como se ha dicho al principio de estos relatos, don Calixto Contreras asistía de cuando en cuando a las juntas de los conspiradores de Gómez Palacio y se levantó en armas en su región después del 20 de noviembre de 1910. Era un honrado revolucionario, a pesar de los desaires que en un tiempo le hacían a su gente el resto de la división, se mantuvo sereno, sin duda sabía que sus hombres tenían que cambiar. Al fin campesino se mantuvo firme al lado de Francisco Villa, porque al igual que Zapata luchaba sinceramente por el mejoramiento de los pobres especialmente por los hombres del campo que eran los más explotados. Las fuerzas villistas estaban integradas en gran porcentaje por campesinos.

Entre los generales de la brigada Juárez de don Calixto Contreras destacaba el señor Severino Ceniceros, lúcido litigante pueblerino que había defendido con éxito a un grupo numeroso de indios de San Pedro Ocuila, de la voracidad de los terratenientes de esa comarca, que pretendían quitarles sus tierras.

San Pedro Ocuila es una ranchería cercana a Cuencamé y precisamente en ese lugar, había nacido don Calixto Contreras.

9. Juan Pablo Estrada

Pertenecía don Juan Pablo Estrada a la junta patriótica de la ciudad desde antes de 1910; en las ceremonias y desfiles cívicos del 5 de mayo y 16 de septiembre de cada año, se le veía con la banda tricolor al

pecho de miembro importante de la junta, acompañando al señor Dionisio Reyes. Desde luego formaba parte del grupo clandestino de maderistas, que se preparaban para la lucha desde hacía tiempo.

En la noche del levantamiento del grupo rebelde, don Juan Pablo se encontraba a muchos kilómetros de distancia de donde ocurrió el brote revolucionario lagunero. Llevaba el encargo de la junta maderista, de reclutar gente para el movimiento entre sus paisanos de las Nieves, poblado perteneciente al estado de Zacatecas. Al presentarse en ese lugar el señor Estrada, anduvo buscando candidatos para la causa, invitándolos a coger las armas y lanzarse a la revuelta. Al darse cuenta los rurales del destacamento de las Nieves, de la propaganda que andaba haciendo don Juan Pablo, trataron de capturarlo quien a duras penas pudo escapar a mataballo —como vulgarmente se dice— del poblado. Sin embargo, al fin pudo lograr reunir algunos voluntarios de esa región y se lanzó a la guerrilla, regresando a la Comarca Lagunera, tomando parte en la toma de Torreón en mayo de 1911.

Dos años más tarde, cuando nuevamente los antiguos maderistas cogieron la carabina y se fueron al monte a guerrear contra los asesinos del presidente mártir, el capitán Juan Pablo Estrada se unió a la brigada que comandaba el agricultor de Lerdo don Juan E. García, quien a su vez se incorporó a la División del Norte.

Don Juan Pablo Estrada nació en las Nieves en 1877, muy joven llegó por estas tierras, estableciéndose en Gómez Palacio. Trabajaba como encargado o administrador de tiendas de raya en las haciendas de la Laguna; en esos comercios de triste memoria el joven Estrada se dio cuenta de los abusos que cometían



Juan Pablo Estrada.

con los peones acasillados de la hacienda, endeudados siempre con las cuentas alteradas de la mercancía que sacaban para el sustento de sus familias, allí ha de haber nacido en don Juan Pablo la determinación de luchar para acabar con el injusto sistema. Era un hombre robusto, de mediana estatura, de trato amable y ceremonioso, revolucionario de principios firmes, obteniendo el grado de coronel dentro del villismo, ya retirado recibió el nombramiento de general brigadier por el gobierno obregonista.

Cuando la toma de Torreón en 1911, los hermanos Emilio y Raúl Madero nombraron al señor Estrada presidente de la junta municipal en Gómez Palacio, con la orden de recabar fondos para continuar la lucha revolucionaria imponiendo préstamos forzosos a los vecinos más pudientes. Ingrata tarea que le acarreó muchos dolores de cabeza a don Juan Pablo, porque no hay cosa más molesta que verse obligado a cooperar por la fuerza, por una causa por muy justa que sea. Desde luego que los primeros que cubrieron los pagarés fueron los antiguos compañeros de las juntas maderistas, y también fueron los primeros que comenzaron a renegar por los préstamos, siguiendo renegando hasta el fin de la Revolución.

Terminada la contienda armada, don Juan Pablo Estrada continuó con la lucha social. Se rodeó de un grupo de hombres tenaces, que comenzaron a luchar por conseguir un pedazo de tierra para cultivarla. Para lograr sus fines, formaron el Partido Agrarista para participar en la política, haciendo gestiones para conseguir sus propósitos y el 13 de mayo de 1927 el gobierno federal resolvió favorablemente sus peticiones y de esa manera quedó integrada desde entonces la

colonia agrícola La Popular. Las tierras se repartieron en forma de pequeñas propiedades y las personas que las recibieron fueron conocidas como colonos. Desde aquella lejana fecha han continuado trabajando con ese sistema, posiblemente algunas granjas hayan cambiado de dueño, pero buena parte de ellas las siguen trabajando los descendientes de algunos de aquellos hombres. Todos los años, en el aniversario de la fundación de La Popular, los progresistas colonos recuerdan con cariño al general Juan Pablo Estrada, el hombre honesto, de trato amable y ceremonioso, que falleció el 10 de julio de 1965.

10. Eпитacio Rea

Nativo de la ciudad de Lerdo, Eпитacio Rea fue también un hombre de leyenda, compañero de Gregorio García en sus locas aventuras, poco tiempo después de iniciado el movimiento revolucionario.

Como en todos los casos, de cómo sucedieron algunos hechos de aquellos años, nadie se pone de acuerdo, cada quien cuenta lo que según él vio o lo que le contaron, y de cada caso hay más de una versión. Por ejemplo, de cuando se levantó en armas Eпитacio Rea, hay la que contaban los viejos ferrocarrileros que trabajaba como garrotero de patio, asistía a las juntas de don Dionisio Reyes y por consiguiente se había levantado en armas la noche del 20 de noviembre de 1910. Otras personas aseguraban que Rea nunca había trabajado como garrotero, que la confusión seguramente

viene porque era mozo del empleado ferroviario encargado del manejo de la estación del Vergel, señor Antonio Galindo, y que a principios de 1911, fue cuando se levantó en armas acompañado de unos peones del mismo rancho y el abigeo Juan Ramírez, vecino de Lerdo. Agregaban que los rebeldes habían asaltado al empleado del ferrocarril, apoderándose de su pistola y 35 pesos propiedad de la empresa; los asaltantes se cubrían la cara con paliacates, sin embargo, el señor Galindo los había reconocido pero no los había denunciado. Pasados algunos años en plena revolución Epitacio Rea le devolvió su pistola a su antiguo jefe.

Sea como hayan sucedido los hechos, lo cierto es que don Epitacio apareció después del levantamiento con la gente de Gregorio García merodeando en los límites de la Región Lagunera y es cuando cuentan sucedieron las hazañas que les atribuyen a los dos entonces jóvenes. A Epitacio Rea, el valeroso combatiente, le apodaban el "Plantado" porque decían nunca había pasado de su grado de coronel a pesar de que ese grado valía más que algunas águilas de no pocos brigadieres de la división. Contaban que el general Villa le tenía ojeriza por alebestrado y terco —y que por eso no lo ascendía—, de castigo lo había enviado como jefe de estado mayor de la corporación de don Calixto Contreras, pero parece que esa no fue la razón. Pancho Villa estaba consciente de su valer y por eso precisamente lo envió con esa gente, para levantarles el ánimo un tanto decaído. Ya hemos visto el cambio que sufrió la brigada Juárez de los hombres de Cuencamé.

Hace tiempo circuló en la ciudad la versión con ribetes de leyenda —confirmada por algunos jefes villistas ya desaparecidos como el general Solórzano Soto—,

en el sentido de que el señor Epitacio Rea acompañado de varios abigeos había conducido un cargamento de armas y municiones que desde Ojinaga, la lejana ciudad fronteriza, don Abraham González les enviaba a los hermanos Serdán a Puebla, semanas antes de la fecha fijada para el levantamiento de 1910. El armamento fue conducido por ferrocarril de Ojinaga a la capital del estado de Chihuahua. Cierta noche de los suburbios de esa ciudad nortehña, salió una caravana de vigorosas mulas y hombres montados a caballo tomando rumbo del poniente. Las mulas llevaban aparejadas cajas de madera con rifles y parque, costales de carne seca, harina, café, azúcar, etcétera. Llegando al pie de la Sierra Madre Occidental la conducta emprendió lentamente la marcha hacia el sur, haciéndolo siempre por las estribaciones de la cordillera, eludiendo las ranche-rías; cuando por las veredas o caminos se encontraban con arrieros o simples viajeros, no tuvieron más remedio que matarlos, por el temor que se hubieran dado cuenta o sospecharan de lo que llevaban, al ver las cajas largas. Cuentan que una vez encontrándose reunidos en una banca de la plaza de armas Epitacio Rea, Jesús Martínez, Juan Manuel Velázquez y Federico Robles —todos habían sido oficiales villistas— uno del grupo le preguntó a Rea que si había sido cierto lo del cargamento de armas que le llevaron a los hermanos Serdán a Puebla, contestando el aludido afirmativamente, agregando que el viaje duró 22 días sin disparar un tiro, porque aunque habían matado a algunos; los degollaban para no llamar la atención con los disparos.

Si no ocurrió de ese modo la aventura, merece ser contada como cierta, al fin y al cabo de alguna manera llegaron las armas a manos de los maderistas de Puebla;

además todo podía suceder con aquel hombre valeroso y taciturno que se llamó Eпитacio Rea.

11. Benjamín Argumedo

Benjamín Argumedo nació en el Gatuño hoy llamado Congregación Hidalgo, punto cercano a Matamoros en la Comarca Lagunera; parece que fue en 1884. Decían que Argumedo era de mediana estatura, delgado, correoso, de ojos azul claro y debido a ello le apodaron el "Zarco". Era de oficio sastre y también le hacía a la talabartería, lo que no impedía que fuera un consumado jinete, amante de las peleas de gallos, carreras de caballos y jugar albures y conquinanes; era como dice la canción: "borracho, parrandero y jugador". Hombre de valor indomable rodcado de una larga aureola de leyenda.

Se levantó en armas cuando se unió a la gente de Sixto Ugalde, tomando parte en la batalla y toma de Torreón en 1911, recibiendo de los jefes maderistas el grado de capitán del ejército revolucionario. Luego vino el derrumbe de la dictadura, la huida al extranjero de Porfirio Díaz, la paz, y las elecciones en las que resultó triunfante don Francisco I. Madero, ocupando la presidencia de la República. Como ya se ha dicho al consolidarse el grupo maderista en el poder, la mayor parte de las tropas revolucionarias fueron licenciadas; esto causó disgusto entre los guerrilleros laguneros y en febrero de 1912, Benjamín Argumedo, Emilio Campa, Cheché Campos, etcétera, se sublevaron contra

el gobierno del presidente Madero. Al frente de sus hombres y otros muchos que se les unieron, se dirigieron al norte a tierras de Chihuahua a reunirse con el cabecilla Pascual Orozco que había hecho lo mismo, desconocer al presidente electo libremente por el pueblo.

Todos los hombres que siguieron a Benjamín Argumedo a la rebelión, pertenecían a las fuerzas del 20 regimiento del cuerpo maderista de Sixto Ugalde que prácticamente se quedó solo. Los sublevados llevaban al frente una enorme bandera verde, les llamaban los colorados porque cuando se fueron llevaban un brazalete rojo o un listón de ese color alrededor de la base del sombrero. Decían algunos que cuando los colorados laguneros se lanzaron a la revuelta iban gritando "Viva Emiliano Zapata", pero otros afirman que nunca oyeron semejantes vivas. Nunca se supo si en realidad existieron nexos con el caudillo suriano, sin embargo, algo había porque después del desastre de Zacatecas donde las fuerzas reaccionarias fueron destrozadas para siempre, decían que Argumedo se había refugiado en las montañas del estado de Morelos, bajo el amparo de Emiliano Zapata.

Al triunfo definitivo de la Revolución, las tropas victoriosas de Francisco Villa y Emiliano Zapata, desfilaron por las calles de la ciudad de México ante las aclamaciones de miles de metropolitanos. Villa y Zapata sostuvieron algunas reuniones tratando diversos asuntos, dicen que el jefe de la División del Norte aprovechó la oportunidad para pedirle al jefe del sur, que le entregara a Benjamín Argumedo que sabía estaba escondido en sus dominios, Zapata le contestó que ignoraba dónde se encontraba Argumedo y negó que lo estuviera protegiendo.



Benjamín Argumedo.

Las tropas orozquistas tenían como jefes principales a Pascual Orozco, Benjamín Argumedo, Marcelo Caraveo, Félix Terrazas y José Inés Salazar; había otros cabecillas de menor importancia como: Emilio Campa, Cheché Campos, Juan Andreu Almazán, Federico Reyna y otros. Opusieron una tenaz resistencia a las tropas revolucionarias, quizá más que los federales, trazando a través de su estéril esfuerzo actos de heroísmo, siendo admirados hasta por sus enemigos.

Triunfante el carrancismo, Benjamín Argumedo abandonó su refugio suriano gravemente enfermo, dirigiéndose penosamente al norte, logrando llegar hasta la sierra cercana a Durango, donde en unos aserraderos abandonados se ocultó, permaneciendo el tiempo necesario hasta lograr casi su completa recuperación; haciendo contacto con las derrotadas tropas villistas para unirse a ellas, para tal lo visitaron en su escondite de parte del general Villa, Calixto Contreras y Petronilo Hernández, estableciendo las bases para continuar la lucha juntos contra Carranza. Desgraciadamente, más tarde en un lugar llamado Paraíso fue denunciado y hecho prisionero por los carrancistas de Pancho Murguía, siendo conducido a la ciudad de Durango donde fue pasado por las armas en la penitenciaría, el primero de marzo de 1916. Así terminó su vida azarosa el más valiente entre los valientes, que desafortunadamente escogió el camino equivocado.

CAPÍTULO III

1. Fusilamiento del general Lavín

En el burdel que estaba por la calle Patoni, en la vieja casa de dos pisos que aún existe, conocida como “la casa de los altos”, el coronel irregular Luis Caro por causas sin importancia abatió a balazos a un capitán federal apellidado Hernández, jefe del resguardo militar. Fue testigo de los hechos el general también irregular Pablo Lavín, que inexplicablemente no hizo nada para impedir el asesinato, imponiendo su autoridad.

Después de la muerte del oficial federal, Luis Caro comenzó a embriagarse y desde la cantina del “Centro” comunicó telefónicamente lo ocurrido al cuartel general en Torreón, reportando que se había visto obligado a matar al capitán Hernández por insubordinación. Dicen que el general Ignacio Bravo comandante militar de la Comarca Lagunera —para no despertar sospechas— lo felicitó, ordenando por otro lado que desde luego salieran suficientes tropas para Gómez Palacio, con órdenes de sitiar el cuartel de las fuerzas irregulares, des-

armándolas, órdenes que desde luego se cumplieron sin ningún incidente. Los llamados irregulares eran los antiguos maderistas que auxiliaban al ejército federal a conservar la paz al gobierno del señor Madero.

El hecho de haber sido asesinado un oficial del ejército federal, salido del Colegio Militar y en servicio, por un soldado improvisado, por un pelado sin educación, era un hecho monstruoso a los ojos de los militares de carrera, que debería de castigarse con todo rigor. Por lo tanto, se giraron instrucciones para que los jefes Caro y Lavín fueran apresados y fusilados inmediatamente, sin formarles causa. El coronel Luis Caro fue hecho prisionero y ejecutado a las 6 horas y el general Pablo Lavín a las 10 y media horas. Los fusilamientos se efectuaron: el de Caro en la parte interior de la barda de la jabonera cerca de la planta de enfriamiento de las fábricas, y el de don Pablo en la parte de afuera de la misma barda de la jabonera frente al barrio de Santa Rosa. El cuerpo del infortunado general irregular fue llevado en un humilde carretón de sitio a Lerdo donde residía, para ser sepultado en el panteón municipal. Estos fusilamientos han de haber sido a principios de 1913.

Contaban que Pablo Lavín había obtenido el grado de general en la toma de Torreón el 14 de mayo de 1911, participando al frente de un grupo de hombres perfectamente montados y armados, enarbolando la bandera del maderismo. Pero no era cierto, la verdad es que Lavín nunca fue revolucionario; se levantó en armas en 1912, precisamente contra el gobierno maderista cuando la rebelión orozquista, se fue rumbo al norte con las fuerzas de Benjamín Argumedo, Emilio Campa y Cheché Campos. Por lo tanto, era colorado es decir

orozquista, y algunos aseguran que era coronel y no general.

Don Pablo era uno de los hijos del acaudalado latifundista Santiago Lavín. Decían que cuando los Lavín eran jóvenes siempre andaban vestidos de charro, los trajes que usaban eran hechos de telas finas, con botonaduras de plata y del mismo metal eran los adornos de los sombreros galoneados, montaban magníficos caballos y las armas que traían eran de las más modernas y costosas. En sus correrías por ranchos y haciendas del dilatado latifundio, acompañaban a cada uno de ellos: un mozo de estribo y dos guardaespaldas armados hasta los dientes. Al encontrarse en los caminos con las acordadas y rurales, los jefes de esos grupos se cuadraban sumisos ante los jóvenes potentados, acatando sus órdenes.

En sus andanzas de orozquista, el general o coronel Pablo Lavín llegó un día con su gente al palacio municipal de Lerdo. Montados a caballo los colorados se introdujeron al Salón Azul del mencionado palacio, causando grandes destrozos en el mobiliario; después se dirigieron a los juzgados y sacando los expedientes de los archivos, hicieron un montón y les prendieron fuego; los escritorios, archivos y demás muebles fueron destruidos. No había ninguna razón para que el orozquista Lavín hiciera eso, sin embargo lo hizo para hacer alarde de su fuerza e impunidad.

A fines del siglo pasado, el Salón Azul era el centro social y cultural más importante de la Comarca Lagunera. En los años que el poeta Manuel José Othón era juez en Lerdo, en el tiempo que era una hermosa población de huertas y jardines, con sus calles empedradas y

angostas, bordeadas de árboles y pequeñas acequias donde permanentemente corría el agua.

2. Ataque infructuoso

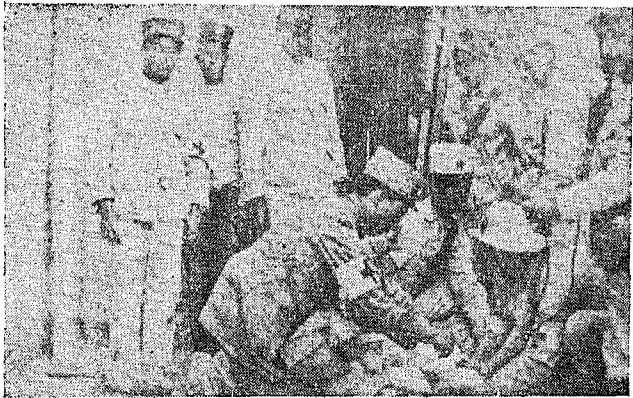
En el verano de 1913, temprano llegaron las avenidas del Nazas, por esos días el río iba crecido, impidiendo el paso por los vados. Recién acaecido el asesinato del presidente Madero, la lucha se había extendido por todos los ámbitos del país contra los culpables; que eran los resabios del antiguo sistema porfirista.

Los guerrilleros de La Laguna, auxiliados por los hombres de Tomás Urbina procedentes de la región norte del estado de Durango y tropas zacatecanas de Pánfilo Natera —se decía que también había tomado parte el renombrado caudillo Luis Moya— se lanzaron sobre Gómez Palacio defendido por federales y colorados, parapetados tras los peñascos del cerro de la Pila —de ahí le venía el antiguo nombre de Trincheras—. Después de varios asaltos al mencionado cerro, los revolucionarios lograron apoderarse de él, desbaratando la resistencia de los enemigos, quienes huyeron para Torreón logrando pasar por el puente del ferrocarril, donde los zapadores federales colocaron tablones sobre los durmientes de las vías férreas. Al terminar de pasar las fuerzas, con cañones ligeros, ametralladoras y demás impedimentas llevadas por las mulas, retiraron los tablones.

Las tropas laguneras estaban integradas por la gente de Eugenio Aguirre Benavides, Orestes Pereyra, Ca-



Retén de caballería federal en un puesto de avanzada.



Herido federal atendido por médicos del ejército en el ataque a Torreón.

lixto Contreras, José Isabel Robles y Juan E. García, apoyados como se ha dicho por los hombres de Tomás Urbina y Pánfilo Natera. Por esos días llegó a la comarca don Venustiano Carranza acompañado de las tropas de Cándido Aguilar y Eulalio Gutiérrez, y tomando el mando de todos los contingentes revolucionarios atacaron la plaza de Torreón, defendida por el general Ignacio Bravo.

Del 22 al 30 de julio de 1913, los federales rechazaron cada uno de los ataques de los rebeldes, de gran ayuda fue para los defensores la creciente que en esos días arrastraba el río Nazas, el gran volumen de agua dificultaba las maniobras de las caballerías, que era donde los revolucionarios eran superiores a los federales. Además, don Venustiano sería ducho en los enjuagues de la política, pero en cuestiones de guerra era un perfecto ignorante. Los federales y colorados se concretaron a defender las riberas del río, especialmente las entradas de los puentes del ferrocarril y el de los tranvías eléctricos.

Los rebeldes en su afán de acabar con sus enemigos no se organizaban debidamente. A pesar de haber salvado el primer escollo que era el cerro de la Pila, no fueron capaces de tomar la ciudad de Torreón. Regresaron a sus regiones donde dominaban esperando una mejor oportunidad para conquistar la ciudad deseada, que no tardó en presentarse, pero esta vez al mando de Pancho Villa las cosas serían diferentes. ¡Era muy grande la diferencia entre el primer jefe y Pancho Villa!

3. Días de destrucción

En ese ataque infructuoso, por espacio de ocho días los cañones de la Federación desde sus posiciones en los cerros del otro lado del Nazas, estuvieron enviando sus mensajes de muerte y destrucción sobre Gómez Palacio, concentrando su fuego a la estación de los ferrocarriles, donde acampaba el grueso de las tropas revolucionarias. El incesante bombardeo hizo que cundiera el desorden y el desconcierto en la población, circunstancia que aprovecharon la gente de Tomás Urbina y de otros jefes, seguidos por el populacho para saquear comercios. En algunas tiendas surgieron incendios, quizá provocados por las granadas federales o los saqueadores, afortunadamente los incendios fueron controlados y no tomaron proporciones mayores.

Los comercios que fueron víctimas del vandalismo revolucionario y popular fueron: el Telégrafo del español Nicolás Ibargüen que estaba en contraesquina del mercado Baca Ortiz, donde actualmente está un banco; el Nuevo Mundo y la Competidora en las esquinas de las calles Independencia y Victoria. Varela y Cía., ubicada frente a la plaza de armas, donde ahora está la cantina Los Amigos. También la cantina del Centro fue saqueada e incendiada, pasándose el fuego a la peluquería más elegante de la ciudad propiedad del señor José R. González, que la dividía de la taberna un tabique de madera, estos negocios estaban en contraesquina de Varela y Cía. Por las calles Escobedo y Victoria frente al mercado, la tienda el "Parral" de don Antonio Correa

recibió dos cañonazos que le dejaron sendos boquetes en las paredes, y la iglesia de Guadalupe recibió algunos bombazos, que se estrellaron en las paredes de ladrillos.

Las industrias también recibieron perjuicios —en esos y en otros combates posteriores—, como la fábrica de calzado Cunard que fue parcialmente incendiada, y la de cerillos el Fénix recibió tantos destrozos que cerró sus puertas y se fue a la ciudad de México, donde hasta la fecha continúa trabajando con el nombre de la Central. Los saqueos a los comercios y las devastaciones a las factorías, causaron pánico entre comerciantes e industriales, y comenzaron a trasladar sus negocios a otras partes del interior del país, buscando mayor seguridad.

Posiblemente, entre todas las ciudades de la República sea Gómez Palacio —floreciente población en aquel tiempo—, la que sufrió más destrozos en el transcurso de la lucha revolucionaria. El cerro de la Pila era el baluarte que la Federación oponía a los rebeldes que como huracán venían del norte, como oleada incontenible. Los combates que se desarrollaron en el mencionado cerro, dañaban materialmente la ciudad; primero llegaban los cañonazos de los rebeldes de las baterías emplazadas en las vías del ferrocarril más acá del Vergel; luego capturada la población, venía el cañoneo de la artillería federal, desde los cerros vecinales de Torreón. Los habitantes de Gómez Palacio, vivían horas interminables ante el terrífico bombardeo, las estruendosas granadas causaban destrozos en las casas y muertes entre los pacíficos ciudadanos.

En seguida transcribimos las palabras que más o menos en cierta ocasión dijera el maestro José Santos



Tomás Urbina.

Valdés, refiriéndose a los hechos revolucionarios acaecidos en Gómez Palacio:

“Aquí fue uno de los lugares donde nació la Revolución Mexicana. A este pueblo sufrido no se ha hecho justicia, históricamente hablando. Tal vez, porque ni sus mismos habitantes se han dado cuenta de la importancia histórica de la ciudad”.

4. La División del Norte

A principios de 1913, en la ciudad texana de El Paso, Francisco Villa pasaba los días en desasosiego, difícilmente controlado por don Abraham González, gobernador del estado de Chihuahua. Villa que ya presentía el cuartelazo de los traidores, estaba impaciente por cruzar la frontera. Don Abraham, prudentemente le aconsejaba que esperara el desenlace de los acontecimientos, mientras aprovechando la espera tendrían tiempo para prepararse a la lucha que ya se vislumbraba. Con dinero proporcionado por el mencionado gobernador y el de Sonora, José María Maytorena —ambos mandatarios de extracción maderista—; Pancho Villa estuvo comprando caballos y armas al otro lado de la frontera, con mucho cuidado, para evitar sospechas de las autoridades norteamericanas y de los espías de los enemigos del presidente Madero, que vigilaban los movimientos de los sospechosos en Ciudad Juárez.

El 22 de febrero de 1913, fueron arteramente asesinados en la ciudad de México, el presidente de la República Francisco I. Madero y el vicepresidente José



Maclovio Herrera.

María Pino Suárez, por los esbirros de Victoriano Huerta. A los pocos días de sucedidos los crímenes, en marzo del mismo año, Pancho Villa acompañado por Carlos Jáuregui, Manuel Ochoa, Manuel Saavedra, Darío Silva, Pedro Septién, Juan Dosal, Pascual Álvarez Tostado y Tomás Morales, a caballo cruzaron el cauce del río Bravo por el paraje llamado Isleta, internándose al país por los desolados páramos del desierto de Samalayuca.

Conforme avanzaban los revolucionarios hacia el sur, se les fueron incorporando pequeñas partidas de hombres, alcanzándolos Toribio Ortega el ranchero de Cuchillo Parado con 300 jinetes que venían de la distante Ojinaga. Y, el 20 de agosto de 1913, Pancho Villa al frente de 700 rebeldes atacó el poblado de San Andrés situado en el ramal del ferrocarril a la sierra y que ahora es el Chihuahua-Pacífico. La estación y el pueblo de San Andrés estaba defendido por 950 orozquistas al mando del cabecilla Félix Terrazas, apoyada por fuerte artillería manejada por federales. Villa sufrió el primer descalabro al intentar apoderarse del mencionado poblado, pero en un segundo intento logró su primera victoria revolucionaria, capturando varios trenes con abundante material de guerra, numerosos cañones de campaña y haciendo prisioneros a 257 orozquistas, los que de acuerdo con la ley del 25 de enero de 1862 —puesta en vigor por los rebeldes en todo el país—, fueron pasados por las armas.

Rodeando la ciudad de Chihuahua, Francisco Villa con su columna victoriosa continuó su avance hacia el sur, con el propósito de apoderarse de Torreón la rica ciudad algodonera que semanas antes los rebeldes laguneros, duranguenses y zacatecanos no pudieron con-



Generales villistas reunidos en el hotel Lerdo en 1913, entre otros: Calixto Contreras, Juan E. García, Severino Ceniceros, Máximo García, etc.



De izquierda a derecha dos no identificados, Rodolfo Fierro, Toribio Ortega y Francisco Villa, en Ciudad Juárez.

quistar, fracasando en su intento. En Santa Rosalía de Camargo se unieron a la columna: Manuel Chao con más de 400 hombres; Rosalío Hernández con 300 y el valeroso caporal Maclovio Herrera con 600 campesinos y vaqueros del Valle de Zaragoza, región cercana a Parral situada en las orillas del río Conchos. Al llegar todas las tropas a Jiménez, ya los estaba esperando Tomás Urbina compadre y compañero de abigeato de Villa, con un efectivo de 500 hombres, entre ellos venía el ferrocarrilero Rodolfo Fierro, que se había agregado en las Nieves. Urbina llegó con talegas de oro, acababa de saquear la ciudad de Durango, y antes había hecho lo mismo en otras partes. Entre risotadas comentaba Tomás Urbina con su compadre que en Durango don Venustiano Carranza le había pedido ayuda para continuar su viaje a Sonora —después del fracaso de Torreón—, entregándole 60 pesos y una montura vieja.

Al llegar a la Comarca Lagunera, Francisco Villa tenía pensado llamar y agrupar a los rebeldes laguneros que operaban dispersos y que siendo numerosos los consideraba valiosos. Como ya se ha dicho la gente de La Laguna combatía sin plan determinado y carentes de un solo mando, los resultados eran negativos.

Dejando en Jiménez a Manuel Chao con su gente para que les cuidara la espalda en caso de que se movilizaran las tropas federales de Chihuahua hacia el sur. El resto de los revolucionarios se embarcaron en varios trenes dirigiéndose a la Comarca Lagunera, al llegar a Bermejillo desembarcaron hombres, caballos y los pocos cañones que traían. Dejando un resguardo al cuidado de los convoyes, marcharon por tierra a la hacienda de la Goma en la margen izquierda del Nazas; por esos días de septiembre de 1913, el río continuaba crecido,



José Isabel Robles.

los caballos con los jinetes a duras penas lograron cruzar la fuerte corriente, en la orilla del río encontraron un lanchón abandonado, utilizándolo para trasladar al otro lado los cañones ligeros, ametralladoras y pertrechos —capturados en la batalla de San Andrés—, acampando en la hacienda de la Loma, situada frente a la Goma río de por medio.

A la hacienda de la Loma fueron llegando los caudillos laguneros y de otras partes del estado de Durango, y el 29 de septiembre reunidos todos los generales norteños que andaban levantados en armas, formaron la División del Norte; con los hombres de Francisco Villa, Toribio Ortega, Manuel Chao, Rosalío Hernández, Maclovio Herrera, Tomás Urbina, Eugenio Aguirre Benavides, José Isabel Robles, Orestes Pereyra, Calixto Contreras y Juan E. García, además de otras pequeñas partidas al mando de jefes como Mateo Almanza, Fidel Ávila, Petronilo Hernández, etcétera.

La asamblea revolucionaria designó general en jefe de la naciente División del Norte a Francisco Villa con cierto disgusto de Tomás Urbina que se creía con más méritos, para desempeñar el importante puesto. De esa manera se estructuró la base de la poderosa organización que con el tiempo llegó a contar con 50 mil hombres salidos de entre campesinos, vaqueros, abigeos, pequeños rancheros, ferrocarrileros, gente del pueblo y de la clase media. Estos hombres del norte en grandes y terribles batallas destrozaron a los federales y sus aliados los colorados, acabando para siempre con aquellos enemigos de la Revolución.

5. Ya ríndete Argumedo

El mismo 29 de septiembre, que se organizara la División del Norte, soldados de las fuerzas del general Felipe J. Álvarez de la hacienda de Avilés —hoy Villa Juárez—, avanzaron en dirección a la Loma, venían por la ribera derecha del río y llegaron cerca del rancho Monterrey, tiroteándose con las avanzadas villistas. Por la otra orilla del Nazas, la artillería del jefe colorado Emilio Campa comenzó a cañonear a las tropas rebeldes concentradas en la hacienda de la Goma. Ante esta circunstancia apenas terminada la junta de generales, Pancho Villa comandante en jefe de todas las tropas revolucionarias, dispuso de inmediato el avance sobre la plaza de Torreón. Por la ribera derecha del río se pusieron en marcha las brigadas de Villa y Rosalío Hernández para atacar de frente la hacienda de Avilés, defendida por el general Álvarez con cerca de mil hombres entre federales y orozquistas, 4 cañones y un cuerpo de zapadores; mientras tanto, Tomás Urbina dando una vuelta atrás de las lomas atacaría por uno de los flancos de la mencionada hacienda. Por su parte, las fuerzas de Eugenio Aguirre Benavides y de José Isabel Robles, a galope tendido cruzaron la llanada por el rumbo de San Julián para acercarse a las goteras de Torreón.*

* Versiones tomadas del libro *Las grandes batallas de la División del Norte*, escrito por los hermanos Luis y Adrián Aguirre Benavides.

Desde la hacienda de la Goma, Maclovio Herrera, Calixto Contreras y Juan E. García, al frente de su gente avanzaron por el lado izquierdo del Nazas para atacar Lerdo y Gómez Palacio. Este sector estaba defendido por más de mil colorados al mando de Benjamín Argumedo, Emilio Campa y Cheché Campos, sostenidos por algunas piezas de artillería.

Así fue como dieron principio las grandes batallas de la Revolución. En esta ocasión 4 mil federales y orozquistas con bastantes cañones, sobresaliendo el famoso El Niño, al mando del general Eutiquio Munguía, contra 5 mil revolucionarios. Por primera vez se pusieron en práctica los ataques desconcertantes de los jinetes norteros, se lanzaban a rienda suelta de sus cabalgaduras contra los enemigos, venían por la llanura en medio de nubes de polvo, pegando gritos y sin dejar de disparar la carabina hasta llegar cerca de las posiciones contrarias. Luego regresaban a la retaguardia de donde se desprendía otra avalancha, y así sucesivamente se turnaban volviendo a la carga; la insistencia de los ataques hacía que las defensas se debilitaran.

A las dos horas de relampagueante ataque, los clarines revolucionarios anunciaban que las tropas de Villa y Urbina se habían apoderado de Avilés, donde murieron la mayor parte de los defensores sólo escaparon unos cuantos, perecieron todos los oficiales federales incluyendo el general Alvérez que fue encontrado muerto en el cubo de un zaguán. Los colorados que cayeron prisioneros —unos dicen que eran 25 y otros 125—, fueron encerrados en un corral y soltándolos de uno en uno, Rodolfo Fierro y Pablo Seáñez los cazaron como si se tratara de venados. Estos ajusticiamientos se llevaron a cabo de acuerdo con la ley del 25 de enero, y han sido

difundidos exageradamente, haciendo ascender la cantidad de muertos a centenares; naciendo la fama de matones empedernidos a los autores de la masacre, acompañándolos por el resto de su vida.

Si bien es cierto que mayor número de fuerzas defendía la margen derecha del río hasta Torreón, en la ribera izquierda el valiente Benjamín Argumedo y sus colorados se encargaban de la defensa de este frente —cosa que ya se había dicho—, que abarcaba más acá de Lerdo hasta el cerro de la Pila. Casi a la misma hora de la caída de Avilés, los hombres de Herrera, Contreras y García, entre el camino de la Goma a Lerdo derrotaron a las fuerzas de Emilio Campa, pereciendo casi todos los orozquistas dejando abandonada la artillería, escapando milagrosamente Campa.

En el trecho de Lerdo al cerro de la Pila, tuvieron lugar por espacio de tres días encarnizados combates. Las caballerías rebeldes atacaron porfiadamente las posiciones de los colorados; empero, una y otra vez fueron rechazados los ataques, pero llegó un momento que fue imposible sostener por más tiempo la defensa, y en la madrugada del primero de octubre Argumedo y unos cuantos de sus hombres que le quedaban huyeron rumbo al oriente.

Ni duda cabe que fue tenaz y heroica la defensa presentada por los colorados, se encontraban aislados del resto de sus compañeros por la creciente del río, sin poder recibir auxilio de ninguna clase porque los federales estaban también en situación crítica por los ataques villistas, sin embargo, lograron sostenerse por algún tiempo, rechazando los ataques hasta donde les fue posible. Decían que los revolucionarios cansados de tanto pelear y dándose cuenta que era inútil la defensa



Cañones federales en acción.



Fuerzas villistas ocupando la ciudad.

de los colorados, desesperados gritaban “ya ríndete Argumedo”. Frase que rubricaba el heroísmo de aquellos hombres y que fue reconocida y aprobada por toda la gente del norte.

Con el tiempo, los jinetes de Maclovio Herrera, Calixto Contreras y Juan E. García fueron considerados los más intrépidos de la División. Demostró Francisco Villa una vez más, el conocimiento o la intuición que tenía de los hombres, al escoger a los más capaces para determinadas tareas.

A las diez de la noche del primero de octubre de 1913, las fuerzas revolucionarias hicieron su entrada a la ciudad de Torreón, después de haber anulado la defensa de los federales en el cañón del Huarache y de los cerros de la Cruz y la Polvorera. Los huertistas huyeron por la carretera a Matamoros, protegidos por una fuerte tolvenera que se soltó, tan frecuentes en la Comarca Lagunera en cualquier época del año. En su huida los federales dejaron el cañón llamado “El Niño”, inmóvil en su plataforma del ferrocarril en los patios de la estación.

6. Último paseo de Cheché Campos

José de Jesús Campos, mejor conocido como Cheché del mismo apellido, era administrador general de las haciendas de los Luján, los ricos terratenientes. En 1912, abandonó la vida más o menos tranquila que disfrutaba como jefe de cientos de peones, por la peligrosa de la guerrilla al unirse a Benjamín Argumedo en su rebelión contra el gobierno vacilante del pre-

sidente Francisco I. Madero. Es muy posible que Campos, al igual que otros servidores de confianza de las haciendas —que después figuraron como cabecillas—, hayan sido alentados y en cierta forma empujados por los hacendados.

La gente de Argumedo, sin desconocer que eran hombres de gran valor, eran odiados por el pueblo debido a los atropellos y latrocinios que cometían con la masa indefensa, especialmente la de las rancherías que no ocultaban su simpatía por el gobierno maderista. Por eso colorado u orozquista que caía prisionero de los revolucionarios era pasado por las armas, en cambio a los soldados rasos federales en la mayoría de los casos se les perdonaba la vida.

En 1913, cuando los huertistas fueron derrotados entre Lerdo y el cerro de la Pila, Argumedo logró escapar acompañado por unos cuantos hombres, dicen que entre ellos iba Cheché Campos. A los pocos días, una avanzada de la gente de don Juan E. García explorando los ranchos en busca de enemigos que se hubieran quedado rezagados, de casualidad encontraron a Cheché oculto en las breñas de las vegas del Compás, siendo de inmediato hecho prisionero.

Amarrado Cheché Campos, fue montado en un burro al revés, es decir con la cara mirando a la parte trasera del animal y de esa manera lo pasearon por las calles de la ciudad, recibiendo insultos de los vecinos desde las aceras, una cauda de chiquillos seguía al prisionero como si fuera un desfile festivo, los más agresivos lanzaban puñados de tierra, al paso del pollino.

Cheché Campos era una persona alta, corpulenta; en su último paseo llevaba calzones largos con cordones en la punta de las piernas y camisa con la falda por



Cheché Campos.

fuera, ambas prendas eran de burda manta. Cubría su cabeza con una vieja huaripa de anchas alas y copa alta, y sus pies calzaban huaraches. Andaba vestido como si fuera peón de rancho, probablemente usaba esa indumentaria para poder pasar desapercibido; porque desde luego esa no era la manera de vestir de un administrador general de haciendas en un latifundio. Las últimas miradas del preso no eran de odio, ni demostraban tristeza, más bien reflejaban una serena resignación; pero sin acobardarse en ningún momento, ante su ya cercano fin. Sin duda que Cheché Campos era un hombre de gran valor.

Después del paseo en Gómez Palacio, el preso fue conducido a Lerdo, en el trayecto a la cárcel a donde era llevado se volvieron a repetir los actos de repudio al prisionero. Ya en la cárcel, el pueblo se amotinó en las afueras, pidiendo a gritos que lo soltaran para hacerse justicia con sus propias manos. La gente enardecida con toda seguridad hubiera tumbado las puertas de la prisión, si en esos momentos no hubiera llegado una escolta que precisamente iba por el prisionero para llevárselo a otra parte. Varios días lo tuvieron preso en un furgón del ferrocarril en la antigua estación de San Carlos —hoy Carlos Real—, situada en el ramal de Torreón a Durango, en la ribera derecha del río, enfrente al otro lado de la corriente queda Lerdo. Ahí encerrado en el vagón lo vieron por última vez con vida, varios vecinos; después Campos fue pasado por las armas sin saberse exactamente en qué parte. Aseguran que está sepultado en el panteón municipal de Lerdo.

7. El capitán González

Al atardecer de aquel día, pasaron en retirada por la calle encharcada por los recientes aguaceros, piezas de artillería al oriente. Las mulas resoplaban tirando de armones y cañones ligeros, los soldados de las baterías y los zapadores de uniformes pardos y adornos rojos ayudaban a los animales a salir de los atolladeros. A lo lejos, al norte y al noroeste aún se escuchaba el tableteo de las ametralladoras —el cacarear de las cóconas como decía la gente— y las ráfagas de fusilería cada vez más débiles, y es que la resistencia de los huertistas estaba llegando a su fin. En las primeras horas del día siguiente, galoparían en desbandada Argumedo y sus jinetes, abandonando las posiciones con tanto esfuerzo defendidas.

En las calles lodosas sin empedrar, habían encontrado la muerte varios soldados y algunos vecinos que fueron alcanzados por los disparos de las avanzadas revolucionarias. En la calle Escobedo por el barrio de la Patria; en la pared ruinoso de una casa de adobes muy antigua, quedó recargado un rural, su traje de tela negra estaba empapado por la llovizna que había estado cayendo desde la madrugada. La muerte lo encontró con los ojos abiertos y así los tenía hasta que una vecina arrojándose de valor se los cerró.

Por la acera de enfrente, antes de llegar a la tienda de abarrotes la "Patria", estaba tirado el cadáver de un soldado federal, cayó en la orilla de la acequia municipal sobre las lozas desiguales de las aceras, mojadas todavía; pequeños renacuajos de color verde brincaban

sobre el cuerpo humedecido. El soldado ya no tenía su carabina ni el marrazo, y alguien le había quitado los zapatos. Entonces fue cuando llegó un joven apellidado González que tenía su domicilio cerca, comenzó con toda calma a esculcar el uniforme del muerto, sin precipitarse metía la mano a los bolsillos, volteándolos para que la revisión fuera completa.

En la bocacalle de Escobedo y Trujano por donde está la capilla del Pueblito, dos muchachos al parecer hermanos, murieron juntos uno al lado del otro; han de haber cometido la imprudencia de salir a la calle, cuando todavía los villistas se tiroteaban con los enemigos rezagados. Desde luego que no sólo en estos barrios había muertos, éstos se encontraban por todas partes.

Pasados los días, los rebeldes abandonaron la ciudad, regresando las tropas de la Federación. El joven González desapareció misteriosamente de la población, no se le miraba por ningún lado. Entre los vecinos comenzaron los obligados comentarios que siempre se bordan en esos casos: decían que se había ido con los rebeldes, no se supo si fue por miedo a los federales por haber esculcado al soldado huertista, o como aseguraban otros, que se había ido sencillamente por andar entre la bola.

Al cabo de un año, las fuerzas villistas regresaron nuevamente victoriosos a la ciudad. Una apacible tarde llegó González —seguro de sí mismo— frente al portón de su casa, venía montado a caballo igual que su Adelita que se llamaba Cristina, de piel blanca y ojos azules, decían que había nacido en San Luis Potosí. Detrás de ellos llegó el asistente también a caballo y tirando de la rienda dos magníficos corceles en pelo. En el stetson gris de González con los últimos reflejos del sol que

declinaba, brillaban tres barras de plata lo que señalaba que era capitán primero de una de las brigadas de la División del Norte.

8. La denuncia

El español Felipe Lavín era un hombre que, lo que tenía de mal hablado lo compensaba con su buen corazón, echaba rayos y centellas para ocultar su carácter bondadoso y servicial. Los vecinos del barrio de la Patria sabían que en caso de apuro contaban con su ayuda. Se decía que tenía mucho dinero, por lo que era buscado por los revolucionarios cada vez que llegaban a la ciudad, al encontrarlo le imponían préstamos forzosos para la causa, que no tenía más remedio que cubrirlos. Estos proceder no eran usuales en el ejército rebelde; lo hacían algunos oficiales a espalda de los jefes de las brigadas. El señor Lavín era propietario de la cantina el Golfo de México”, situada en una esquina de las calles Escobedo y Nicolás Bravo en la zona donde estaban los burdeles.

Era vecino del español, un comerciante que vivía por la Escobedo a media cuadra de la taberna, el comerciante tenía una tienda de abarrotes en el mercado y rentaba un pequeño terreno donde sembraba maíz, las tierras estaban por el rumbo del rancho de San Ignacio, muy atrás del cerro de la Pila. Para almacenar la cosecha el comerciante y pequeño agricultor había construido —en el fondo de su casa— una galera con claraboyas en la parte de arriba, que le servía de bodega.

Se amontonaba una hilera de costales llenos de mazorcas en la mitad del espacio formando una trinchera, y atrás se arrojaba el maíz desgranado.

En una ocasión, que los revolucionarios buscaban a don Felipe, éste se escondió en la bodega, con tablones y sacos de maíz le acondicionaron una especie de pequeña cueva donde se introdujo a gatas, tapando la entrada disimuladamente con costales llenos del mismo cereal.

En vano los villistas lo anduvieron buscando en su casa y en las vecinas, al abandonar los revolucionarios la última casa visitada, en el umbral de la puerta a la calle encontraron parado a un chamaco de unos seis o siete años de edad. Uno de los rebeldes, poniéndole una mano sobre el hombro en tono afable le dijo más o menos las siguientes palabras:

—Oye, muchacho, no seas mala gente sabemos que el Cabezón está escondido pero no lo hemos encontrado, dínos dónde está no le vamos a hacer ningún daño, lo necesitamos para arreglar un asunto de importancia.

El pequeño sin comprender el mal que hacía y como sabía que a don Felipe le apodaban el Cabezón por tener una gran cabeza, diligentemente les enseñó el lugar donde estaba escondido en la casa del pequeño agricultor. Inmediatamente lo sacaron, llevándoselo al cuartel, donde lo amenazaron de que si no les entregaba determinada cantidad de dinero en calidad de préstamo, sería fusilado como enemigo del movimiento; el español no tuvo más remedio que entregar la cantidad pedida, siendo puesto en libertad.

A la mañana siguiente, el señor Lavín le dio los buenos días al muchacho delator con lo más florido de su vasto repertorio. Una catarata de malas palabras que el pequeño recibió impávido, quedando desconcer-

tado, porque pensaba que había hecho un favor y resultó que había metido la pata.

Con el paso de los años las cosas se van olvidando. El muchacho ya hecho una persona mayor se hizo amigo de don Felipe; cuando llegaba a la población a visitar a sus familiares, invariablemente pasaba al domicilio del bondadoso español —ya retirado de los negocios—. Pasaba largas horas platicando de los tiempos idos; don Felipe, al fin noble y comprensivo, nunca le reprochó ni le recordó su mal comportamiento.

9. Velorio con linterna

Al oscurecer de aquel día, cuando ya se habían encendido las lámparas de arco que alumbraban las bocacalles de la ciudad, los dos muchachos cerraron la tienda de abarrotes que atendían en el interior del mercado Baca Ortiz, al que todavía mucha gente llamaba el parián.

La población estaba ocupada desde hacía varios días por los revolucionarios. El dueño de la tienda en el mercado —como lo hicieron otros muchos— había abandonado la ciudad para escapar de los préstamos obligados que los rebeldes venían imponiendo principalmente a los comerciantes, según los rumores que habían echado a volar los que todo lo saben. Por las dudas, muchos vecinos más o menos pudientes abandonaron la población en lo que se llamó “la huida de los pacíficos”, algunos de ellos partidarios de la Revolución. Sin embargo, huían porque al entregar dinero a los revolucionarios

—aunque fueran forzados para ello y al regresar los federales, no faltaban chismosos que fueran con el cuento de que fulano de tal ayudaba a los rebeldes, por lo que la gente para evitarse problemas, desaparecía por algún tiempo.

Venían los dos muchachos caminando por la calle Escobedo rumbo a su casa, al llegar a la esquina con la Nicolás Bravo, precisamente frente a la cantina el Paso de Venus —hoy Club Verde—, a un lado de la acequia estaba el cadáver de un hombre que había sido mayor villista y que el autor de la muerte era un coronel que desde adentro de un coche de sitio le disparó, y que según todas las apariencias lo andaba buscando, al encontrarlo le había madrugado. Los curiosos que comentaron lo antes dicho y que rodeaban al muerto, continuaron su camino, quedando los muchachos contemplando la escena que se ha descrito.

En esos momentos llegó un grupo de jinetes, desmontaron, y estuvieron reconociendo el cadáver; uno de ellos pidió a los muchachos que por favor se quedaran un rato cuidando el cuerpo, mientras mandaban una patrulla a recogerlo. Consiguieron con los vecinos una linterna que encendieron y alguien trajo un sarape gris para cubrir el muerto. Los jinetes volvieron a montar a caballo y se alejaron, sin saberse la razón que tuvieron para no llevarse el cadáver.

Los dos mozalbetes poseídos de miedo, permanecieron en la calle solitaria velando el muerto a la débil luz de la linterna. Intranquilos veían pasar los minutos que a ellos les parecían horas interminables; nadie se presentaba y los pocos transeúntes que pasaban le echaban una ojeada al cuerpo cubierto, alejándose presurosos del lugar. Al fin, pasadas las diez de la noche, se pre-

sentó el mismo oficial que había dejado el encargo de velar el muerto y les dijo:

—Ustedes están muy chicos para que pasen toda la noche velando, si conocen alguna persona de mayor edad que viva por aquí cerca, señálenme su casa para ir por ella.

Rápidamente los aludidos le indicaron al oficial villista la casa donde vivía Jacinto Flores, que ya era un joven crecido, y en esa forma Chinto como también se le conocía, se hizo cargo de continuar el velorio con linterna.

Después Jacinto Flores no volvió a verse en el barrio y cuando los vecinos le preguntaban a la mamá por él, con tristeza respondía que se había ido con los revolucionarios. Jamás regresó Chinto a la ciudad, quién sabe cuál sería su destino, a lo mejor fue muerto en lejanas tierras, como murieron millares de luchadores. Los muchachos al recordar el hecho, se sentían culpables de haber sidos los que lo comprometieron para que se fuera, para nunca volver.

CAPÍTULO IV

1. Los Azules

Buena parte del gremio ferroviario que prestaba sus servicios en la terminal local, especialmente las tripulaciones de los trenes se unieron a las fuerzas rebeldes, en su lucha contra el gobierno o contra las fuerzas enemigas del pueblo.

Los primeros ferrocarrileros que tomaron las armas fueron el grupo llamado los Azules y los que acudieron al llamado de Eugenio Aguirre Benavides —el honrado revolucionario nativo de Parras de la Fuente— que organizó el cuerpo de voluntarios laguneros en 1912, dirigiéndose a Chihuahua a formar parte de los que combatían al cabecilla Pascual Orozco, que se había rebelado contra el presidente Madero.

Después del asesinato del presidente mártir, en agosto de 1913, Francisco Villa inició la lucha contra los usurpadores, logrando capturar el poblado de San Andrés. En esa acción ya andaban con los villistas los ferrocarrileros: Santiago Ramírez, Manuel Banda y Manuel Medinaveitia.

Los hombres del riel, no sólo manejaban y cubrían el mantenimiento de los convoyes militares, sino también empuñaban la carabina en los combates. Decenas de ellos murieron en los campos de batalla, algunos se distinguieron en la lucha logrando sobresalir, obteniendo cierto renombre al lucir en su sombrero el águila dorada de general, otros murieron oscuramente. Pero —unos en una forma y otros en otra— todos pusieron su grano de arena para lograr el triunfo de la Revolución. En seguida trataremos de dar a conocer los nombres de los ferrocarrileros que hasta la fecha se sabe empuñaron las armas —quizá la lista no esté completa, con toda seguridad han de faltar algunos— y ellos fueron: Alberto Orozco, Paco Enríquez, Adolfo Martínez, Santiago Ramírez, Manuel Enrique Banda, Manuel Medina-veitia, Margarito Orozco, Antonio Orozco, Francisco Reza, José Natividad Reza, Severo Reza, Rodolfo Fierro, Toribio Astorga, Pablo Maldonado, Julián Aguilar, Zenón Rodarte, Jesús Ocegüera, Juan P. Núñez, Roque Solís, Jesús García Luna, Elpidio Velázquez, etc, etc.

En las calurosas noches del verano o en las noches frías del crudo invierno nortño, terminado el fragor de la batalla, a los lados de los trenes militares se encendían fogatas, escuchándose los corridos revolucionarios con voces desafinadas y a veces bien templadas acompañadas con el rasgueo de las guitarras. En homenaje a los hombres del riel que acompañaban a las tropas los humildes campesinos cantaban “La Rielera”:

Yo soy rielera
tengo mi Juan,
él es mi querido
yo soy su querer.

Cuando de pronto,
nos llaman a campaña
adiós mi querida
ya se va tu Juan
no sé si volveré.
Muchachitos garroteros
no pueden tener mujer
a veces los mata una bala
o mueren bajo las ruedas
del tren.

2. Alberto Orozco

Al sublevarse Pascual Orozco y otros cabecillas contra el gobierno maderista en 1912, tropas federales al mando del general Victoriano Huerta llegaron a la región, continuando rumbo al norte a combatir a los alzados. Cuerpos irregulares maderistas en activo, revolucionarios licenciados en 1911, se unieron a las fuerzas federales, entre ellos Pancho Villa. De la Comarca Lagunera salió una columna de campesinos y obreros del ferrocarril al mando de Eugenio Aguirre Benavides.

Alberto Orozco que trabajaba como garrotero de camino organizó el cuerpo de voluntarios ferrocarrileros que recibieron el nombre de los Azules, porque antaño esos trabajadores andaban vestidos con ropa de mezclilla porque era de esa clase la que usaban en su trabajo. Los Azules se incorporaron a las tropas leales, tomando parte en los combates de Bachimba y de Rezano —portándose valientemente—, donde fueron derro-

tados y aniquilados los orozquistas y sus aliados los colorados de Argumedo. En esas batallas los Azules pelearon a las órdenes del coronel irregular Francisco Villa, recibiendo Alberto Orozco el grado de mayor.

Pacificado el estado de Chihuahua, los Azules regresaron a la ciudad y continuaron trabajando en sus antiguos puestos en el ferrocarril. En 1913, al ser asesinado el presidente Madero, comenzaron los primeros levantamientos del pueblo. Entonces los orozquistas se aliaron con los asesinos, y Benjamín Argumedo, Emilio Campa y Cheché Campos, salieron de sus escondites empuñando las armas.

Emilio Campa fue nombrado jefe del resguardo huertista en Lerdo, inmediatamente ordenó una redada de los revolucionarios de 1910, 1911 y 1912, siendo aprehendidos casi un centenar de personas, entre ellas Alberto Orozco que fue apresado a punto de partir el tren a Dinamita donde iba trabajando; prisionero en la cárcel de Lerdo, alguien lo denunció que era uno de los jefes que había derrotado a los orozquistas en el cañón de Bachimba y en Rellano, inmediatamente fue fusilado en el panteón de Lerdo. Campa convertido en gran vengador comenzó a matar gente, afortunadamente llegó Benjamín Argumedo y al darse cuenta de la situación suspendió la matanza, haciendo que fueran puestos en libertad los detenidos, al reconocer que algunos fueron sus compañeros cuando era revolucionario en la toma de Torreón en 1911.

Por esos asesinatos ordenados por Emilio Campa en Lerdo, nació el rencor del pueblo hacia los colorados. A raíz de eso, muchos ferrocarrileros huyeron al norte tratando de unirse con Pancho Villa, entre ellos los dos hermanos de Alberto Orozco: Margarito y Antonio que



Alberto Orozco.

salieron de estampida de Bermejillo, también se fueron los hermanos Reza, Rodolfo Fierro, Toribio Astorga y otros muchos.

3. Margarito Orozco

Muy joven, recién entrado a trabajar como garrotero en el ferrocarril, Margarito Orozco sufrió un accidente al ser arrollado por un tren en movimiento, esto sucedió en la estación Colorada del Ferrocarril Central. A consecuencia del percance, Margarito perdió el brazo derecho y la pierna izquierda, caminaba con una pata de mezquite hecha de una gruesa rama, ajustada en el muñón de la pierna mocha más abajo de la rodilla; debido a ello le pusieron el sobrenombre de la "Zeta". Los impedimentos físicos que sufrió no los tomó en cuenta, siguió su vida normal como si no le hubiera pasado nada; con la única mano que le quedó amarraba gallos en los palenques improvisados, jugaba al billar apoyando el taco en las bandas de la mesa o en su sombrero en los espacios de en medio. No conforme con eso en los bailes que organizaban los revolucionarios en las rancherías invitaba a bailar a las jóvenes campesinas y la pata de palo no le estorbaba para valsear. Comentaban sus compañeros: "Como este güero Margarito no hay otro en la división".

Era un aguerrido general villista, hábil en el manejo del caballo y la carabina, durante los combates como si el caballo fuera desbocado con las riendas entre los dientes lo guiaba contra las filas enemigas, sin dejar de disparar con la mano izquierda la carabina o la pistola.

Margarito Orozco en un principio se dio de alta en la brigada Zaragoza de Eugenio Aguirre Benavides, posteriormente pasó a ser jefe de estado mayor de la brigada Morelos de Tomás Urbina. Con esta gente se sintió a sus anchas con hombres audaces y valerosos, especializados en saquear iglesias, almacenes de comercio y las casas de los ricos. Por dondequiera que pasaban las tropas de Urbina dejaban una estela de temor y resentimiento.

Después de la derrota definitiva del villismo como fuerza organizada —a pesar de que fueron amnistiados ampliamente—, los carrancistas desataron una implacable cacería contra los generales villistas que habían pertenecido a la desaparecida División del Norte y que fieles a sus principios, no habían volteado chaqueta. En el norte se soltó la furia y muchos fueron fusilados, escaparon de la cacería los que chaqueteaban o más bien se vieron obligados a ello. Margarito Orozco y su hermano Antonio fueron capturados y estuvieron presos en Torreón. Antonio fue puesto en libertad sin saberse los motivos y Margarito fue enviado a San Luis Potosí, reclamado por las autoridades militares por quejas que presentaron algunos comerciantes por los desmanes que cometió, cuando los saqueos de la gente de Urbina en la capital potosina. Celebrada la farsa del consejo de guerra, Margarito Orozco fue sentenciado a muerte, siendo pasado por las armas un día de septiembre de 1916.

4. Antonio Orozco

Antonio Orozco prestaba sus servicios como mayordomo de patio en Bermejillo —en aquel tiempo este pueblo tenía mucho movimiento en el ramal de vía angosta por la fundición de Mapimí y las minas de Ojuela— cuando se unió a las fuerzas de Eugenio Aguirre Benavides. En el parte de guerra que el general Villa rindió al primer jefe Venustiano Carranza con motivo de la toma de Torreón en 1914, aparece que el capitán primero Antonio Orozco se distinguió sobremanera en los combates, siendo ascendido al grado inmediato superior. Con el tiempo Antonio Orozco llegó a ser uno de los generales más importantes de esas fuerzas laguneras.

Después del desastre del Bajío, la otrora invencible División del Norte quedó reducida a unos cuantos centenares de hombres. Pancho Villa emprendió la desesperada aventura de cruzar la cordillera por el cañón del Púlpito, para combatir a los carrancistas en Sonora, donde pensaba cambiarían las cosas; Antonio Orozco fue uno de los pocos generales que lo acompañaron. En esa aventura temeraria, Villa se quedó sin generales: Fierro se ahogó en las aguas fangosas y heladas de una laguna cercana a Casas Grandes, al pretender cruzarla en lugar de rodearla como le aconsejaban los villistas lugareños. El antiguo artillero federal José González, mejor conocido como el general Gonzalitos murió atorado en las alambradas de las trincheras de los yaquis y Orestes Pereyra —el legendario revolucionario— cayó prisionero.

nero y fue fusilado por los carrancistas en Sinaloa. Por su parte, Antonio Orozco en los combates de Agua Prieta en un brazo recibió una herida hecha por una bala expansiva, por lo que hubo necesidad de amputárselo en un hospital de la frontera. Los familiares de Antonio en ese tiempo vivían en El Paso y viajando por ferrocarril a lo largo de la frontera en el lado americano llegaron a Nogales del estado de Arizona; recogieron al herido convalesciente de la operación y se regresaron por el mismo camino a la ciudad texana mencionada al principio. Restablecido Orozco, cruzó la frontera a Ciudad Juárez presentándose con el general carrancista Gabriel Gavira, jefe de la guarnición, pidiendo amnistía la que le fue concedida, recibiendo el salvoconducto indispensable regresó al país.

Antonio Orozco llegó a su casa con un brazo menos y sin un peso en el bolsillo, amargado por los fracasos, pero con la satisfacción de haber luchado por lo que creía correcto, habiéndolo hecho hasta donde le fue posible.

Viviendo en paz en la ciudad, como ya se había dicho fue hecho prisionero al igual que su hermano Margarito, el general Zurita, Humberto Calzada y otros que habían sido villistas. A todos los pusieron en libertad por fallo inexplicable del consejo de guerra celebrado en Torreón, menos a Margarito que lo enviaron a San Luis Potosí donde fue fusilado. En vista de esto, Antonio Orozco y sus compañeros llegaron al acuerdo que no les quedaba más remedio que largarse a reunirse con Pancho Villa. Así lo hicieron pero el Centauro los recibió mal porque se habían amnistiado y en lugar de reconocerles su grado de generales —a Orozco y Zurita— los degradó a soldados rasos. En 1916, cuando

Villa atacó la ciudad de Torreón tenía dificultades para conquistar la plaza, porque todos los jefes que habían tratado de entrar por el Pajonal habían sido rechazados, entonces le ordenó a Antonio Orozco que al mando de la gente que había fracasado se apoderara de ese punto, en pocos minutos Orozco desbarató la defensa del Pajonal y de esa manera el general Villa pudo apoderarse de Torreón.

A pesar de que Antonio Orozco fue reconocido nuevamente como general de las fuerzas villistas, él y sus compañeros ya no andaban a gusto con Villa, los miraba con recelo y ya no era el mismo de antes, además andaban harapientos, sufriendo hambres y todo ¿para qué? Y, en la primera oportunidad voltearon chaqueta, es decir se hicieron carrancistas. Éstos designaron a Antonio jefe del resguardo del poblado de Nazas, situado en la ribera del río; dos años permaneció en esa región donde se hizo estimar por los campesinos, sintiéndose enfermo pidió su baja en el ejército constitucionalista, regresando a Gómez Palacio donde vivió tranquilamente hasta su fallecimiento, que sucedió el 17 de octubre de 1921, a la edad de 33 años. Nació en el vergel zacatecano que es Jerez en 1888, a los 25 años ya era general en la División del Norte.

5. Francisco Reza

El maquinista de camino Francisco Reza dejó el trabajo para enrolarse en la brigada de Tomás Urbina en 1913. Se contaba que Reza era el más bravo entre todos los generales de la brigada Morelos y

vaya que había hombres bragados en esa gente como: José Rodríguez, Margarito Orozco, Martiniano Servín, Faustino Borunda y Pablo Séañez, estos dos últimos con el agravante que eran unos desalmados asesinos.

Años más tarde, cuando se vino la lucha entre villista y carrancistas, las tropas de Tomás Urbina se encontraban descansado en la región de las Nieves donde el antiguo ladrón de ganado era el cacique indiscutible; los carrancistas no se atrevían a invadir sus dominios. Un día, Francisco Reza se dirigió de incógnito a Parral al arreglo de un asunto particular, según algunos; o bien como aseguraban otros que Reza ya estaba aburrida de su compadre Urbina, porque en lugar de combatir se había dedicado al pillaje. Había acumulado un inmenso botín, escondiéndolo en una cueva donde sólo él —Urbina— sabía dónde estaba ubicada, porque en el mismo lugar mató a los que lo ayudaron a esconderlo. Encontrándose Francisco Reza en la ciudad minera mencionada, a pesar de que no se dejaba ver ostensiblemente no faltó quien lo reconociera y lo denunció, siendo hecho prisionero por la gente de Luis Herrera, que junto con su hermano Maclovio se había volteado al bando de Carranza.

Cuentan que Reza fue martirizado por los changos para que les dijera en qué lugar estaban escondidos los sacos hechos con piel de res, repletos de oro y joyas que Tomás Urbina tenía en alguna parte en la comarca de las Nieves. Se suponía que Francisco por ser compadre y brazo derecho de Urbina, debería saber dónde se hallaba oculto el tesoro y al no obtener ningún dato del prisionero fue fusilado en la Loma del Rayo frente a la iglesia del mismo nombre, por órdenes de Luis Herrera en 1916. Sin duda que Reza ignoraban dónde se

hallaban las riquezas de Urbina porque entonces ya no viviría. Los sobrinos de Margarito Orozco platican que en cierta ocasión Urbina invitó a su tío que lo acompañara a esconder un botín, dicen que Orozco le contestó que si era con el fin de matarlo, lo hiciera de una vez; Urbina le explicó a Margarito que con él nunca lo haría, alejándose solo a la cercana serranía.

El general Villa, tenía un gran concepto del general ferrocarrilero Francisco Reza, sintiendo mucho su muerte; y como en esta vida todo se paga, en ese mismo año Luis Herrera fue colgado de un árbol en Torreón.

6. José Natividad Reza

El general José Natividad Reza, era comandante de un regimiento de caballería de la brigada de Eugenio Aguirre Benavides, el caballeroso revolucionario de Parras. Reza se había incorporado a esas tropas en 1913, y un año antes había pertenecido al cuerpo de voluntarios ferrocarrileros que se fueron al norte a combatir a Pascual Orozco. José Natividad trabajaba de maquinista antes de lanzarse a la contienda armada.

Anterior al desastre villista en el Bajío, las tropas de Eugenio Aguirre Benavides y José Isabel Robles quedaron separadas del grueso de la División del Norte, permaneciendo fieles al gobierno provisional designado en la Convención de Aguascalientes. Al ocurrir el fusilamiento de Aguirre Benavides por los carrancistas, vino la dispersión de la brigada Zaragoza. José Natividad abandonó la lucha, dirigiéndose a Monterrey, donde al

poco tiempo logró conseguir trabajo como maquinista en la división ferroviaria del Golfo.

Dice el maestro José Santos Valdés que cuando era estudiante en la Normal de Saltillo, conoció y trató a José Natividad. Esto sucedió a principio de los años veintes, en ese tiempo era maquinista del ferrocarril Coahuila y Zacatecas, que es un ramal que une a la capital coahuilense con las minas de Mazapil y Concepción del Oro, este último enclavado en una cañada del estado de Zacatecas. Por esos días Reza se había lanzado como candidato a diputado federal por el distrito de Saltillo, apoyado por el Partido Cooperatista formado por partidarios de don Adolfo de la Huerta, extendidos por todo el territorio nacional. Fue un partido político muy poderoso, pertenecían a él gran número de diputados y senadores, varios gobernadores y la mayoría de los generales del ejército, luchó por el poder sin lograr éxito y sirvió al país porque fueron eliminados muchos generales ambiciosos. Agrega el maestro Valdés que secundado por un joven hijo de un ferrocarrilero, ayudó a la campaña electoral del antiguo general villista. El estudiante le hacía de secretario del candidato y el otro muchacho se ocupaba de repetir y pegar la propaganda en las paredes. En plena campaña electoral, estalló la rebelión delahuertista en todo el país y el candidato como lo hicieron la mayoría de los generales villistas supervivientes se unió a los rebeldes, dejando a sus partidarios en un predicamento. El hijo del ferroviario fue fusilado y el estudiante Valdés se salvó porque ya se encontraba en La Laguna trabajando como maestro.

Al ser aplastada la asonada delahuertista, llegó la amnistía general para todos, volviendo otra vez la paz.

José Natividad regresó a Monterrey donde continuó trabajando en el ferrocarril, hasta su fallecimiento.

7. Severo Reza

El más chico de los hermanos Reza era Severo, y cuando llegó comenzó a trabajar de velador en la casa redonda, su tío el pailero Ladislao Reza le había conseguido el empleo, algunos rieleros que conocían a Severo decían que su oficio era pailero y que después había trabajado como tal.

Severo Reza no queriendo ser menos, se dio de alta en la brigada Benito Juárez del valeroso Maclovio Herrera, tomando parte en las batallas que cubrieron de fama a esas aguerridas tropas. Cuando Maclovio abrazó el partido de Venustiano Carranza, obedeciendo a su padre José de la Luz Herrera que había escuchado el canto de la traición obregonista, Severo no estuvo de acuerdo en combatir a sus antiguos compañeros con los que andaban sus hermanos; cumpliendo una misión en la región de Minas Nuevas aprovechó la oportunidad para desertar de las fuerzas de Herrera, uniéndose a la brigada de Eugenio Aguirre Benavides.

Después del fusilamiento de Aguirre Benavides por los carrancistas de Nafarrete —dicen que varios generales obregonistas intercedieron ante Carranza para que le perdonara la vida, pero el rencoroso primer jefe no accedió—, Severo Reza se fue a Monterrey donde estuvo viviendo algún tiempo. Al estallar la rebelión encabezada por don Adolfo de la Huerta, Severo volvió a

empuñar las armas al lado de la causa delahuertista. Desgraciadamente el antiguo general villista fue hecho prisionero y fusilado en un lugar del estado de Jalisco, terminando de esa manera su vida el inquieto velador de la casa redonda.

8. Rodolfo Fierro

Había llegado de su nativa y lejana Sinaloa prestado por la empresa ferroviaria de la costa a la terminal local, trabajando como conductor de trenes. Cuando la represión a los ferroviarios de parte de los colorados, Rodolfo Fierro de conductor y Agustín Puente de maquinista, abandonaron el tren de carga que conducían al norte en la estación de Conejos, en un armón de mano tomaron la vía hasta el mineral de Descubridora y de ahí a caballo se presentaron en las Nieves ante Tomás Urbina, dándose de alta en sus fuerzas.

Rodolfo Fierro era alto, fornido, bien parecido y de tez bronceada. Era una buena persona en su trato con los demás, así lo hacían notar los viejos rieleros al referirse a su antiguo compañero. Los corresponsales de los periódicos norteamericanos que cubrían la campaña de Pancho Villa, en las crónicas de los diarios del otro lado le llamaban la "Bella Bestia".

Sin duda, que entre los caudillos de la División del Norte era el más audaz entre todos ellos. Pero la Revolución lo transformó en cruel y despiadado —exagerada la fama por la propaganda—, formando con Borunda y Banda la trilogía de asesinos de más triste reputación

entre las fuerzas villistas, y vaya que era grande la cantidad de matones que militaban en esas tropas.

Las hazañas de Rodolfo Fierro, muchas veces fueron factor decisivo para obtener las victorias revolucionarias. En la toma de Ciudad Juárez en noviembre de 1913, se introdujo hasta el centro de la población al frente de 2 mil hombres en un tren de góndolas que aparentemente llevaban carbón, cuando los federales se dieron cuenta ya era demasiado tarde. En la batalla de Tierra Blanca, un convoy repleto de federales y orozquistas escapaban del ataque revolucionario, y como en las películas de texanos, Fierro se lanzó a galope tras el tren, desde el caballo logró brincar al estribo del último carro y subiendo al techo logró aplicar los frenos, deteniéndose poco a poco el tren dando lugar a que llegaran las caballerías villistas, logrando capturar a los que pretendían escapar.

Contaban que para Fierro el matar gente era un pasatiempo, que mataba por las cosas más baladíes; que cuando era nombrado jefe de día en las poblaciones ocupadas cometía muchos desmanes. En la ciudad de Durango mató a un oficial de las fuerzas de Calixto Contreras porque le había preguntado la hora. En Jiménez asesinó a un soldado de Urbina porque al dirigirle la palabra le había hablado de tú, y finalmente en Parral mandó fusilar a su chofer porque conduciendo el fotingo donde iba él, al cruzar las paralelas del ferrocarril el auto brincó y se había pegado en la cabeza con el sostén de hierro del capacete.

No se puede negar que Rodolfo Fierro haya cometido algunos asesinatos, pero muchos que le atribuyen no sucedieron y otros fueron exagerados, por ejemplo las

muerter en Avilés, donde fueron ejecutados 25 ó 125 colorados, han dicho que fueron centenares.

En una ocasión el general Ángeles comentaba con Villa que Fierro estaba causando malestar en las tropas por los abusos que cometía con soldados y oficiales. Decían que el general Villa había contestado más o menos lo siguiente:

“Desde luego que no apruebo lo que anda haciendo Fierritos, lo voy a regañar por ello y le aseguro general que no volverá a suceder. Ese malalma, merece que se le castigue pero no lo haré, porque mañana o pasado cuando Pancho Villa ande huyendo por el monte en la desgracia, la mayoría de mis generales me abandonarán, pero él no lo hará, me acompañará hasta el final”.

La primera vez que el general Villa se encontró con Fierro fue en la estación de Jiménez, el día que Tomás Urbina se presentó a ponerse a las órdenes de su compadre junto con su gente y entre ellos venía Fierro; dijeron que Villa lo estuvo observando un rato, luego le pidió a Urbina que se lo prestara porque necesitaba un ayudante. A partir de ese momento, Fierro se convirtió en su sombra, dispuesto a cumplir cualquier orden, dispuesto a todo.

Efectivamente, Rodolfo Fierro no abandonó a su jefe hasta que la muerte dispuso lo contrario. Formaba parte de las tropas villistas que cruzarían la cordillera rumbo a Sonora a caerles por la espalda a los carrancistas en su terreno, pero Fierro no lo pudo hacer porque se ahogó al igual que su caballo en una laguna más acá de la sierra, cerca de Casas Grandes. El comentario de los villistas era de compasión por el animal y nadie se acordó del jinete, según la versión del periodista y escritor Rafael F. Muñoz.

Ante la pregunta que si había conocido a Rodolfo Fierro y qué impresión guardaba: Roberto González Valles quedó un rato pensativo, como ordenando sus recuerdos y dijo lo siguiente:

“Era una mañana de 1913, no recuerdo el día ni el mes, me encontraba al lado de mi señor padre que estaba parado frente a la plaza de armas por la calle Centenario. En ese momento por la misma calle como viniendo de la estación se acercaban tres jinetes, uno más adelantado que los otros; el de adelante montaba un magnífico caballo alazán tostado, las pezuñas herradas del animal sacaban chispas de las pequeñas piedras bola del empedrado. Al llegar frente a nosotros Rodolfo Fierro —pues no era otro el jinete del alazán tostado— y sus asistentes, frenaron sus caballos y dando los buenos días, Fierro le preguntó a mi padre que si no sabía el domicilio de Emigdio Hernández, porque traía el encargo del general Villa para invitarlo a que se hiciera cargo del cuidado de sus gallos de pelea —don Emigdio era un competente gallero muy conocido en el norte de aquellos años—. Mi padre le dio a Fierro las señas de la casa del gallero y entonces él le preguntó qué había pasado con la peluquería que tenía por la calle Independencia, respondiéndole mi padre que se había quemado junto con la cantina del Centro. Rodolfo le contestó que lo sentía mucho y ojalá pronto se restableciera, dicho esto metió mano a una de las alforjas de su montura y sacando un puñado de monedas de oro se las entregó diciéndole que pusiera otra vez su peluquería elegante para venir a cortarse el pelo. Hostigando a sus caballos se alejaron los revolucionarios en busca de Emigdio Hernández. Bajo mi punto de vista, Rodolfo Fierro era una persona de bue-

nos sentimientos, no digo que no haya cometido algunas fechorías que le cuelgan, pero, ¿cuál de aquellos hombres no las cometió?

9. Toribio Astorga

En diciembre de 1913, fuerzas de la División del Norte con un efectivo de 3 mil 500 hombres al mando de los generales Toribio Ortega y Pánfilo Natera salieron de la ciudad de Chihuahua con destino a Ojinaga, la lejana, triste y polvorienta población fronteriza, último reducto en el estado en poder de los federales. Las tropas que defendían dicha plaza estaban bajo las órdenes del general Antonio Mercado auxiliado por los orozquistas José Inés Salazar y Marcelo Caraveo. El propósito de los revolucionarios era apoderarse de dicho punto fronterizo y limpiar de enemigos el estado norteño. Los convoyes militares que transportaban las tropas iban bajo el cuidado de Toribio Astorga.

Astorga trabajaba como conductor de trenes en la división ferroviaria de Gómez Palacio, ahora era el superintendente de trenes en otra división, la del Norte. Hombre competente en el manejo de trenes, sus servicios eran útiles para los movimientos de las tropas. Después de la derrota de Celaya cuando los villistas merodeaban por el norte, todavía andaba Toribio con el grado de general, ya no manejaba trenes porque ya no los tenían, y fue entonces cuando desapareció sin dejar huella.

La desaparición o muerte del superintendente revolucionario está rodeada de misterio. Eso debe haber ocurrido el 19 de mayo de 1917, la última vez que lo vieron fue ese día cuando los villistas huían ante el empuje de la gente de Pancho Murguía en la ciudad de Chihuahua. Fue en la época en que Murguía perseguía tenazmente a Pancho Villa, los dos estrategas de las estepas nortenas sostenían grandes encuentros de cargas de caballería, con resultados alternos; a veces el triunfo sonreía a Pancho Pistolas —Villa—, y otras a Pancho Reata —Murguía—. Se pensaba que Toribio Astorga había muerto en la capital chihuahuense.

Su hermana Guadalupe, acompañada de algunas señoras y señoritas de su amistad, salieron de Gómez Palacio en busca del cadáver del general villista, en un carro de mulas conducido por un húngaro que contrataron, pudieron llegar a Chihuahua, y en los lugares donde fueron los combates lo buscaron, entre los muertos insepultos y los colgados de los árboles de parques y calzadas, así como los que pendían de los postes del telégrafo colocados a los lados de las vías férreas. La búsqueda resultó infructuosa, no encontraron ningún rastro de Toribio, entonces se creyó que pudo haberse internado a Estados Unidos, pero jamás regresó a su hogar siendo rechazada la idea.

El general Villa estimaba mucho a su superintendente de trenes, al referirse y hablar con él le llamaba respetuosamente don Toribio. Después de la rendición Pancho Villa trabajaba la tierra en paz en la hacienda de Canutillo, a menudo llegaba a la ciudad de Torreón al arreglo de algunos asuntos; en esos viajes invariablemente visitaba el domicilio de la familia Astorga en

Gómez Palacio. Al ver los vecinos que se estacionaba frente a la casa un guayín con costales de maíz, frijol o calabazas, sabían que era el carro del general Villa enviando productos de sus cosechas a los familiares de Toribio Astorga. En los días de la rendición de Pancho Villa estando en Tlahualilo mandó llamar a la familia Astorga, haciéndoles saber que definitivamente el 19 de mayo de 1917 fue cuando desapareció Toribio, que personalmente lo había visto pelear al frente de un grupo de su gente, cerca de la estación de los ferrocarriles en la ciudad de Chihuahua, agregando al Centauro que después de ese día, ya no volvió a verlo.

10. Manuel Banda

El nombre completo de este personaje era el de Manuel Enrique Banda, pero es mejor conocido con su primer nombre y apellido. Durante los combates, a bordo de su potente motocicleta recorría la retaguardia del frente, los soldados que huían acobardados de la batalla, eran muertos sin remedio por los certeros disparos de este raro verdugo.

El general Villa había encomendado a Banda esa terrible misión, porque mucha gente de Durango se había levantado en armas con el único fin de apoderarse de lo que podía, buscando la manera de no entrarle parejo a los balazos, procurando correr en la primera oportunidad. La medicina que les proporcionaba Manuel Banda resultó muy eficaz, podían escapar de las balas enemigas, pero al huir la muerte era segura, así

es que optaban mejor por seguir combatiendo y de esa manera se fueron acabando los cobardes.

Banda tenía también el encargo de levantar las vías férreas —al fin ferrocarrilero—, para que no pudieran llegar trenes de otras partes con refuerzos, al atacar o abandonar las plazas; precisamente en una de esas maniobras perdió Manuel la vida, al recibir un golpe en la cabeza con un riel que encadenado, levantaba una locomotora. El accidente ocurrió en el tramo del ramal ferroviario a Monterrey más allá de las plantas eléctricas de Francke, en el lugar donde sucedió se llama estación General Banda, quizá para recordar las proezas del verdugo.

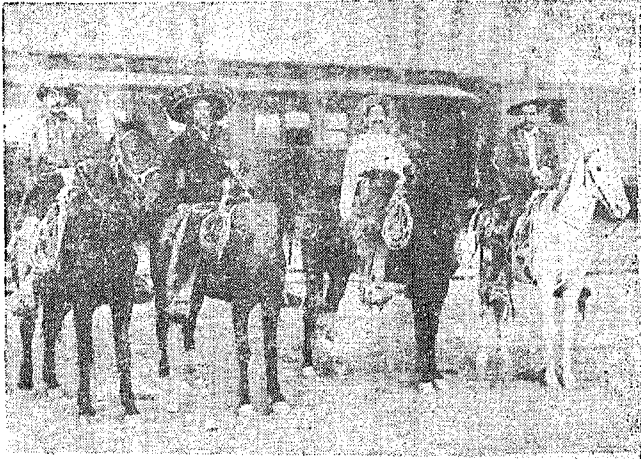
Manuel Enrique Banda nació en la ciudad de Torreón, dicen que era hijo de la señora Angelina Banda y de un agricultor español de apellido Serrano. La señora era ama de llaves del restaurante de los chinos que estaba en la vieja estación del ferrocarril, situada entonces frente al actual hotel Francia. Contaban sus condiscípulos de la escuela primaria que Manuel era un muchacho tranquilo, reposado, incapaz de matar una mariposa; era conocido con el mote de “Chino” porque tenía los ojos oblicuos, o a lo mejor porque su mamá trabajaba con los chinos. Contaban que había sido seminarista en la ciudad de Durango pero no le agradaba la idea de ser sacerdote, por lo que abandonó los estudios religiosos regresando a Torreón; siendo un jovenzuelo comenzó a trabajar de cobrador en el almacén comercial de don Francisco J. Lozano, afanoso, pedaleando su sencilla bicicleta recorría las calles polvosas, desempeñando su trabajo. Más tarde, era maquinista de patio en la terminal de Gómez Palacio y en 1913, apareció al lado de Francisco Villa en la batalla

de San Andrés, desempeñando el puesto de ayudante del general en jefe hasta su fallecimiento que ya hemos relatado cómo ocurrió.

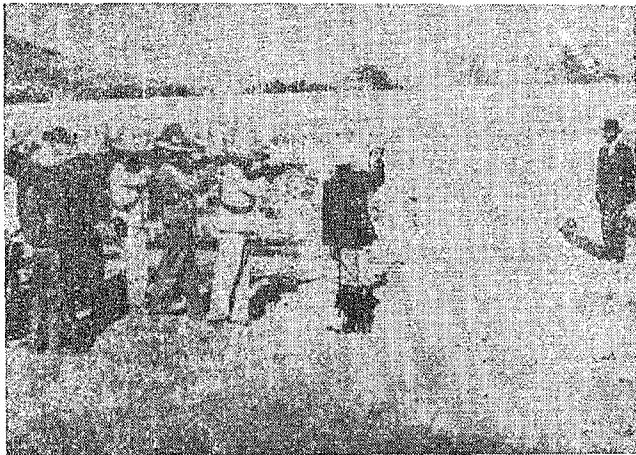
11. Santiago Ramírez

El maquinista de camino Santiago Ramírez era uno de los primeros ferrocarrileros que se unieron a Francisco Villa, cuando éste cruzó la frontera para combatir a Victoriano Huerta. En la batalla de San Andrés resultó gravemente herido, en el parte militar respectivo se asentaba que se había distinguido en el combate.

Santiago Ramírez era uno de los generales de confianza de Pancho Villa —al igual que Rodolfo Fierro y Manuel Banda—, ayudante valioso, listo para cumplir cualquier misión especial por peligrosa que fuera, siempre acompañando al jefe de la división. En marzo de 1914, al comenzar los asaltos para conquistar el cerro de la Pila, los trenes militares de la División del Norte, se encontraban estacionados desde el Vergel para atrás, formando una larguísima columna de varios kilómetros. El general Villa ordenó revisar vagón por vagón, buscando a los que se ocultaban para no ir al campo de batalla, los oficiales encargados de la requisa lograron reunir mil 500 hombres y poniéndose a las órdenes de Ramírez marcharon a los lados de las vías levantadas rumbo al sur. Llevaban el encargo de desalojar a los federales afortunados en las bardas de la casa redonda y la jabonera, porque de esas posiciones con fuego de ametralladoras y cañones ligeros, los fede-



De izquierda a derecha: Antonio Orozco, Toribio Astorga —de charro—, Julián Aguilar y Pablo Maldonado.



Fusilamiento de Santiago Ramírez en Saltillo.

rales hacían mucho daño en uno de los flancos de las fuerzas villistas que avanzaban penosamente, tratando de acercarse al cerro de la Pila. La gente de Santiago Ramírez con ráfagas de fusilería protegieron los asaltos que contra esas posiciones efectuaban Pancho Villa y un grupo de hombres que arrojaban granadas de mano contra las bardas mencionadas antes. Menguada la resistencia de los huertistas llegaron a la carrera los soldados de Ramírez, apoderándose de la casa redonda y los corrales de la jabonera de La Esperanza.

Años más tarde, Santiago Ramírez fue gobernador del estado de Coahuila designado por el general Villa. Al triunfo del carrancismo, viviendo amnistiado fue hecho prisionero y fusilado en Saltillo en 1916.

12. Manuel Medinaveitia

Medinaveitia fue otro de los ferrocarrileros que ya andaban con Francisco Villa cuando tuvo lugar la batalla de San Andrés, pertenecía a la brigada Villa bajo el mando de Toribio Ortega y después comandada por el valiente José Rodríguez. Más tarde, Manuel pasó a formar parte del estado mayor del general Villa. También fue uno de los generales villistas amnistiados que estuvo a punto de ser fusilado por los carrancistas en 1916; el consejo de guerra que le formaron para juzgarlo le perdonó la vida, no quedándole más alternativa que hacerse carrancista.

Antes de irse a la revolución, trabajaba como garrotero de patio en la estación de Bermejillo, era compa-

dre y subalterno en el trabajo del ferrocarril, de Antonio Orozco. Le decían el “Muerto” porque había nacido en un rancho que tenía ese nombre, ya desaparecido, a ciencia cierta no se supo dónde estaba, algunos creen que eran unos cuantos jacales perdidos en los solitarios parajes agrestes que se extienden entre Mapimí y Puerto Cadena.

13. Elpidio Velázquez

Elpidio Velázquez nació en San Juan de Guadalupe, estado de Durango; siendo un niño, la familia Velázquez se vino a radicar a la ciudad. Elpidio cursó la instrucción primaria en las escuelas oficiales de Gómez Palacio. Fue alumno del maestro Jesús Mena Vázquez, en 1906 cursaba el cuarto año en la escuela número 2, situada donde actualmente está la cooperativa de los ferrocarrileros, en la esquina de las calles Hidalgo y Juárez.

Velázquez ya joven, trabajaba de oficinista en el departamento de carros en la terminal local, abandonando el trabajo se dio de alta en 1914, en Ciudad Juárez con la brigada de Maclovio Herrera; más tarde se pasó a las fuerzas que comandaba el agricultor de Lerdo, el valiente Juan E. García.

Una cosa de notarse, es que Elpidio Velázquez no llegó a ser general dentro del villismo, como lo fueron varios de sus compañeros ferroviarios; todavía en 1929, cuando llegó la columna del general Juan Andreu Almazán a la región a combatir a los escobaristas, venía en esas tropas con el grado de teniente coronel.

En la década de los cuarentas, Elpidio Velázquez ocupó la gubernatura del estado de Durango. Desde hace tiempo radicaba en la capital de la República, donde falleció en 1977.

14. Paco Enríquez

El inquieto y vivaracho Paco Enríquez, fue un hombre por demás interesante. Una ocasión anduvo convertido en revolucionario, más tarde fue orozquista de Juan Andreu Almazán que defendieron la hacienda de Sacramento ante los ataques de los villistas y terminó siendo zapatista. En su larga ausencia de la ciudad, en un descuido también fue carranclán.

En 1912, Paco Enríquez trabajaba de conductor en el ferrocarril, formó parte del grupo conocido como los "Azules" que organizó Alberto Orozco y que se fueron con Eugenio Aguirre Benavides a combatir a Pascual Orozco. Más tarde, cuando la represión del cabecilla Campa con los que habían sido revolucionarios, Enríquez abandonó el trabajo, desapareciendo de la ciudad. Después apareció con la chaqueta volteada luchando contra sus antiguos compañeros, y por último al llegar la derrota del huertismo, los orozquistas que escaparon se refugiaron en el estado de Morelos, uniéndose a Emiliano Zapata; allá fue a dar Paco, en un combate recibió un balazo en una quijada, su cara presentaba el aspecto de las personas que en el norte llaman "cuchas", es decir con la apariencia del gesto torcido.

Paco Enríquez era un hombre dicharachero, simpático, le daba por cantar ópera en las tertulias de los bares entre copa y copa; sus ojos de color gris o verdosos se movían en sus órbitas vivaces cuando platicaba sus aventuras. Se transformó en un experto gallero, decían que su maestro había sido don Emigdio Hernández, cuidando con esmero a los gallos de pelea que preparaba, en los palenques de las ferias se le veía amarrando y soltando los animales, muy celoso de su nueva profesión de gallero; también en los juegos de apuesta que se instalaban alrededor de la plaza de armas se le veía manejar la redina o tallando la baraja representando la banca de los dueños de la jugada. Le agradó más la vida difícil de los jugadores profesionales, que su trabajo en el ferrocarril de conductor de trenes.

CAPÍTULO V

1. La epopeya del cerro de la Pila

A las seis de la tarde del 16 de marzo de 1914, salió de los patios de la estación de Chihuahua, una larga caravana de trenes que transportaban a 6 mil revolucionarios al mando de Pancho Villa y sus aguerridos generales.

Era un convoy perfectamente organizado, formado por trenes de exploración, reparación de puentes y vías, de transporte de tropas y artillería, el de la brigada sanitaria con furgones acondicionados para curaciones de emergencia, pintados de blanco tanto en el exterior y en el interior, brillando de limpieza, y por último el tren de avituallamiento de la división. La brigada sanitaria iba bajo la dirección del doctor Andrés Villarreal vecino de Torreón, con su cuerpo de 60 médicos mexicanos y norteamericanos, y cerca de 100 enfermeros y camilleros.

Los trenes que conducían las tropas, estaban formados por los carros llamados jaulas donde se embarcó a la caballada, en los techos se acomodaron los hombres



Caballerías villistas dirigiéndose al frente.



Tropas federales atacando.

con sus soldaderas. El convoy marchaba despacio, con muchas precauciones para darse cuenta a tiempo de los puentes quemados y los tramos de vías férreas levantadas. Los villistas se dirigían al sur con el fin de atacar y tomar la ciudad de Torreón en poder de los federales.

El plan de los generales Villa y Ángeles, era que las fuerzas revolucionarias que operaban en distintas partes del estado de Durango, en perfecta coordinación avanzaran por varios rumbos, en forma envolvente hacia dicha población.

Por consiguiente, el 20 de marzo Tomás Urbina abandonó su refugio de las Nieves, dirigiéndose a la Zarca y de allí torciendo a la izquierda pasando por el Puerto de Cadena atacaría Mapimí, marchando después a Bermejillo donde se encontraría con el grueso de la división. A su vez, José Isabel Robles y parte de la gente de los Arrieta de la ciudad de Durango avanzaron a Pedriceña, y después por la vía del Ferrocarril Central se acercarían a Torreón. Por último, la brigada de Calixto Contreras y Severino Ceniceros desde Cuencame se dirigieron a tratar de apoderarse de Avilés, para de ahí ayudados por otras tropas atacar el cañón del Huarache.

El día 23, llegaron los 15 trenes de la División del Norte a la estación del Vergel a escasos cuatro o cinco kilómetros de distancia de Gómez Palacio. Desembarcada la caballería, los revolucionarios se aprestaron para iniciar desde luego, las grandes batallas que culminarían con la captura de Torreón.

Eugenio Aguirre Benavides y Máximo García al frente de 4 mil jinetes, partieron a galope rumbo a la izquierda para atacar Tlahualilo, después la hacienda de Sacramento y luego marcharían sobre Gómez Pala-

cio, las mencionadas haciendas las defendían Juan Andreu Almazán y sus hombres. Mientras tanto, Maclovio Herrera y Toribio Ortega con 2 mil 500 jinetes se lanzaron como tromba sobre Lerdo, poniendo en graves aprietos a los colorados de Benjamín Argumedo y los voluntarios de Mapimí del temible Federico Reyna, que oponían una fuerte resistencia desde las huertas orilleras de la población. Finalmente, capturados Tlahualilo, Sacramento y Lerdo todo quedó listo para el ataque al cerro de la Pila. Al principio, el frente de batalla abarcaba más de 10 kilómetros, pero las victorias villistas fueron reduciendo el espacio.

El 24, comenzó el ataque sobre el cerro de la Pila, defendido por más de 500 federales perfectamente protegidos en parapetos de cal y canto, con nidos de ametralladoras y cañones de montaña, potentes, que barrían toda la llanura; en cambio, la artillería del general Ángeles, a pesar de contar con los grandes cañones “El Niño” y “El Chavalito” no eran de gran utilidad, por estar emplazados en plataformas de ferrocarril y las vías estaban levantadas desde el Vergel hasta Gómez Palacio y apenas había comenzado la reparación de las mismas. Además la artillería rebelde, aún no contaba con suficiente parque y el que tenía adolecía de defectos de fabricación, pues las granadas habían sido manufacturadas en una fundición de Chihuahua.

La defensa de la Comarca Lagunera, estaba a cargo del general J. Refugio Velasco y su cuartel general lo tenía en el mesón de San Pablo en Gómez Palacio. Contaba bajo su mando 9 mil hombres que eran la flor y nata del ejército federal, auxiliados por los soldados irregulares llamados los colorados u orozquistas.

La resistencia del cerro de la Pila, estaba apuntalada por el fuego de las ametralladoras y cañones ligeros que desde las paredes frontales de la casa redonda y de la jabonera, hacían los federales que ocupaban esas posiciones, protegidos a su vez por el cañoneo de las baterías del cerro de Santa Rosa. Las mencionadas posiciones rechazaron varias veces los ataques de los revolucionarios, hasta que Pancho Villa al frente de un grupo de hombres —que antes habían sido mineros— a bombazos de dinamita lograron nulificarlos. Este hecho ya se había mencionado antes.

Al oscurecer de aquel 25 de marzo de 1914, 2 mil revolucionarios escogidos, formando un abanico de tres secciones y al frente de cada una de ellas: Maclovio Herrera, Tomás Urbina y José Rodríguez, comenzaron el asalto al cerro de la Pila, escribiendo las páginas de heroísmo más relevantes de la Revolución. Con el objeto de mejor formarse una idea de cómo se desarrollaron aquellos acontecimientos, recurrimos a los testimonios de uno de los actores y de dos testigos, ellos fueron: el general Francisco Villa y los periodistas Rafael F. Muñoz y John Reed.

Francisco Villa

(Memorias de Pancho Villa, por Martín Luis Guzmán)

“Serían las nueve de aquella noche cuando los hombres de Maclovio Herrera, de Urbina y Rodríguez comenzaron a echarse sobre el cerro de la Pila, apoyados como estaban por la fuerte acción de mi centro y extrema derecha, más el bombardeo de nuestra artillería, su avance franqueó todos los embarazos en la parte de la

llanura. Veía yo en la oscuridad cómo las luces de su fuego se acercaban a las del enemigo y cómo las llamaradas de los otros no conseguían apagar las luces nuestras.

”Sobrecogía el ánimo las llamaradas de los cinco fortines artillados de los federales que tenían en lo alto de dicho cerro y se presentía sin duda por el constante luminar de las trincheras, que aquellas posiciones estaban defendidas por soldados de mucha pericia y valor a los cuales apoyaba y alentaba en su resistencia aumentando todo aquel grande estruendo y propagando todas aquellas luminarias el cañoneo de Santa Rosa y las ametralladoras y cañones que nos mandaban su lumbre desde las orillas de Gómez Palacio.

”Para mi recuerdo tan fuerte y sin pausa era el fuego enemigo que ningún instante consiguió la noche borrar de frente a mis ojos el cerro de la Pila. Desde lo alto de la cumbre los cañones federales alumbraban con su luz; pero todavía se acrecentaba más la iluminación de los resplandores por las llamaradas de nuestras bombas y granadas”.

Rafael F. Muñoz

(Vámonos con Pancho Villa)

“Repentinamente el cerro se coronó de lucecitas y desbordó un oleaje de ruidos que inundaron sus laderas. Se distinguieron los toques de clarín sobre el sonido incesante de las balas. Por un certero golpe de luz del faro del centro, desviado momentáneamente del campo de batalla en la orilla del río, los federales se dieron cuenta del avance de otra columna, y comenzó el fuego de los cañones de tiro rápido, las ametralladoras y la

fusilería desigual e ineficaz. Todo el cerro se había iluminado como si en él se celebrara una feria abundante de cohetes y músicas; sobre la llanura estallaban las granadas como estrellas que caen, y hacia esa fiesta de luz y muerte avanzaban los villistas disparando sus armas y con un gran estrépito de alaridos y voces violentas. Un verdadero torrente llegó hasta los flancos del cerro: dos mil cuatrocientos hombres a pecho descubierto contra quinientos afortunados, dispuestos unos y otros batirse hasta la muerte.

”Los villistas, llegando a una distancia de metros, comenzaron a disparar sus armas y arrojar bombas de dinamita, que produciendo un estallido corto y grave se enterraban, levantando columnas de polvo y trozos de cantera. Los cañones habían dejado de roncar y todo el combate iba resolviéndose a fuego de ametralladoras, y disparos de fusiles, a violencias de dinamita. La resaca asaltante continuaba; se deshacía una ola abatida por el fuego enemigo en los primeros pasos de la pendiente y venía otra, pasando sobre los cuerpos a toda carrera, para destrozarse y quedar inmóvil unos cuantos metros adelante. Así una onda y otra onda llegaron hasta las trincheras y las ocuparon. Los soldados fueron a refugiarse en los cinco fortines, a través de las aspilleras, iluminadas de blanca claridad, sacaban las puntas de los fusiles para disparar; algunos de ellos, dispuestos ya al combate cuerpo a cuerpo, habían ajustado al máuser la larga bayoneta relampagueante. Daban vueltas las luces de los faros, iluminando las caras trágicas de los asaltantes, los cuerpos destrozados, las armas esparcidas, las trincheras violadas. Y en la penumbra quedaba, el oleaje interminable que seguía subiendo...

”De lejos el cerro parecía arder, semejaba un volcán ebrio que arrojara escupitajos de fuego. Las grandes masas de hombres avanzaban en la oscuridad hacia los cinco fortines, de los que partían sin parpadear nunca, las luces amarillas miradas de los faros.

”Hasta entonces, cuando los primeros asaltantes estaban ya fatigados, comenzó el ataque del ala izquierda: Aguirre Benavides y don Rosalío Hernández habían llegado con tres horas de retraso”.

John Reed

(México Insurgente)

“El fuego más intenso que ahora se oía sobre la derecha indicaba que el ataque sobre el cerro de la Pila había llegado al pie del mismo. Y, en seguida, simultáneamente, se vieron resplandores sobre el alejado extremo de la colina hacia Lerdo, Maclovio Herrera lo había tomado. Mas he aquí que apareció un espectáculo de encantamiento. En lo alto del escarpado declive del cerro en su derredor y por tres lados se elevó lentamente un círculo de luz. Era la flama incesante del fuego de fusilería de los atacantes. La cima también, circuida por el fuego, que se intensificaba a medida que el círculo se convertía en ella, más áspera ahora. Brilló un intenso resplandor en lo alto; después otro. Un segundo después llegó el estampido aterrador del cañón. ¡Abrían el fuego de artillería sobre la firme y pequeña fila de hombres que subían el cerro!, sin embargo, ascendían sobre el negro pedregal. El círculo de flamas se había roto por muchos lugares, pero no cedía. Así se sostuvo hasta que parecía unirse a la maligna ráfaga que pro-

cedía de la cima. Pero entonces, repentinamente, todo pareció extinguirse completamente, quedando sólo luces individuales que iban cayendo cuesta abajo, aquéllos que habían logrado sobrevivir, maravillándome ante el heroísmo inútil de aquellos peones que subían por el cerro ante la artillería, ¡he aquí que el flamante círculo empezó a subir otra vez, poco a poco lamiendo el cerro! Aquella memorable noche atacaron siete veces a pie y en cada ataque murieron setenta y ocho de los atacantes. . .

”La mañana que entré a Gómez Palacio aunque los federales habían incinerado cadáveres durante tres días, había tantos todavía entre el amplio espacio delante del corral de Brittingham, que difícilmente se podía pasar a caballo; y en torno del cerro había siete montones de muertos de los rebeldes”.

x x x

John Reed nació en Nueva York, durante aquellos días de tormenta, era corresponsal de un periódico norteamericano. Comprendió y se identificó con los propósitos de la Revolución Mexicana, defendiéndola de los ataques que en todo el mundo se lanzaron con el fin de desprestigiarla haciendo correr los más absurdos rumores.

Al desencadenarse la Primera Guerra Mundial en Europa en 1914, John Reed fue enviado como corresponsal de guerra; pasando después a Rusia donde le tocó presenciar la Revolución de Octubre. Nuevamente Reed defendió la posición de los trabajadores ante el mundo entero. Fue testigo de los acontecimientos memorables de aquellos 10 días de octubre de 1917,

que como él lo escribió estremecieron a la humanidad. John Reed falleció prematuramente en Rusia, siendo sepultados sus restos —con la veneración del pueblo ruso— en la Plaza Roja de Moscú.

x x x

Muchos años después de los combates del cerro de la Pila, todavía estaban en el lomo del cerro y en todo lo largo, restos de las trincheras y loberas que en distintas ocasiones construyeron los zapadores federales, levantadas sólidamente con piedra y mezcla, notándose parte de los fortines donde se emplazaban las ametralladoras y los pequeños cañones. Montañas de casquillos de todos calibres se encontraban por todas partes del cerro con gran beneplácito de la chiquillería que hacía acopio de ellos.

Se decía que en el depósito de agua que todavía conserva el cerro en la parte más alta, y que de ahí le viene el nombre de cerro de la Pila, se habían arrojado centenares de cadáveres después de la batalla, pero eso nunca se confirmó plenamente.

2. Captura de Torreón

Los federales atrincherados en el cerro de la Pila, al principio rechazaron los ataques de los revolucionarios, ya casi en la madrugada del 26 de marzo, los villistas lograron apoderarse de dos fortines y por más esfuerzo que hicieron los huertistas no pudieron desalojarlos. No queriendo exponerse más, sin despertar

sospechas, fueron abandonando cautelosamente sus posiciones. Al amanecer Gómez Palacio se encontraba sin soldados federales, en pocas horas desalojaron la ciudad, dejando solamente montones de muertos por todas partes; fue tanta la mortandad de hombres y caballos que había en la falda del cerro de la Pila y en las bardas de la casa redonda y la jabonera, que a pesar del aire frío que soplaba en esos días, los cadáveres comenzaron a descomponerse, formaron grandes montones y rociándolos con petróleo les prendieron fuego, un humo denso con olor a carne quemada se esparció por toda la población.

Concentradas las fuerzas federales en Torreón, las baterías colocadas en los cerros vecinos de esa ciudad, iniciaron el ataque más intenso y despiadado que pueda imaginarse sobre Gómez Palacio. Por espacio de ocho días las bombas estuvieron cayendo, causando destrozos en la población. Los objetivos de los artilleros de la Federación, eran los patios del ferrocarril donde estaban estacionados los trenes y los suburbios de la ciudad que recibían andanadas de metralla al notar el menor movimiento de tropas. Muchas granadas estallaron en calles y casas, causando muertes entre los pacíficos.

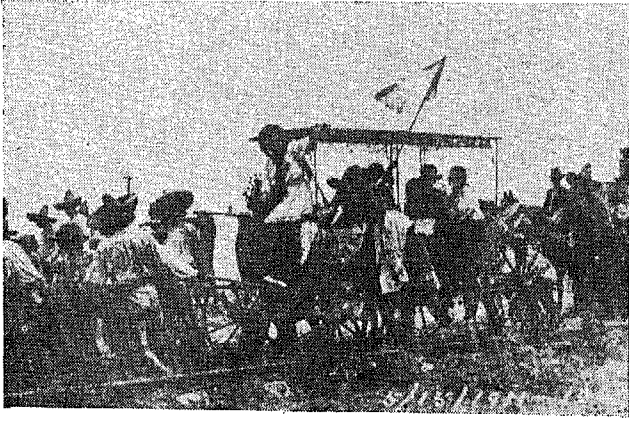
Ese mismo 26, los revolucionarios por distintos rumbos avanzaron sobre Torreón, por el centro Tomás Urbina y Toribio Ortega al frente de sus brigadas se lanzaron sobre el cerro de Santa Rosa y después de varios asaltos lograron poner en retirada a las fuerzas federales que protegían y manejaban las baterías ahí instaladas, los villistas llegaron hasta la margen izquierda del río Nazas donde se hicieron fuertes. A la derecha, las tropas de Calixto Contreras y Juan E. García, ayudados por gente de los Arrieta y de José Carrillo —este

general por cobardía o negligencia fue depuesto del mando de su gente nombrándose en su lugar a Pablo Mendoza—, atacaban las posiciones federales del cañón del Huarache. Mientras tanto por el lado izquierdo, Maclovio Herrera, José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides combatían al enemigo ya casi en las orillas de Torreón, acercándose a la alameda.

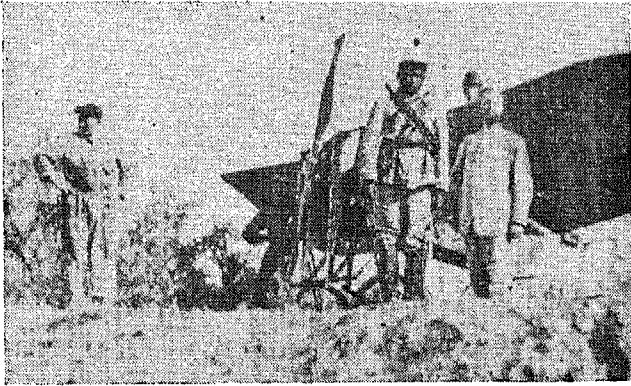
Más de una semana duró la batalla de Torreón. Al llegar el 2 de abril de 1914, los atacantes del ala derecha conquistaron al fin el cañón del Huarache, desbaratando la defensa del cerro de la Cruz; aprovechando esta circunstancia, las fuerzas del centro con Francisco Villa a la cabeza cruzaron el cauce seco del río, comenzando los combates en las primeras casas de la Paloma Azul. Por su parte las columnas que atacaban por el oriente, lograron apoderarse de la alameda.

Al anochecer de aquel día brotaron cuatro incendios en el centro comercial de Torreón, escuchándose más tarde tiroteos esporádicos en los distintos frentes y los últimos cañonazos en dirección al Huarache. Como a las diez de la noche, se oyeron ladridos de perros por donde comenzaba el camino carretero a Matamoros; eran las tropas federales que evacuaban la ciudad disputada.

Al día siguiente, 3 de abril, a las ocho de la mañana entraron las fuerzas revolucionarias a la población. Más tarde, pasó por el centro el desfile de la invencible División del Norte, con Pancho Villa y sus caudillos en la descubierta, en medio de las aclamaciones y gritos de entusiasmo del pueblo.



La multitud festejando la toma de Torreón, llevando muchachas a bordo de carruajes tirados por ellos mismos.



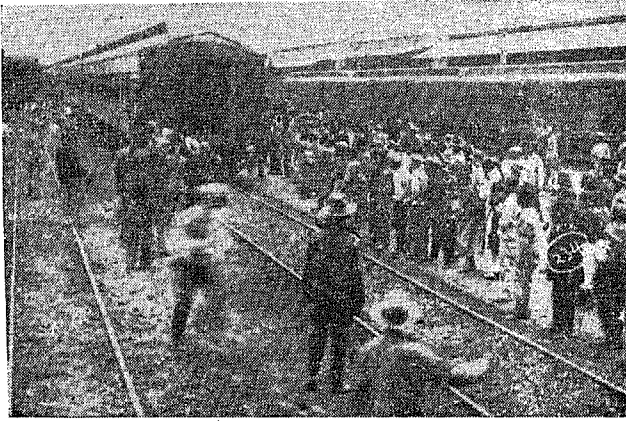
Primer avión federal que llegó a la región en 1914, aterrizando entre los mezquites en el bordo del tajo de Sacramento.

3. Expulsión de españoles

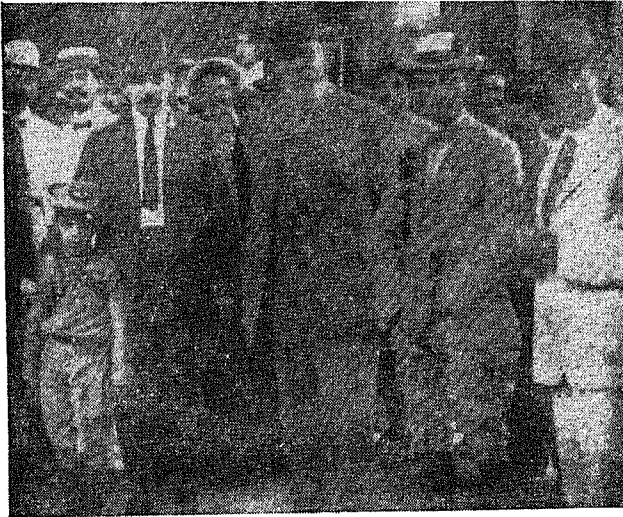
Nunca aprenderán los hombres del dinero, las enseñanzas de la vida, así sean mexicanos o extranjeros, todos tienen la misma mentalidad. Tres años antes, en la primera toma de Torreón por los maderistas, tuvo lugar la matanza de los chinos, cuando éstos tomaron las armas para combatir a los revolucionarios. En 1914, se volvió a repetir la historia; un grupo de acaudalados gachupines mandaron a sus paisanos dependientes de las tiendas de raya y empleados de la haciendas a darse de alta en la Defensa Social, que en aquel tiempo así era llamado el grupo de civiles armados que se formaban para defender a los gobiernos. Al caer Torreón en poder de los rebeldes, inmediatamente varios ciudadanos pusieron en conocimiento del general Francisco Villa, el reprochable proceder de aquellos gachupines.

No todos los españoles que vivían en La Laguna obraron de esa manera, pero hubo muchos ricos que sí lo hicieron; además la inmensa mayoría no veía con buenos ojos la lucha libertaria porque en cierta forma lesionaba sus intereses. Al huir las fuerzas federales por la carretera a Matamoros, la encontraron congestionada de familias españolas que se ponían a salvo. ¿Por qué abandonaban sus hogares y negocios?, desde luego no por gusto, se consideraban culpables por algo que hicieron y huían por el temor del castigo revolucionario.

Los que se quedaron pagaron con réditos los errores cometidos, todos los españoles que encontraron las patrullas villistas fueron encerrados en los sótanos del



Partió el convoy hacia el norte llevando a los españoles.



Venustiano Carranza momentos antes de emprender un viaje.

Banco de La Laguna, echándose a volar los rumores habituales del castigo que se aplicaría a los detenidos; después llegó al lugar el general Villa, dirigiéndoles estas sencillas palabras:

“Señores, son ustedes enemigos de la justicia de mi país, por lo que merecen la más grave pena. Son, además, ingratos, pues favorecen la usurpación, contraria al pueblo y a su bienestar sin acordarse que el pueblo produce todas las comodidades que ustedes encuentran en esta tierra y todas las riquezas que disfrutan. ¿Por qué ustedes que viven acogidos con cariño por los mexicanos, buscan asociarse a los malos hombres de la clase explotadora, si vienen ustedes de una tierra donde también los explotaban? * .

Los revolucionarios decretaron el destierro a todos los españoles residentes en la región lagunera, dándoles un plazo de 48 horas para abandonar el país, tiempo suficiente para arreglar sus negocios y hacer acopio de lo que pudieran llevarse a mano de más valor.

El jefe de trenes de la División, puso a disposición de los expulsados y sus familias que quisieran acompañarlos, un tren especial formado por ocho carros de pasajeros. En el plazo señalado partió de los andenes de la estación de Torreón el convoy hacia el norte, dejando a los españoles que llevaba en la raya fronteriza de El Paso.

Varias personas abonaron la conducta de numerosos españoles y ellos no fueron desterrados, se decía que habían visto el movimiento más o menos con simpatía, justificándolo. En cambio, hubo gachupines que fueron sorprendidos armados y merecían el paredón de fusila-

* *Memorias de Pancho Villa*, de Martín Luis Guzmán.

miento, pero los revolucionarios ya no quisieron más derramamiento de sangre; el destierro a los culpables no fue el castigo justo, lo malo que todos fueron medidos con la misma vara, pagando justos por pecadores.

4. Saqueos

Durante los años turbulentos de la lucha revolucionaria y aún tiempo después, hubo una gran escasez de toda clase de alimentos, principalmente de maíz y frijol que como se sabe es la base de alimentación del pueblo. Miles de campesinos abandonaron los campos de cultivo, dejando el arado y cogiendo la carabina para unirse a las legendarias fuerzas de Pancho Villa. Solamente continuaron sembrándose las tierras alejadas de los poblados, en los valles de la sierra y en las tierras cercanas a ellas.

La necesidad obligaba a las gentes a participar en los saqueos de las tiendas comerciales, especialmente las de abarrotes y no sólo los comercios del centro eran saqueados sino también los de los barrios, el saqueo se efectuaba en pocas tiendas, no era general, quizá escogidas de antemano. Normalmente tenían lugar al llegar los revolucionarios a la ciudad o al abandonarla: ellos eran los que rompían a culatazos de rifle las puertas de las tiendas y eran los primeros que se apoderaban de lo que más les gustaba: vinos, cervezas, cigarros, latas de portola —sardinas grandes—, sardinas chicas canadienses, etcétera, porque duraban semanas sin probarlas. Al salir los villistas de las tiendas, el pueblo se pre-

cipitaba al interior y en el más completo desorden cada quien se llevaba lo que podía. Los saqueos se efectuaban lo más rápido posible, antes que llegara el resto de las tropas porque entonces el general en jefe, hacía saber a los habitantes por medio de un bando que cualquier persona —inclusive los soldados— que se apoderara de lo ajeno sería pasada por las armas, cosa que invariablemente se cumplía. Los oficiales de las avanzadas villistas que como se ha dicho eran los que comenzaban las rapiñas, probablemente tenían instrucciones que se hicieran los disimulados ante los saqueos y que fueran unos cuantos, para dar oportunidad a los pobres que se hicieran de algunas mercancías para aliviar un poco las necesidades de la familia, porque en el mayor de los casos no tenían dinero para adquirirlas.

Con motivo de los saqueos y de los incendios que a veces eran víctimas las tiendas de abarrotes, algunos comerciantes clausuraron sus negocios, porque no tenía caso resurtirlos para que mañana o pasado volvieran a ser vaciados, emigrando a otra parte donde hubiera más seguridad.

Raras veces se efectuaban saqueos en las casas de los ricos, solamente cuando se comprobaba que habían hecho algo contra el movimiento o que hubieran cometido alguna injusticia contra el pueblo, en esos casos los revolucionarios abrían las puertas de las casas de los culpables, y el populacho, especialmente las mujeres, entraban a las habitaciones cargando con lo que encontraban a mano; había que ver con la dificultad que llevaban voluminosos roperos entre dos o más personas, otras llevaban camas de altas cabeceras de latón, máquinas de coser, ropa, alimentos, etcétera.

5. Las colas

Al llegar el tren de aprovisionamiento de la División del Norte a la ciudad, se entregaba a las panaderías: sacos de harina, azúcar prensada en forma de pilones —no se usaba como ahora—, latas de manteca vegetal americana y demás ingredientes necesarios para la elaboración del pan. Llamaban a los maestros tahoneros y se encendían los hornos de las tahonas, poniéndose los amasijos en actividad. Desde las primeras horas de la madrugada, desafiando el airecillo frío incipiente del otoño o el punzante del invierno, se formaban largas colas ante las puertas de las panaderías, las filas se componían por mujeres y muchachos, y el agradable aroma del pan a punto de cocerse, hacía más larga la impaciente espera. Al fin, ya casi al salir el sol, se abrían las puertas de las panaderías por guardias villistas que se apostaban en la entrada para guardar el orden, la gente iba pasando de uno en uno y en el mostrador le entregaban una telera grande del llamado pan francés, dorada, calientita, sin costo alguno.

Otras ocasiones, en los escapes ferroviarios de los patios de la estación, se colocaban furgones llenos de maíz y frijol. También se organizaban grandes formaciones y los soldados revolucionarios iban entregando a cada persona que pasaba ante ellos en la puerta del vagón, y que llevaba algún balde o tina, le echaban dos litros de maíz que se despachaba en una medida de madera cuadrada; había que formarse nuevamente en la fila de otro furgón para recibir un litro de frijol,

naturalmente todo se entregaba gratis. Estas reparticiones entregadas a cualquier gente que se formara sin importar su condición social, se efectuaba por órdenes del general Villa para aliviar un tanto las necesidades del pueblo, se granjeó para siempre el cariño y la estimación de todos, especialmente de los humildes.

Las privaciones duraron algunos años, las familias cuyos hombres andaban en la bola fueron las que sufrieron más. El hambre se enseñoreó en la población, hasta la gente que tenía dinero le era difícil conseguir alimentos porque sencillamente no había dónde comprarlos, de nada servían las áureas monedas. Los humildes nopalitos se convirtieron en un manjar raro, se acabaron los quelites y las verdolagas que crecían abundantemente en las márgenes de las acequias del camino real y del municipio. Al otro lado de los cerros vecinales, se instalaron matanzas de burro, la carne es correosa y accitosa pero hecha chicharrones o ponerse a secar al sol y asada en las brasas son unos alimentos aceptables cuando no hay otra clase de carne. Asimismo se hacían tortillas de salvado revueltas con maíz, que por cierto tenían un sabor insípido. Y en las milpas que crecían en la orilla de la población al madurar elotes y calabazas se repartían entre la gente, bajo la vigilancia de los villistas.

Se agudizó la falta de combustible para alimentar los fogones de las cocinas, que eran la leña de mezquite y el carbón fabricado en el monte por los carboneros, éstos y los leñadores andaban en la reholufia como llamaba el pueblo a la revolución. Por suerte, en las orillas había llanos tupidos de mezquites y huizaches, cualquiera podía ir a cortar ramas haciendo atados de leña; también llegó a usarse la boñiga de res, que expuesta

al sol hasta secarse arde perfectamente. La necesidad hace que la gente busque y encuentre el modo de resolver los problemas.

6. La mamá de “Gorra Prieta”

“Gorra Prieta” ya viejo, no había perdido la costumbre de perseguir gente. Años antes, en tiempos de don Porfirio —cuando era menos viejo y andaba en la acordada— correteaba a campesinos rejegos; después vara de membrillo en mano perseguiría a los muchachos amantes de echarse la venada, la vaca o la pinta, que a resumidas cuentas es lo mismo, y consistía en no ir a la escuela, prefiriendo nadar y zambullirse en las aguas turbias de los tajos en lugar de estar aprendiendo la lección.

Decían que “Gorra Prieta” cuando pertenecía a la acordada, era un hombre malo, el más malo entre ellos. Era chaparro, de aspecto siniestro, de ojos amarillentos y oblicuos como los de los chales —chinos— y el bigote hirsuto parecía formado por cerdas. Cubría su cabeza un sombrero de charro muy usado de pelo negro y de ahí le venía el mote de “Gorra Prieta”. Las acordadas al igual que los famosos cuerpos de rurales, estaban integrados por la escoria de los presidios, en su mayoría asesinos y ladrones, recorrían la comarca, y en ranchos y haciendas secuestraban a los peones que protestaban por el mal trato que recibían de mayordomos y administradores; se los llevaban de leva y en los cuarteles los hacían soldados a la fuerza, humillándolos al raparles la cabeza, no se sabía si como medida de higiene o

para identificarlos más fácilmente al desertar del ejército.

“Gorra Prieta” vivía con su madre en una casita situada de este lado de la cantina “El Golfo de México”, en el barrio de la Patria. Nunca se supo su verdadero nombre y desapareció sin dejar rastro.

Aquel día, toda la mañana las caballerías villistas estuvieron cruzando las calles polvorientas de la ciudad, dirigiéndose al frente de batalla por la toma de Torreón, de donde llegaba el sordo rumor de la refriega. Un solitario jinete llegó a la acequia que pasaba en la esquina de las calles Escobedo y Nicolás Bravo; descendió el hombre del caballo, y aflojándole las riendas le quitó el freno del hocico al animal, acercándolo, para que pudiera tomar agua de la corriente.

El jinete era de apariencia respetable, lucía una gran barba y usaba lentes protegidos con arillos de oro, en su sombrero tejano de color café destacaba la estrella solitaria de mayor del ejército revolucionario. En ese momento llegó la anciana madre de “Gorra Prieta”, traía un balde para llevar agua de la acequia para usos domésticos; y dirigiéndose al oficial villista señalando la casa donde vivía don Nieves Silva, le dijo que allí estaba un porfirista, un reaccionario enemigo de la causa. ¡Eso era el colmo, la madre de un verdugo del antiguo régimen acusando a un ciudadano que a lo mejor simpatizaba con las ideas renovadoras! Ante el asombro de las personas que ahí se encontraban, el mayor le contestó con calma:

“Mire señora, en lugar de andar contando chismes váyase a su casa a cuidar la olla de los frijoles, porque se le pueden quemar”.

La mamá de “Gorra Prieta”, cogiendo el balde de agua se retiró avergonzada, siendo despedida por un coro de carcajadas de los mirones que estaban en la esquina.

7. Los amansadores

En la manzana irregular —que aún existe— conocida en aquellos años como cuadras de la Cerillera situada frente al parque Morelos por la calle Zaragoza, estaba la fábrica de cerillos El Fénix de la empresa Juan Salcedo y Cía. En una ocasión la mencionada factoría fue ocupada por un cuerpo de caballería villista, instalando su cuartel; los hombres ocuparon los salones y la caballada los patios. En el portón de la entrada por la Aldama, se apostaban guardias de sombreros anchos de palma, con el pecho cruzado de cartucheras; indolentes se apoyaban en sus rifles 30-30, fumando tabaco macuche —que entonces se cultivaba en la región, igual que la caña de azúcar— vigilaban la entrada al cuartel, al acercarse algún soldado le gritaban el quién vive y al contestar correctamente la contraseña convenida, le franqueaban el paso.

A los pocos días, trajeron a la cerillera una manada de potros salvajes, los revolucionarios venían arreándolos desde las praderas de Yerbaniz, las que después fueron de mister Bell; caporales y vaqueros que ahora andaban de soldados, se aprestaron a domar los animales cerriles que habían traído, porque bastante falta estaban haciendo en las brigadas de la División del Norte.

El cercano tajo de San Antonio que en esos días no llevaba agua, fue el lugar escogido para efectuar las peligrosas faenas. Bajaron algunos caballos salvajes al fondo del canal que tenía una gruesa capa de arena, los jinetes extendieron lazos a los anchos del tajo formando una especie de corral para que no escaparan los animales. Las faenas de quitar los resabios de los caballos son arriesgadas porque se trata de animales que han galopado libremente en la llanura, resistiéndose con todas sus fuerzas a vivir en cautiverio, pero aquellos hombres eran expertos en esas clases de trabajos. Rápido, lazaban al potro, le ponían la silla de montar, soltaban al animal dando respingos, echando espuma por el hocico de puro coraje, después de un rato de inútiles saltos poco a poco se iba calmando, finalmente dándose por vencido trotaba sumiso por la candente arena. Luego le tocaba el turno a otro caballo y así seguían hasta que llegaban las sombras de la noche.

Como se ha dicho, los amansamientos se efectuaban todos los días por las tardes, asistía numeroso público parado o sentado en los bordes del canal: gente del pueblo, vendedores ambulantes, soldados y oficiales del ejército rebelde; cada hazaña era premiada con aplausos y gritos triunfales de la concurrencia. Algunas veces los oficiales conseguían con sus jefes que les mandaran la banda de música de la brigada. Con la música el trabajo de los domadores se hacía más agradable, escuchándose las marchas revolucionarias y las dianas en su honor. Aquellos aguerridos luchadores demostraban que eran consumados jinetes, conocedores de todos los secretos de doma de caballos.

8. Felipe Ángeles

Fue durante los días de una de las batallas por conquistar la ciudad de Torreón, de parte de las fuerzas revolucionarias, los combates continuaban encarnizados alrededor de esa población. Desde los cerros de Santa Rosa y Calabazas los cañones federales bombardeaban Gómez Palacio, especialmente los patios del ferrocarril donden se encontraban en sus plataformas respectivas los grandes cañones: el "Niño" y el "Chavalito" —conocido también como el "Rorro"—, que firmes contestaban el fuego de las baterías enemigas. Esos cañones habían sido quitados a los federales.

El burdel de Olimpia, situado en la calle Patoni había sido acondicionado en hospital de primeras curaciones para los heridos que llegaban del frente. Olimpia era una meretriz de belleza un tanto ajada y al sonreírse dejaba al descubierto unos dientes con casquillos de oro.

Un grupo de jinetes llegó a las afueras del lupanar, el que parecía ser el jefe montaba un caballo de gran alzada, era de mediana estatura, delgado, y tenía un mirar de ojos bondadosos; vestía traje de campaña de gabardina beige, se tocaba la cabeza con un stetson verde oliva, levantada una de sus alas sostenida por la toquilla, y calzaba botas federicas.

Algunos curiosos que nunca faltan, se acercaron al grupo de villistas que descendieron de sus cabalgaduras, el que parecía ser el jefe entró al improvisado hospital quizá en busca de alguno de sus oficiales que hubie-



Felipe Angeles.

se sido herido en el frente. Alguien comentó en voz alta, que la persona que acababa de entrar a la casa era el general Felipe Ángeles, el gran artillero y brazo derecho del general Villa, y tenía sus cañones en la estación. Otro comentó que al contestar Ángeles el fuego de las baterías federales había volado una de ellas que estaba en lo alto del cerro de Santa Rosa, en el mismo lugar donde un poste de hierro sostenía un gallo hecho de hojalata, que decían marcaba el rumbo del viento. Con el cañonazo la señal metálica se dispersó por los aires.

La noticia cundió por los barrios de la Patria y el Pueblito, al pardear la tarde cuando ya el sol estaba ocultándose y el cañoneo había cesado por ambas partes, numerosos desocupados se encaminaron a la estación del ferrocarril a conocer los mentados cañones del general Ángeles. En sendas plataformas blindadas más grandes y anchas que las normales, descansaban el "Niño" y el "Chavalito" con sus largas bocas en dirección al sur, estaban sujetados con gruesas cadenas de hierro en las cuñas de las plataformas, que se encontraban en una vía secundaria casi al final de la barda de la jabonera.

Más acá de la espuela del embarcadero frente a los corrales donde descansaba la caballada, estaban estacionados dos coches de pasajeros, ya habían encendido las luces verdosas de las lámparas de sus interiores. A través de los cristales de las ventanillas se distinguían grupos de hombres en su mayoría jóvenes que sostenían animada charla en medio de risas, con muchachas de largas trenzas con moños y que vestían ropa de seda de colores chillones: rojo, azul, rosa mexicano, bugambilia, etcétera.

Esos hombres formaban parte de los guerreros de leyenda, autores de hazañas inauditas, ni más ni menos

que los famosos Dorados de Pancho Villa. Vestían pantalones y camisola de color caqui, traían las piernas enfundadas en las grandes mitazas peculiares de los vaqueros nortños y usaban en la cabeza sombreros texanos de ala recortada de color gris y en la copa partes sumidas que les llamaban pedradas.

9. El Primer Jefe

La maestra Beatriz Reyes, directora de la escuela oficial número 2, había recomendado a todos los alumnos hicieran saber a sus padres que para tal fecha debían de presentarse con uniformes blancos, zapatos negros, pequeñas huaripas todas iguales y rifles de madera, mandados hacer en la carpintería equis. Por las tardes —antaño había clases en la mañana y en la tarde—, llegaba en su bicicleta el maestro Amado Illarrendi a dar clases de milicia a los alumnos; a enseñar cómo ejecutar las marchas y contramarchas y cómo mantenerse firmes correctamente. El motivo de estos preparativos era para acudir a la estación de los trenes, a saludar al primer jefe don Venustiano Carranza a su paso en su viaje rumbo más al norte.

El día señalado, muy temprano llegaron a la estación los muchachos de las escuelas de la ciudad, formando filas a un lado de la vía principal. Todos traían uniformes de dril blanco almidonados, sombreritos de palma con una cinta tricolor, los rifles de palo en posición de firmes y la tortura cruel de los botines. Y, es que la mayoría de los chicos estaban acostumbrados a correr descalzos entre el huizachal tras lagartijas, ardi-

llas y camaleones, estos últimos los que tenían dos cuernos eran muy buscados, porque las mujeres malas de los burdeles daban un peso por cada camaleón vivo que les llevaran. Esa cantidad era fantástica para cualquier muchacho, acostumbrados como estaban a recibir cinco centavos de domingo.

Pero la estación se encontraba de fiesta, las bandas militares ensordecían los oídos con las ruidosas marchas y los alegres pasodobles. Cientos de banderitas de papel de china con los tres colores nacionales ondeaban al impulso del aire, colocadas en postes y árboles de la pequeña alameda de la estación.

De pronto, las bandas tocaban dianas, se escucharon los silbatos de las locomotoras en la casa redonda y la ronca sirena marina de la jabonera, cuando el convoy militar lentamente se detenía por fin en el andén. En la plataforma del último carro apareció la figura corpulenta de don Venustiano Carranza, con traje sencillo semimilitar de color beige y botones dorados en la guerrera, su barba blanca le daba un aspecto patriarcal. Después de escuchar las palabras de bienvenida usuales, saludó a la muchedumbre que lo aclamaba, al tiempo que arrancaba el tren rumbo al norte; entonces se fijó en las filas de los pequeños escolares vestidos de soldados, de caras prietas, quemadas de tanto sol y vestidos de blanco, enviándoles una amable sonrisa de despedida.

Don Venustiano Carranza era gobernador del estado de Coahuila durante el gobierno del presidente Madero. Al ser asesinado dicho mandatario, se levantó en armas contra el usurpador Victoriano Huerta, igual que miles de ciudadanos lo hicieron en toda la extensión del territorio.

Carranza, antes de ser revolucionario fue senador porfirista en varios periodos, era un político ducho y activo del antiguo sistema, hay duda de la sinceridad de sus actos dentro de la Revolución. Era un pequeño burgués de ideas liberales, imbuido de grandeza. Usaba antiparras oscuras que tapaban sus ojos, decían que era para cubrir su soberbia que se le notaba; en las reuniones procuraba sentarse en la penumbra de las habitaciones para estudiar a sus anchas a los demás. Sembró la división entre los revolucionarios, humilló a Lucio Blanco porque efectuó el primer reparto de tierras en la frontera, no estaba de acuerdo en cumplir esa promesa a los campesinos; mandó llamar a Blanco y lo puso bajo las órdenes de Obregón. Le hizo la vida imposible a Pancho Villa celoso de sus victorias y odiaba profundamente a Zapata por su rebeldía. No veía con buenos ojos la actuación del ala radical de los Constituyentes del 17; sin embargo, éstos se impusieron y fueron aprobados entre otros los artículos 27 y 123, que el antiguo senador porfirista repudiaba.

10. Pancho Villa

En una calurosa mañana del verano de 1914 ó 1915, Pancho Villa, general en jefe de los ejércitos revolucionarios nortños, colocaba la primera piedra para levantar un puente sobre el río Nazas, la piedra se convirtió en un pilar o base y así quedó muchos años. Los acontecimientos posteriores impidieron al general Villa terminar la obra que había prometido a los habitantes de



Francisco Villa.

las tres ciudades hermanas: Lerdo, Gómez Palacio y Torreón. Ese puente sobre el río, tan necesario que tardó más de 15 años, para que fuera una realidad.

Los tranvías corrían repletos de pasajeros y casi se vaciaban al llegar al cambio de la Casa Colorada, situada a pocos metros del puente de los tranvías eléctricos sobre el río. La llamada Casa Colorada era un cuarto de adobes que servía de sala de espera a los pasajeros, enjarrada de mezcla y pintada de rojo. Al frente estaba un escape de vía para el cruce de los tranvías que iban y venían de Torreón.

La gente que se apeaba en el cambio, atravesó los arenales candentes que se extendían al lado izquierdo de la ribera del Nazas hasta el lugar donde se efectuaría la ceremonia de la colocación de la primera piedra. Grandes toldos de lona cubrían el área librando a la multitud de los ardientes rayos del sol, mientras que las bandas militares con sus ruidosas marchas hacían aguantable el sofocante ambiente.

Llegó el general Villa acompañado de los caudillos de las heroicas legiones que asombraron a todo el continente. Después de celebrarse los actos acostumbrados en esta clase de ceremonias: discursos llenos de lisonjas de los jilgueros pueblerinos de entonces, declamaciones de los niños más adelantados de las escuelas oficiales, piezas de música ejecutadas por las bandas, etcétera, el Centauro diestro con la cuchara de albañil fijó la primera piedra del cimiento para el futuro puente, en medio del cauce seco del río que sirve de límite a los estados de Coahuila y Durango.

Para esta ceremonia, Francisco Villa se presentó ataviado con uniforme de gala de general de división, se le notaba que no estaba a gusto con la formal indu-

mentaria. Por su parte, la mayoría de los concurrentes esperaban que se presentara montado en su famoso Siete Leguas, con el sombrero tejano de anchas alas caído a los lados, con la gorra gacha, su camisola gruesa y sus grandes mitazas, en otras palabras con la vestimenta del vencedor de las grandes batallas, el verdadero Pancho Villa.

Este hombre excepcional, nació en la Coyotada, municipio de San Juan del Río, estado de Durango, en 1878. Personaje sin par, se elevó del más bajo estrato de la pobreza hasta llegar a manejar riquezas de las que nunca usó para su provecho personal, y ser el jefe de miles de campesinos, que supo llevarlos a la victoria, aplastando al ejército de la Federación, sentando la base del triunfo de la Revolución Mexicana.

Fascinaba a los intelectuales, con su palabra sencilla y campirana explicaba la manera de ver las cosas y sus conceptos eran claros: luchar para acabar con el hambre de los humildes y acabar con toda clase de explotadores, cosa que continúa por verse a pesar de tantos años pasados. Tenía el don del conocimiento de la condición humana, al simple trato hacía un juicio certero sobre la sinceridad y el valer del hombre. Cometió muchos desmanes con las familias de sus enemigos que no tenían ninguna culpa. Combatió las injusticias a su modo, cumpliendo con lo que le correspondía.

11. Días felices para la señora Robles

El general José Isabel Robles era jefe de una de las brigadas de la División del Norte. Tenía la apariencia

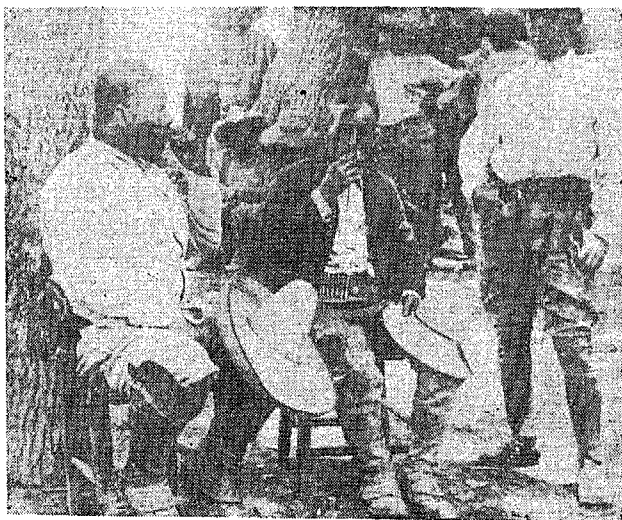
de los espadachines de las novelas de capa y espada tan leídas antaño por los jóvenes. Era blanco, alto, corpulento, con las puntas del mostacho hacia arriba a la usanza de la época.

En 1915, vivía con su pequeña familia en la esquina de las entonces avenidas Juárez e Hidalgo, donde años más tardes tuvo don Juan González Varela la tienda Las Palomas, que dio origen a que la gente lo llamara don Juan Palomas. La familia del general Robles la componía su esposa, que era una hermosa matrona de ojos grandes y soñadores, y su hijo, un chamaco de once años que asistía a la escuela número 2 del maestro Jesús Mena Vázquez. En la sala de la casa, en un caballete descansaba una de las monturas del general y de un perchero colgaba un sombrero stetson de anchas alas y una manga de hule.

Todas las tardes, la hermosa señora del general se sentaba en una mecedora austriaca de brazos delgados y respaldo de bejuco frente a una de las altas ventanas de la casa, y todas las tardes, casi a la misma hora, llegaba un organillero con su aparato musical a cuestras y sin mediar palabra ponía a funcionar el cilindro tocando tres veces consecutivas la pieza llamada "Días Felices". La señora Robles al terminar la audición se levantaba y pagaba al organillero, quien continuaba su camino hasta llegar a la próxima esquina donde se echaba "la pieza de la esquina". Quién sabe qué recuerdos le traerían a la hermosa señora, las notas melancólicas de "Días Felices".



Entrada a la ciudad de México de Emiliano Zapata y Francisco Villa.



Pancho Villa descansando en Tlahualilo en los días de la rendición.

CAPÍTULO VI

1. El ocaso

Como a las cuatro de la tarde del 22 de diciembre de 1916, más de mil jinetes, sudorosos, llenos de tierra, pálidos, con los dientes apretados, irrumpieron por distintas calles de la tranquila población. Llegaron por el camino real de Lerdo a galope tendido, con los sombreros echados sobre las espaldas sostenidos del cuello por los barboquejos: era la contraseña acordada para no confundirse con los enemigos.

En unos cuantos momentos acabaron con la resistencia del resguardo carrancista y entre nubes de polvo, como una exhalación siguieron su carrera para Torreón. Dicha ciudad estaba defendida por más de 3 mil soldados que ni tiempo tuvieron de meter las manos —tan violento y sorpresivo fue el ataque—, asustados en lugar de enfrentarse a los villistas, aventaron las armas, huyendo cobardemente. Avergonzado de este hecho, el jefe carrancista Jesús Talamantes se mató de un balazo en la cabeza.

Ahora la lucha no era contra los federales, divididos los revolucionarios luchaban entre sí: villistas y zapatistas contra carrancistas, estos últimos habían salido victoriosos en los combates del Bajío. Pancho Villa no hizo caso del consejo del general Ángeles, que era no presentar batalla en esa región sino más allá en el norte, cerca de sus bases de aprovisionamiento; además las traiciones y la carencia de pertrechos de guerra estaban acabando con el poderío de la División del Norte. Las autoridades norteamericanas bajaron la cortina a los agentes y contrabandistas de armas de Francisco Villa y los resultados no se hicieron esperar: las derrotas a los villistas y tiempo más tarde, en su desesperación se vengaron cuando Martín López asaltó el pueblo de Columbus.

Los días de triunfo de la poderosa División habían pasado para siempre, de aquella organización ejemplar de miles de hombres, sólo quedaban unos cuantos centenares, perseguidos encarnizadamente por los carrancistas y las Defensas Sociales integradas a veces por gentes que habían sido villistas. En el norte no podían ver a los carrancistas, los llamaban con desprecio: “chan-gos”, “robayacas” o “carranclanes”; sabiendo que eran odiados por los campesinos cometían latrocinios a diestra y siniestra en los ranchos, llevándose los pocos animales que encontraban.

Al extenderse en la región lagunera la noticia de la caída de Torreón en poder de Pancho Villa, cientos de peones que habían pertenecido a sus brigadas abandonaron sus ocupaciones y se agruparon alrededor de su antiguo jefe. A los pocos días, una columna de 10 mil hombres abordó los trenes que comenzaron a moverse al norte. Pero todo era inútil, no era posible sostener un ejército por reducido que fuera y una larga cam-

pañña sin contar los elementos necesarios; así, aquel ejército recién formado se vio obligado a desintegrarse, volviendo la mayoría de la gente a sus casas viviendo con zozobra. Otros no quisieron abandonar al general Villa formando de acuerdo con él, grupos aislados de guerrilleros, dispersándose por distintas regiones.

Cinco años los villistas fueron perseguidos por las estepas de Chihuahua y Durango, donde se consideraban más seguros era en la sierra porque ahí los “robavacas” no se atrevían a seguirlos. Fue entonces, cuando aquellos hombres enseñaron la manera de hacer la guerrilla y que nunca nadie los igualaría. Se transformaron en fantasmas, amanecían aquí y les sorprendía la noche a muchos kilómetros de distancia; ejecutaban jornadas nocturnas por senderos que sólo ellos conocían acortando distancias, y de pronto caían sobre poblados y ciudades confiadas; combatiendo siempre contra fuerzas superiores, conquistando triunfos efímeros y así se sostuvieron esos años.

Sin duda, que la mayor hazaña que hicieron aquellos hombres —sin esperanza de vencer— fue cuando atravesaron la Sierra Madre Occidental por el cañón del Púlpito en noviembre de 1915. Durante tres semanas aquellos heroicos jinetes bordearon los abismos, ascendiendo y descendiendo de las cumbres en medio de tempestades de nieve para caer sobre Sonora, donde fueron derrotados en todas partes, hasta por los indios yaquis.

Después regresaron por el mismo camino, venían cabizbajos, desalentados, y otra vez a su inútil batallar por las llanuras norteñas. Sin embargo, sacaban fuerza de su infortunio, haciendo ronchita como decía el general Villa. Caían de improviso en la ciudad de Chihuahua,

se pensaba que irían con seguridad sobre Juárez la población de la frontera, pero no, se apoderaban de Torreón. Llegaban como huracán a Parral y a los pocos días conquistaban Ciudad Juárez, y de pronto como fantasmas se aparecían en las calles coloniales de Durango.

En la derrota, Pancho Villa se vio abandonado por sus generales, los pocos que le siguieron fueron muertos en tierras de Sonora y Sinaloa. Después sólo contaría con Martín López que no tardaría en caer acribillado por las balas carrancistas cerca de Durango. Los villistas se hicieron rencorosos y vengativos cometiendo muchos desmanes, pero a pesar de todo, seguían contando con el apoyo de los humildes.

2. El rencor de Pancho Villa

Pancho Villa fue implacable con los que lo traicionaron. Buscó sin descanso a los familiares de Maclovio Herrera —a quienes culpaba con toda razón—, que haciendo caso de las intrigas de Obregón, habían hecho que se volteara al bando carrancista, así como su hermano Luis que también era general. Se dice que Maclovio fue muerto por su gente, en una confusión al repeler un ataque de Rosalío Hernández —su antiguo compañero— por el rumbo de Matamoros o Nuevo Laredo en el estado de Tamaulipas; algunos creían que lo mataron por la espalda premeditadamente, por alguien que no simpatizaba con la idea de ser carrancista.

Villa atacó sorpresivamente Parral, apoderándose de la ciudad minera, cayendo prisioneros cientos de ca-

rrencistas y miembros de la Defensa Social entre éstos figuraban José de la Luz Herrera —padre de Maclovio y Luis— y sus hijos J. Concepción y Zeferino, a todos los prisioneros les perdonaron la vida, menos a los Herrera que fueron pasados por las armas en el panteón.

En una de las entradas que hicieron los villistas a Torreón, sorprendieron a Luis Herrera descansando tranquilamente en un cuarto del hotel Iberia, le dieron un balazo, hiriéndolo, lo envolvieron en una colchoneta y como si fuera un fardo lo arrojaron por la ventana del cuarto que estaba en el segundo piso del hotel; se lo llevaron a la vieja estación del ferrocarril y lo colgaron de uno de los árboles que entonces crecían en el lugar, le pusieron en el pecho un retrato de Carranza y en las manos rollos de bilimbiques, es decir billetes impresos por los carrancistas.

De esa manera terminaron su vida los honrados rancheros de la región de Parral que fueron los Herrera. Posiblemente, entre todos sus generales fue Maclovio al que más apreciaba Francisco Villa, doliéndole mucho cuando supo que lo había abandonado; sin duda que fue el comandante más valiente de toda la división.

3. Baudelio Uribe

Al regreso de la aventura de Sonora, Pancho Villa dividió su gente —de algunos centenares de hombres— en pequeños grupos dispersos por varios rumbos, con la orden de que en determinado día de tal mes en un lugar

convenido, se reunirían de nuevo para atacar alguna plaza importante, mientras tanto seguirían cayendo sobre poblados aislados. Esto dio motivo de que a Francisco Villa lo hicieran presente en varios puntos a la vez, desconcertando a sus perseguidores. Uno de estos grupos asolaba los ranchos ribereños situados en la cuenca alta del río Conchos, arriba de la presa de la Boquilla, bajo el mando del general Baudelio Uribe, el antiguo carnicero.

Baudelio no era asesino como pintaban a Fierro y a otros matones de la extinta División. Sin embargo, gozaba con el sufrimiento de los demás; tenía la costumbre de cortar una oreja o las dos, a los enemigos que caían en su poder, y que antes de ser carrancistas habían sido villistas. En aquellos años se veían en las calles de las ciudades norteñas, a numerosos individuos con las orejas mochas. Bajo el punto de vista justiciero de Uribe ese era el castigo que merecían los traidores, una oreja cortada era la señal que llevarían para siempre; por esas hazañas recibió el mote del "Desorejador" una vez fue herido en un combate que sostuvieron con los Defensas Sociales sintiéndose grave se refugió en una cueva para morir solo, como un animal del monte, lejos de sus hombres.

Baudelio Uribe era un mocetón alto, vigoroso, un bigotillo bien cuidado adornaba su rostro moreno. Antes de meterse a la bola trabajaba en la carnicería que don Cenobio Castro tenía en el mercado Baca Ortiz. Al ocupar las tropas villistas la ciudad, en la primera oportunidad que tenía Uribe, vestido de charro visitaba a su antiguo patrón en su casa conocida como de las "Lilas", llamada así porque crecían varios de esos árboles en el frente, a un lado de la acequia por la calle Escobedo.

En los años de esplendor de la División del Norte, Baudelio Uribe pertenecía al grupo de jefes villistas que noche a noche se reunían en el Salón Delmónico de la ciudad de Chihuahua, y que a veces jugaban a la ruleta rusa. El juego consistía en sentarse los participantes alrededor de una mesa redonda, se apagaba la luz y se lanzaba al aire una pistola amartillada con un solo tiro en el cilindro al que antes lo habían hecho girar varias vueltas; algunas ocasiones al caer el arma sobre la mesa, se disparaba haciendo o causando la muerte a alguno de los presentes, el que resultaba herido pagaba el costo de la parranda.

Este salvaje juego fue prohibido por el general Villa cuando le informaron, y una vez que los matones se reunieron en Aguascalientes a jugar la ruleta rusa, por poco les toca perder a todos, al ser sorprendidos por el jefe militar de día. Estuvieron a punto de ser fusilados, pero Pancho Villa les perdonó la vida, no sin echarles una buena regañada.

4. Tortura y muerte

Don Lázaro de la Garza era un respetable hombre de negocios en Torreón, por algunos años fue el agente financiero de Francisco Villa en la frontera, cumpliendo su cargo eficientemente. Durante los años que luchaban carrancistas contra villistas, cuando estos últimos andaban de capa caída, en una ocasión que se apoderaron de Torreón consiguieron varios miles de pesos en oro; entonces el general Villa le entregó todo el dinero

a don Lázaro para que le comprara pertrechos de guerra al otro lado en suelo americano para abastecer a sus maltrechas tropas que habían recibido descalabros, debido a la falta de armas y parque.

El señor De la Garza se dirigió a El Paso a cumplir la misión encomendada, la que no pudo llevar a cabo. Unos dijeron que los norteamericanos convenencieros como siempre, habían puesto en cuarentena a los compradores de armas para el general Villa; otros aseguraban que en esos días y en todo tiempo se pueden conseguir con los traficantes de la frontera, y que en verdad lo que sucedió es que don Lázaro no se preocupó gran cosa para cumplir el encargo, sin duda para quedarse con el dinero. El comisionista se había hecho acompañar por el tenedor de libros Rodolfo Lomas que vivía en Lerdo y le hacía a la coyoteada, así es que aceptó la invitación para ganarse unos cuantos pesos. Fracuada la misión el señor De la Garza se quedó en El Paso y Lomas regresó a la región ocupándose de sus negocios.

Como se ha dicho en estos relatos, Villa era un hombre rencoroso y terco, una ofensa o un mal comportamiento de alguien no descansaba hasta lograr el castigo del osado. Después que entregó el dinero para el armamento y que no lo habían devuelto, decían que las veces que se apoderó de Torreón, fue con el principal objeto de capturar a don Lázaro; lo buscaban en toda la ciudad las patrullas villistas sin encontrarlo, el rumor popular exageraba las cosas, asegurando que el domicilio del comisionista era una verdadera fortaleza con dispositivos de seguridad y alarma, pero Lázaro de la Garza por algún tiempo no regresó —cuando menos por aquellos años—, pasaba la vida sin problemas en la ciudad

texana, disfrutando de los miles de pesos en oro, destinado para la compra de armamento.

En una de las veces que Pancho Villa incursionó por la Comarca Lagunera, estableció su cuartel en el hotel Hidalgo de Gómez Palacio, que estaba por la calle Independencia, a media cuadra de la plaza principal. No faltó alguien que fuera con el chisme al general Villa haciéndole saber que Rodolfo Lomas había acompañado a Lázaro de la Garza a la frontera para tratar la compra de armas, y que sin duda sabría el destino del dinero y dónde se encontraba don Lázaro. Inmediatamente salieron en busca del señor Lomas, y encontrándolo en su domicilio de Lerdo fue hecho prisionero y conducido al hotel Hidalgo.

En el patio del hotel, Rodolfo Lomas fue salvajemente torturado para que dijera el paradero de los centavos y del comisionista, pero el infeliz tenedor de libros no podía dar ninguna razón de lo que le preguntaban porque nada sabía, excepto que había dejado a De la Garza en El Paso. Dijeron algunos que para que confesara Lomas le habían arrancado la piel de la planta de los pies; otros decían que se los habían quemado como a Cuauhtémoc. En lo que sí todos estaban de acuerdo era que los gritos del atormentado tenedor de libros, se escuchaban a varias cuadras a la redonda. Después con los pies ensangrentados —por alguna de las dos causas— lo llevaron caminando hasta el cementerio, donde terminó su sufrimiento al ser pasado por las armas. Como punto final, agregaban que al prisionero lo había seguido su perro y fiel no se separó de la tumba de su amo no permitiendo que alguien se acercara, hasta que el noble animal murió de hambre.

El hotel Hidalgo era atendido por unas señoritas apellidadas Elizalde, tenía buena clientela entre el personal de las tripulaciones de los trenes que llegaban y salían de la terminal local. Al abandonar los villistas el hotel, lo dejaron convertido en una gran caballeriza; en el patio quedaron montones de paja y alfalfa, que usaron para alimentar a la caballada.

5. El "Brujo"

Aquel muchacho fornido, chaparro, había venido de Chihuahua con sus familiares y se instalaron en algunos de los pequeños cuartos que rentaban en la vecindad de don Nicho Reyes. La palomilla del barrio le puso de sobrenombre el "Brujo" porque su papá atendía un puesto de yerbas medicinales en el interior del mercado Baca Ortiz.

Eran los últimos días del villismo, que habían quedado reducidos a unos cuantos centenares de hombres luchando a su modo por una causa que sabían irremediablemente perdida. Divididos en pequeñas partidas llegaban como tromba por distintos rumbos a su objetivo. Ocupaban de improviso las ciudades destrozando las guarniciones carrancistas que oponían una débil resistencia, en su afán de correr lo más pronto posible para alejarse de su furia. Los villistas se apoderaban de lo que podían, y así como habían llegado a la carrera se perdían en la llanura.

Corrían rumores que en la mañana los villistas se habían apoderado del importante mineral de Mapimí,

estaban por llegar a Lerdo y de seguro se vendrían sobre Gómez Palacio. Numerosos desocupados de los barrios de la Patria y del Pueblito —entre ellos el “Brujo”—, se posesionaron de las alturas del cerro de la Cruz, para ver la llegada de los centauros.

De pronto, más allá de las compuertas del tajo de la Línea, apareció la avalancha de hombres a caballo, venían por el camino real, entre una densa polvareda y hasta el cerro se escuchaba la gritería de la columna rebelde. Los curiosos bajaron corriendo del cerro y siguieron por todo lo ancho y largo del llano —que se extendía hasta las calles Aldama y Patoni—, hasta lograr refugiarse en las primeras casas; a través de las rendijas de las puertas se veían a los audaces jinetes tendidos sobre caballos que parecían desbocados, con la carabina en una mano y el sombrero echado para atrás. Esporádicamente, opacados por el ruido del tropel de caballos, se escuchaban descargas de fusilería, entre más y más lejos; después todo quedó en silencio.

Pasado algún tiempo, cuando ya todo estuvo en calma, fueron saliendo de las casas los vecinos formando corrillos en las esquinas, comentando los acontecimientos. Reunidos los que vivían en la vecindad de don Nicho y en las demás casas del barrio —que habían estado en el cerro esperando la llegada de los villistas—, notaron que entre ellos no se encontraba el “Brujo”, alguno dijo que se había quedado arriba en el cerro, gritando “¡no corran gallinas!”, al notar que lo dejaban solo. Al rato llegaron otras personas informando que en lo alto del cerro estaba tirado el cadáver de un muchacho que al parecer era el “Brujo”; efectivamente fueron y comprobaron que era el hijo del vendedor de yerbas, encontrando la muerte víctima de su impruden-

cia al no correr oportunamente. Con toda seguridad que fue venadeado por algún jinete villista, que lo confundió creyendo que era un carrancista.

6. La venganza

Sería en 1917 o 1918, cuando los indios yaquis llegaron a la población; levantando su campamento a un lado del embarcadero, en terrenos de la estación de los ferrocarriles.

Al atacar los villistas la ciudad de Torreón, los yaquis no pudieron defenderla con éxito. Cavaron fosos en las riberas del río Nazas, que en aquellos días no llevaba agua. En cada agujero se metió un indio que apenas asomaba la cabeza, apoyando la carabina en el suelo al bordo del pozo para disparar cómodamente contra los atacantes. La táctica fracasó rotundamente porque llegaron a galope los jinetes de Pancho Villa y acabaron con los yaquis; sirviéndoles de sepultura los fosos donde se habían metido. "Murieron como ratas en sus madrigueras", según comentaban los habitantes de las tres ciudades hermanas, al referirse a tales hechos. En su mal castellano los yaquis decían que andaban ayudando al general Obregon. El sagaz ladino los había encampanado, viniendo desde sus lejas tierras nomás a enseñar el cobre, porque de guerreros no tenían nada.

En el tiempo que permanecieron los indios acantonados en los patios de la estación; todos los días, después de las cinco de la tarde se escuchaban los sonos monótonos de sus tamborcillos, con un tono triste que

quizá les recordaba los atardeceres luminosos de la sierra del Bacatète. Se veían grupos de yaquis caminando como sonámbulos por en medio de las calles —no lo hacían por las aceras, sin saberse la razón—, se notaba que traían los ojos enrojecidos a lo mejor por el abuso de la marihuana o el sotol; el rifle lo cargaban en bandolera y grandes machetes colgaban de sus hombros.

El anciano Pedro Aviña vivía con su familia en la casa situada en una esquina de las calles Aldama y Escobedo, donde tenía un expendio de carbón y leña, en aquellos años esos negocios tenían buena clientela, y es que los mencionados artículos eran los únicos combustibles que usaban las señoras para preparar los alimentos de las familias.

Cierta tarde, don Pedro partía unos troncos de mezquite en las afueras del expendio abajo de la orilla de la acera, la leña salida del tronco cortada en trozos convenientes por el hacha manejada hábilmente, iba formando una pirámide al amontonarse. Un yaqui bastante ebrio venía haciendo zetas por la Escobedo, al emparejar frente al lugar que el anciano partía leña, se detuvo como atontado viendo que descargaba golpes de hacha sobre el tronco; de improviso sin mediar palabra ni motivo, el indio sonorensé descolgó de su hombro el machete y le pegó en un brazo, haciéndole una profunda herida por donde salían borbotones de sangre, las mujeres de la familia Aviña salieron asustadas de la casa y se llevaron a don Pedro para curarle la herida. El yaqui cometida su fechoría siguió su camino, pero a los pocos pasos cayó como un fardo abatido por la embriaguez, quedando tirado en la calle profundamente dormido.

A la mañana siguiente, el borracho continuaba acostado en el lugar donde se había quedado la noche anterior, pero ahora estaba muerto, tenía en la cabeza un tajo hecho al parecer como una hacha o un machete. El oficial carrancista que venía al mando de la patrulla que llegó para recoger el cadáver, no hizo ninguna investigación. Y, era que los indios seguido se peleaban entre sí, matándose, cada vez que abusaban de los tragos del vino campesino —que es el sotol— o de las fumadas de la maléfica marihuana.

Con motivo de la muerte del yaqui, comenzaron los vecinos a hacerse conjeturas, señalaban que posiblemente Lorenzo Aviña —hijo mayor de don Pedro— haya sido el autor, considerando que era una cosa justa que había hecho el buen hijo vengando la ofensa hecha a su señor padre. Lorenzo trabajaba en la maestranza de los ferrocarriles y después del incidente del yaqui, la familia Aviña abandonó la ciudad, radicándose en Durango.

7. El último villista

Nicolás Fernández fue el último general de relieve de la desaparecida División del Norte, que acompañó a Pancho Villa hasta los días finales de su rendición. Comenzó a ser sonado el nombre de don Nicolás, cuando el general Villa lo nombró comandante de su escolta conocida como los Dorados, ocupando ese puesto durante varios años; la templanza y el valor han de haber sido indiscutibles en Fernández para manejar aquel selecto grupo de hombres, probados en numerosos actos

de valor; porque no hay que olvidar que aquellos valientes con Pancho Villa a la cabeza, inclinaban la balanza del triunfo en los momentos difíciles, a favor de la causa revolucionaria.

Cuando la persecución que hicieron los norteamericanos tratando de capturar a Pancho Villa, invadiendo el país; don Nicolás fue uno de los pocos hombres de confianza que acompañaron al Centauro en esos días de peligro. Villa, herido de cierto cuidado fue subido en brazos a una cueva en lo alto de una cañada en la sierra, donde se pudo ocultar perfectamente. Fernández con dos hombres quedó más abajo de la cueva en la quebrada viendo los movimientos de las tropas norteamericanas, desde el escondite se divisaban la fila de soldados negros serpenteando por las veredas, buscando inútilmente a los villistas; no teniendo más remedio que regresar a Estados Unidos, rumiando su fracaso. Hasta la cueva llevaron los villistas al doctor francés De Lile, que vivía en Parral, con los ojos vendados y las pistolas amartilladas en sus espaldas; después que hizo las curaciones necesarias al herido, el doctor fue regresado a su casa sano y salvo. También Nicolás Fernández fue uno de los pocos generales que acompañaron a Pancho Villa en la odisea de Sonora. Por todas estas razones es fácil deducir que era un hombre de la entera confianza del Centauro, tanto o más de la que dispensaba a su compadre Tiburcio Maya el cabecilla de los indomables Leones de San Pablo, ranchería situada en las márgenes del río Meoqui.

Platicaba el general Fernández, que trabajando de vaquero en las estancias del ganadero Luis Terrazas en Chihuahua, conoció circunstancialmente antes de 1910 a un hombre que después supo que se llamaba

Pancho Villa. Un día al recorrer la pradera encomendada a su cuidado en busca de reses extraviadas, al dar vuelta por el recodo de un camino, detrás de unos arbustos de pronto se encontró con un individuo que le apuntaba con un rifle, pidiéndole ayuda porque la acordada lo venía persiguiendo y su caballo tenía falseada una pata, que le facilitara un animal fresco y bastimento para continuar su camino. Don Nicolás condujo al desconocido a un lugar seguro y al anochecer le llevó alimentos y quitándole la montura a su caballo se lo entregó, el abigeo Doroteo Arango le dio las gracias y se alejó por la llanura. Meses más tarde en Chihuahua entró Fernández a una carnicería y el dueño del negocio que era Pancho Villa lo reconoció como el hombre que lo había ayudado a escapar dándole nuevamente las gracias tratándolo con afecto, decía don Nicolás que ya no se acordaba del incidente. Finalmente cuando venía el Centauro al frente de la División del Norte, invitado por él se unió con gusto a las tropas revolucionarias.

Nicolás Fernández había nacido por el rumbo de San Andrés. Era un hombre delgado, más bien alto, de color bronceado y facciones finas, era una estampa típica del rancharo norteco. Vivió muchos años en Gómez Palacio, trabajando sus modestas tierras de siembra, falleciendo un día de 1970.

8. El telegrafista de Pancho Villa

A la edad de 18 años, Natividad Amador Espino trabajaba de telegrafista en la estación del Ferrocarril

Central. Cuando llegó la huida de los ferroviarios que se fueron con los revolucionarios, escapando de los colorados, el joven Espino se fue con ellos al norte. Ahí lo llamaron para que se incorporara al grupo de ayudantes del general Villa, desempeñando el cargo de telegrafista. Siete u ocho años anduvo Amador Espino pegado al Centauro, no sabía andar a caballo pero tuvo que enseñarse, tanto galopar por las llanuras y durando días enteros sobre el lomo de los animales no fue en vano. Conoció los días de gloria de la División del Norte y los días amargos de la derrota y la desesperanza.

Espino en sus andanzas de revolucionario, portaba un pistolón calibre .44 con el que nunca disparó un solo tiro en los combates, sin embargo, el día que lo hizo en una cantina, por poco le cuesta la vida. Fue al ocupar los villistas una pequeña población que bien pudo ser Jiménez o Santa Rosalía; esa vez llegó la columna cansada y sedienta, habían durado varias semanas a caballo de aquí para allá y de allá para acá, el jefe, contra su costumbre, les dio permiso para que se echaran unos cuantos tragos, pero sin robar, ni escandalizar, ni hacer disparos inútiles. Natividad sintió ganas de mojarse el gaznate y se metió a cualquier taberna, los efectos de las bebidas y los alegres sonos de una pieza ejecutada por una banda de músicos callejeros, llenó de júbilo al telegrafistas y desenfundando el pistolón vació los seis tiros del cilindro hacia el techo; inmediatamente fue apresado por el rondín de día y el general Villa —sin saber quién era— ordenó que fuera pasado por las armas. Dándose cuenta de la situación el general José Rodríguez y como apreciaba mucho a Espino, se apersonó con Villa y le dijo:

“General, van a fusilar a Nati, su telegrafista, él fue el que hizo los disparos”.

Dicen que Pancho Villa asombrado le contestó:

“Pero si ése nunca en su vida ha disparado un tiro y ahora se le ocurre hacerlo cuando lo he prohibido bajo pena de muerte, sin embargo, la orden no afecta a los telegrafistas, ellos pueden hacer disparos, ordene general Rodríguez, que lo pongan en libertad”.

Esa fue la manera que encontró el general Villa para salvarle la vida a su telegrafista. El 26 de julio de 1920 en los últimos trámites para su rendición, llegó Pancho Villa con sus hombres a la población de Sabinas, había galopado desde Jiménez hacia el oriente hasta llegar a la región de las minas de carbón. Al apoderarse de la ciudad, ocupó la oficina de telégrafos apresando al operador, diciéndole a su telegrafista:

“Ándele Nati échese su última chamba, comuníqueme con el presidente De la Huerta”.

Al ocurrir la rendición, Natividad Amador Espino recibió del gobierno su salvoconducto, el general Villa lo despidió con un fuerte abrazo, dándole las gracias por el largo tiempo que lo acompañó. Llegando Espino a Gómez Palacio al poco tiempo regresó a su trabajo en el ferrocarril, después de siete u ocho años de ausencia.

El telegrafista de Pancho Villa que fue Amador Espino vivió siempre en el barrio del Pueblito, era un hombre taciturno, callado. Había nacido en 1895, parece que en Lerdo o en el rancho de Huitrón; falleciendo en Gómez Palacio el 4 de febrero de 1965.

TALLERES DE B. COSTA-AMIC EDITOR

Terminóse el día 17 de abril de 1978

Edición de 1,000 ejemplares